

**SAN CLAUDIO
DE LA COLOMBIERE**

**OBRAS
SELECTAS**

**Serie
Grandes Maestros
N.º 20**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla**

PRIMER RETIRO ESPIRITUAL

**HECHO EN LYON EN LA CASA
DE SAN JOSÉ EN 1674**

**En que se anotan las gracias y luces particulares
que Dios le comunicó en sus Ejercicios espiri-
tuales de 30 días.**

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7693-200-6
Depósito Legal: B.37.197-92
Printed in Spain

APSSA,
ROCA UMBERT, 26
L'HOSPITALET DE LL. (Barcelona)

PRIMERA SEMANA

Preparación

He comenzado, a mi parecer, con la voluntad bastante determinada por la gracia de Dios a seguir todos los movimientos del Espíritu Santo y sin ningún obstáculo que me impida darme a Dios sin reserva. Resuelto como estoy a sufrir por Dios todas las sequedades y todas las desolaciones interiores que me puedan sobrevenir y que tengo muy merecidas por otra parte por el abuso que he hecho de las luces y consuelos en otras ocasiones recibidas:

1.º Me he propuesto hacer estos Ejercicios como si debieran ser los últimos de mi vida y hubiera de morir en seguida.

2.º Ser en ellos extremadamente fiel y sincero, venciendo el orgullo que encuentra gran repugnancia en descubrir la conciencia.

3.º No apoyarme nada en mí mismo, ni en mis diligencias. Para esto es necesario no leer ni escrito ni libro alguno espiritual extraordinario, aunque siente verdadera pasión por ciertas obras que tratan de la vida espiritual de un modo más elevado, como *Santa Teresa*, *El Cristiano interior*, etc. He creído que Dios me hará encontrar en los puntos que el Padre espiritual me señalará y en los libros que me dará, todo lo que quiera el Señor que yo encuentre y sienta en este Retiro. Me encuentro perfectamente bien con este desprendimiento y doy gracias a Dios por haberme inspirado hacerle este sacrificio, el mayor sin duda que pudiera ofrecerle en esta ocasión.

Principio y fundamento

He sentido gran confusión, de que habiéndome Dios hecho

el honor de destinarme a amarle, haya pasado una gran parte de mi vida no solamente sin amarle, pero aun ofendiéndole; he admirado con un muy suave sentimiento la paciencia y misericordia infinita de este mismo Dios, que viendo el desprecio que yo hacía de un fin tan glorioso, y no sirviéndole por consiguiente para nada en el mundo, antes al contrario, perjudicando sus intereses, no ha dejado de sufrirme, de esperar a que yo quisiese pensar para qué me encontraba en él y haciéndomelo recordar de tiempo en tiempo. Ninguna pena he sentido al prometerle vivir en adelante sólo para servirle y glorificarle.

Todos los empleos, lugares, estados en que pueda encontrarse mi cuerpo, sano, enfermo, tullido, vivo, muerto me son, por la gracia de Dios, enteramente indiferentes. Y aun me parece que tengo cierta envidia a aquellos a quienes la ceguera o cualquiera otra indisposición habitual tiene separados de todo comercio humano, obligándolos a vivir como si ya estuviesen muertos. No se si serán quizás los combates que preveo me han de sobrevenir en el resto de mi vida los que me hacen encontrar satisfacción en estos estados, en que viviría tal vez con más tranquilidad y en un desprendimiento que me costaría mucho menos. Cuando uno quiere ser de Dios a cualquier precio que sea, es fácil comprender cómo se desean las cosas más extrañas, si en ellas se ve mayor seguridad para cumplir tales deseos. En estos ardientes que Dios me da de amarle sólo a El y conservar mi corazón libre de todo apego a las criaturas, una prisión en que me hubiese echado, una calumnia me parecería una fortuna incomparable, y creo que con el socorro del Cielo jamás me cansaría.

No he encontrado en mí gran celo para trabajar en la salvación de las almas. Al considerar la segunda de nuestras Reglas me ha parecido que en otros tiempos lo tenía mayor. Quizás me equivoque. Pero creo que lo que me entibia en este particular no es sino el temor que tengo de buscarme a mí mismo en los cargos en que el celo se manifiesta; pues me parece que no hay ninguno en que la naturaleza no encuentre su propia satisfacción, sobre todo cuando se trabaja con éxito, como se debe desear para gloria de Dios. Una gracia muy grande y una fortaleza superior se necesita para resistir al pla-

cer que se experimenta al cambiar los corazones, y a la confianza que toman con nosotros las personas que han sido por nosotros convertidas.

Pecado de los Angeles

Fuerza es que sea muy horrible el pecado, puesto que obligó a Dios a condenar a criaturas tan perfectas y tan amables como los Angeles. Pero ¡cuán grande es vuestra misericordia, Dios mío, pues me habéis sufrido, después de tantos crímenes, a mí, que sólo soy un poco de barro, y aun me llamáis y no queréis que me pierda! ¡Cuán grande debe ser vuestro amor para contrapesar y vencer la espantosa aversión que, naturalmente, tenéis al pecado! Verdaderamente, esta consideración me parte el corazón y me llena, a mi parecer, de un amor muy tierno para con Dios.

Pecados propios

A la vista de mis desórdenes y a la confusión que he sentido, ha sucedido después un dulce pensamiento, de que hay, a la verdad, en ellos materia muy propia para ejercitar la misericordia de Dios y una esperanza firmísima de que al perdonarme será El glorificado. *Reposita est haec spes in sinu meo.* (Job, XIX,27) «Esta esperanza la tengo yo guardada en mi corazón». Y la tengo en él tan arraigada, que me parece que, con la gracia de Dios, antes me arrancarían la vida que este sentimiento.

Me he echado en seguida en los brazos de la Santísima Virgen, y ella me ha recibido, me parece, con admirable suavidad y dulzura, la cual me ha conmovido tanto más cuanto más culpable me siento de haberla servido hasta ahora con harta negligencia. Pero he venido aquí con grandes deseos de no olvidar en este año nada de cuanto me haga concebir un grande amor hacia ella y de trazarme un plan de devoción para con ella, que procuraré guardar toda mi vida. Me siento muy con-

solado con el pensamiento de que tendré holgura para trabajar en esto y que lo conseguiré con la protección de la misma Virgen María. Después de recibirme con tanta afabilidad, esta Señora me ha presentado, a mi parecer, a su Hijo, el cual, en consideración a ella, me ha mirado y abierto su seno como si yo hubiera sido el más inocente de los hombres.

Antes de hacer la meditación sobre la muerte he tenido una conversación que me ha producido cierta inquietud, causada, de un lado, por cierto temorcillo de haber contentado mi vanidad, y de otro, por temer igualmente que lo que yo había dicho no fuese para mí fuente de confusión.

Habiendo ido al oratorio con estos pensamientos embargado, estuve cerca de media hora luchando por combatirlos y para recobrar la calma perdida; pero al fin, arrojándome resueltamente del lado de la misericordia de Dios por la falta cometida y aceptando, por otro lado, toda la confusión que me pudiese traer, y habiéndome resuelto aun a prevenirla y salir a su encuentro en un momento, sentí en mi corazón tan gran tranquilidad, que me pareció haber encontrado al Dios a quien yo buscaba. Esto me causó un momento de la más dulce alegría que he gustado en mi vida. Desde entonces he quedado extremadamente fortificado contra el respeto humano y el juicio de los hombres, y con valor para vencer la repugnancia que sentía para descubrir mis debilidades.

Muerte

Pensando después en el estado a que la muerte nos reduce respecto a todas las cosas criadas, me ha parecido que no me daría esto pena alguna, encontrándome como me encuentro desprendido de todo, y me he dirigido a mí mismo esta pregunta: Puesto que ninguna pena me daría el morir ahora mismo ni por consiguiente el estar privado para siempre de todo placer u honor en esta vida, ¿por qué no resolverme a proceder en adelante como si realmente estuviese muerto? Me he respondido que ningún sentimiento me causará el separarme realmente de todo, como si hubiese de pasar el resto de mis

días en una tumba, o en una prisión con todas las incomodidades y todas las infamias posibles. Creo con todo que aún tendré que sufrir muchos combates, si quiero vivir en un perfecto desprendimiento de todo afecto en medio del mundo, en que nos obligan a permanecer nuestros ministerios. He resuelto, sin embargo, hacerlo con la gracia de Dios, la única que puede obrar en mí semejante milagro.

En fin, pensando en lo que da pena en la hora de la muerte, que son los pecados pasados y las penas consiguientes, se me ha ocurrido un partido que tomar, y he resuelto seguirlo con gran consuelo de mi alma. Ha sido el de formar en este último momento de todos los pecados que vendrán a mi imaginación, sean conocidos o desconocidos, como un haz que presentaré a los pies de nuestro Salvador para que sea consumido por el fuego de su misericordia; cuanto más numerosos sean y más enormes, con tanta mayor voluntad se los ofreceré para que los consuma, por ser ésta una obra más digna de su misericordia. Nada podría hacer yo más razonable, ni de mayor gloria de Dios; pues es tan grande la idea que he concebido de la bondad de Dios, y la siento tan de veras, que nada me costará el determinarme a ello.

Purgatorio

Respecto al Purgatorio –pues haría injuria a Dios temiendo el infierno, aunque lo haya merecido más que todos los demonios–, el Purgatorio, digo, no lo temo. Quisiera, cierto, no haberlo merecido, porque al merecerlo no he podido menos de disgustar a Dios; pero, puesto que es cosa hecha, me encanta ir a satisfacer a la divina justicia del modo más riguroso que sea posible imaginar y aun hasta el día del juicio. Se que los tormentos allí son horribles, pero que honran a Dios y no pueden alterar la paz del alma; que allí hay seguridad completa de no oponerse jamás a la voluntad de Dios; que al alma no le disgustará su rigor, que amará hasta la severidad del castigo; que esperará con paciencia hasta que sea completa la satisfacción. Por esto he dado de todo corazón todas mis satisfacciones a las

almas del Purgatorio y les he cedido todos los sufragios que por mí se ofrezcan después de mi muerte, a fin de que Dios sea glorificado en el Paraíso por las almas que habrán merecido estar allí elevadas a mayor gloria que yo.

Me he persuadido asimismo enteramente en esta primera semana, de que los hombres son incapaces de satisfacer a la justicia divina ni por la menor falta. Esto me ha causado alegría:

1.º Porque me quita la inquietud en que eternamente estaría de si habría o no satisfecho enteramente por mis pecados, pues me diría constantemente a mí mismo: *No, tú no has satisfecho lo bastante; en cuanto a la culpa, ya se ve que no está en tu mano; se necesita la Sangre de un Dios para borrarla; en cuanto a la pena, preciso es o una eternidad o los sufrimientos de Jesucristo.* Ahora bien, esta Sangre y estos sufrimientos están en nuestras manos.

2.º No se ha de descuidar el expiar por la penitencia los desórdenes de la vida; pero esto sin inquietud, pues lo peor que puede suceder, cuando se tiene buena voluntad y se está sometido a la obediencia, es el estar mucho tiempo en el Purgatorio, y creo que se puede decir, en el buen sentido de la palabra, que eso no es al fin y al cabo tan grande mal. Prefiero, además, deber mi gracia a la misericordia de Dios que a mis diligencias; porque esto da más gloria a Dios y me lo hace mucho más amable.

Me encuentro muy bien con haberme hecho regular mis penitencias. Esto me libra o de la vanidad o de la indiscreción o de la inquietud que me hubiese causado el temor en que hubiese estado de adularme, pues indudablemente hubiera caído en uno de esos lazos, o tal vez en los tres,

Juicio universal

En el juicio habrá gran confusión para las personas vanas que hicieron sus acciones para ser honradas o estimadas de los hombres, que buscaron en ellas el distinguirse en todas las cosas, al verse entonces confundidas entre la más vil canalla y

con increíble desprecio de aquellos mismos que más los estimaron en la vida. Al contrario, ¡qué alegría para las almas humildes, que por amor a Dios se abrazaron con una vida oscura y común al verse entresacar de la multitud para ser exaltadas a la mayor gloria sin tener ya que temer por su virtud!

Desolación espiritual

Me parece que de todos los tiempos de la vida es el de sequedad y desolación el mejor para merecer. El alma que sólo busca a Dios soporta, sin pena, este estado, y se eleva fácilmente sobre todo lo que pasa en la imaginación y en la parte inferior del alma, que es donde radican la mayor parte de los consuelos. No deja de amar a Dios, de humillarse, de aceptar este estado, aunque fuese para siempre. Nada tan sospechoso como estas dulzuras y nada tan peligroso; se aficiona uno a ellas algunas veces: mas cuando pasan se encuentra con frecuencia con menos fervor que antes para el bien.

Pero para mí es sólido consuelo el pensar en medio de esas arideces y aun de las tentaciones, que tengo un corazón libre y que sólo por ese corazón puedo yo merecer o desmerecer; que no puedo agradar ni desagradar a Dios por las cosas que no son mías, tales como los gustos sensibles y los pensamientos importunos que se presentan a la imaginación contra toda mi voluntad. Cuando me encuentro en tal estado digo a Dios: *Dios mío, que el mundo y el mismo demonio tengan para sí lo que yo no puedo quitarles, de lo que yo no soy dueño. En cuanto a mi corazón que Vos habéis querido poner en mis manos, no tendrán ellos parte alguna; es todo vuestro, bien lo sabéis, bien lo veis. Por lo demás, Vos lo podéis tomar de modo que sólo a Vos os pertenezca, y lo podéis hacer cuando os plazca.*

Por nada debe turbarse el hombre a quien da Dios verdadero deseo de servirle. *Pax hominibus bonae voluntatis*. «Paz a los hombres de buena voluntad». Eso hace que yo espere, contando con la gracia de Dios, formar actos de verdadera contrición, porque, aunque bien veo los motivos interesados que nos

pueden inspirar dolor de nuestros pecados, pero con plena voluntad y con entera deliberación, renuncio a todos esos motivos. Estoy persuadido de que Dios es infinitamente amable, que sólo El merece ser tenido en cuenta, que es justo le sacrifiquemos nuestros intereses y sólo pensemos en darle gloria. ¿Es eso posible, o no lo es? Si fuese imposible, Dios no me lo aconsejaría, o no me lo ordenaría; si es posible, lo hago yo con su gracia; pues sinceramente hago y quiero hacer de buena fe todo cuanto puedo.

Sagrada Eucaristía

No creo haber estado nunca tan consolado como en la meditación del Santísimo Sacramento, que es la última de la primera semana. Desde el primer momento que entré en el oratorio y consideré este misterio, me he sentido todo penetrado de un dulce sentimiento de admiración y agradecimiento por la bondad que nos ha mostrado Dios en este misterio. Verdad es que he recibido tantas gracias y he sentido tan sensiblemente los efectos de este Pan de los Angeles, que no puedo pensar en ello sin sentirme movido a profunda gratitud.

Jamás he sentido mayor confianza de que perseveraré en el bien y en el deseo que tengo de ser todo de Dios, no obstante las espantosas dificultades que imagino para el resto de mi vida.

Celebraré Misa todos los días; he aquí mi esperanza y mi único recurso. Poco podría Jesucristo si no pudiese sostenerme de un día a otro. No dejará de reconvenirme mi flojedad desde el momento en que me empiece a abandonar; todos los días me dará nuevos consejos, nuevas fuerzas, me instruirá, me consolará, me animará, me concederá o me obtendrá por su sacrificio todas las gracias que yo le pida.

Aunque no vea yo que está presente, lo siento; soy como esos ciegos que se echaban a sus pies y no dudaban que lo tocaban, aunque no lo viesen. Mucho ha aumentado en mí esta meditación la fe en este misterio.

Me he sentido muy movido, considerando qué pensaré de

mí Jesucristo cuando yo le tengo en mis manos, y cuáles serán sus pensamientos acerca de mí; quiero decir los sentimientos de su corazón, sus designios, etc. ¡Cuántas dulzuras, cuántas gracias recibiría en este Sacramento un alma muy pura y muy desprendida!

Véncete a ti mismo

El séptimo día por la mañana me sentí acometido de pensamientos de desconfianza respecto al plan de vida que me he trazado para el porvenir; veo grandísimas dificultades en su cumplimiento. Cualquiera otra vida me parecería fácil de pasar santamente y cuanto más austera, solitaria, oscura, separada de todo comercio, más suave y fácil me parecería.

Respecto a lo que más suele espantar a la naturaleza, como las prisiones, las continuas enfermedades, la misma muerte, todo me parece suave en comparación de la eterna guerra que hay que hacerse a sí mismo, de la vigilancia contra las sorpresas del mundo y del amor propio, de la vida muerta en medio del mundo.

Cuando pienso en esto, me parece que la vida va a hacerse-me demasiado larga y que la muerte nunca llegará demasiado pronto. He comprendido estas palabras de San Agustín: *Patienter vivit et delectabiliter moritur*. «Lleva la vida en paciencia y recibe la muerte con deleite». He comprendido además muy bien, que la vida que escogió para sí Jesucristo es seguramente la más perfecta, y que es imposible dar una idea más alta de la santidad que la de un perfecto Jesuita.

Esto ha producido en mí un buen efecto; el convencerme de que si hasta aquí he practicado algún desprendimiento, aunque muy imperfecto, no lo he hecho seguramente por mí mismo, y así es necesario que en lo sucesivo ponga Dios mano a la obra, si quiere hacer algo bueno en mí; pues veo muy bien la imposibilidad en que estoy de hacer nada sin su gracia.

Progresos en la perfección

He notado que hay muchos pasos que dar antes de llegar a la santidad, y que a cada uno que se da se cree haber llegado; pero una vez dado se ve que no se ha hecho nada, que aún estamos por empezar.

Un hombre que va a dejar el mundo mira esta acción como si después de esto ya no le quedase nada más que hacer; pero cuando se encuentra en la Religión con todas sus pasiones, ve que sólo ha cambiado de objetos y que es un mundano, aun fuera del mundo; ve que no le han salido sus cuentas.

Se le presenta entonces otro paso que dar, y es desprenderse de los objetos de que, por su estado, aún no está enteramente desprendido: apartar del mundo su propio corazón y no tener amor a ninguna cosa creada. Una cosa es dejar el mundo y otra muy diferente hacerse religioso.

Una vez conseguido esto, aún queda otro paso que dar, que es desprenderse de sí mismo, no buscar sino a sólo Dios en el mismo Dios. No solamente no buscar en la santidad ningún interés temporal, que sería una grosera imperfección; pero ni siquiera buscar en ella nuestros intereses espirituales; buscar en ella puramente el interés de Dios. Para llegar ahí, Dios mío, ¡icúan necesario es que trabajéis Vos mismo! Pues ¿cómo podría por sí mismo llegar una criatura a ese grado de pureza? *Quis potest facere mundum de inmundo conceptum semine? Nonne tu qui solus es?* (Job. XIV,4) «¿Quién podría limpiar al hombre concebido en la inmundicia fuera de Vos, que sois el único Ser necesario?».

Una idea que me consuela mucho y que me parece capaz, con la gracia de Dios, de calmar parte de mis turbaciones es que para saber si estamos apegados humanamente a las cosas que nos manda la obediencia, si disgustamos a Dios al satisfacer, por ejemplo, las necesidades de la vida, o al gozarnos de la gran reputación o de la gloria que se siguen a nuestros trabajos, o en el placer que sentimos conversando de cosas santas, etc., para saber, digo, si no se desliza algo de humano en todo eso, es necesario no juzgar por el sentimiento, porque ordinariamente es imposible no sentir el placer que lleva consigo esa

clase de bienes, como es imposible no sentir el fuego cuando se aplica a una parte sensible.

Pero hay que examinar:

1.º Si hemos buscado de algún modo el placer que experimentamos.

2.º Si tendríamos pena en dejarlo.

3.º Si siendo igual gloria de Dios y teniendo libre elección, escogeríamos con preferencia las cosas desagradables y oscuras.

Cuando se está en esta disposición, hay que trabajar con gran libertad y ánimo en las obras de Dios, y despreciar todas las dudas y escrúpulos que podrían detenernos o turbarnos.

SEGUNDA SEMANA

Reino de Cristo

En la primera meditación he estado agitado con algunos pensamientos, a propósito de una flaqueza en que había caído el día anterior. Pero habiendo descubierto la causa porque Dios había permitido las faltas que había cometido, es, a saber, para curarme de cierta vana estima de mí mismo que empezaba a concebir; este conocimiento me ha causado paz y alegría muy sensible.

Me he dado cuenta con un placer, que no es ciertamente natural, que no era yo lo que pensaba; y no recuerdo haber descubierto jamás ninguna verdad con tanta satisfacción, como he descubierto mi miseria en esta ocasión.

Encarnación

No encuentro aquí sino anonadamiento y humildad. El Angel se abaja a los pies de una doncella, María toma la cualidad de sierva, el Verbo se hace esclavo y Jesucristo, concebido en el seno de su Madre, se anonada delante de Dios de la manera más sincera y profunda que es posible imaginar.

Dios mío, ¡qué hermoso espectáculo para Vos ver seres tan excelentes humillarse delante de Vos de un modo tan perfecto, cuando Vos los honráis con los más raros favores! ¡Cuánto placer he experimentado considerando los interiores sentimientos de estas divinas personas; pero sobre todo, este profundo anonadamiento, por el cual Jesucristo empieza a glorificar a su Padre y a reparar el agravio que el orgullo de los hombres ha hecho de Su Majestad!

En cuanto a mí, no puedo humillarme ante esta vista, porque ¿dónde podré meterme, pues veo al mismo Jesucristo en la nada? He aquí cómo rebajar mi orgullo: ¡el Hijo de Dios anonadado delante de su Padre!

Hasta ahora no había comprendido las palabras de San Bernardo: *¡Qué insolencia que un gusano se infle de orgullo y el Hijo único del Padre se humille y anonade!*

Circuncisión

Se me ha ofrecido que la vida de Apóstol pide gran mortificación: 1.º, sin ella Dios no se comunica, y 2.º, no se edifica al prójimo.

Un hombre que se priva de los placeres y trabaja sin cesar en reprimir sus paciones, habla con más autoridad y hace mucha mayor impresión. Como naturalmente siento atractivo al placer, he resuelto vigilar esta mala inclinación.

Huida a Egipto

De no consultar más que la prudencia humana parece muy dura y poco razonable. ¿Qué hacer en un pueblo desconocido e idólatra?

Pero Dios es quien lo quiere, es necesario que esto sea conveniente; el razonar sobre la obediencia, por extravagante que parezca, es desconfiar de la prudencia de Dios y creer que con toda su sabiduría hay órdenes que no sabría Él hacer redundar en gloria suya y provecho nuestro. Cuando nos llegan mandatos en que la razón humana no ve nada, debe alegrarse el hombre de fe con el pensamiento de que sólo Dios obra allí y que nos prepara bienes, tanto mayores cuanto debe enviarlos por vías ocultas que nosotros no podemos prever. Gracias a Dios, no tengo ninguna pena en eso; pues la experiencia me ha instruido.

Presentación

¡Qué ofrenda! ¡qué bien hecha de parte de Jesús y de María! ¡Qué honor dado a Dios en esta ocasión! Yo hago la misma ofrenda en la Misa; ¡si la hiciese yo con los mismos sentimientos, los mismos deseos de agradar a Dios!

Me gusta considerar en el cántico de Simeón la profecía clara y neta de la conversión de los gentiles: *Salutare tuum, quod parasti ante faciem omnium populorum. Lumen ad revelationem gentium* (Luc. II). «Tu Salud, que preparaste en presencia de los pueblos, Luz para la iluminación de las gentes».

Este santo hombre estaba bien iluminado; menester es que tuviese gran santidad para merecer tan señalados favores. Hay pocos verdaderos santos, pero los hay, sin embargo, y los ha habido en todo tiempo.

Navidad

Omitía la Natividad; recuerdo que pedí a Dios con gran fervor, durante cerca de media hora, el perfecto desprendimiento de que Jesús nos dio ejemplo; lo pedía por intercesión de San José, de la Santísima Virgen y del mismo Jesucristo. Entre mis devociones a la Santísima Virgen, he resuelto no pedir nada a Dios, en ninguna ocasión, que no sea por intercesión de María.

Niño perdido

Quid est quod me quaerebatis etc? (Luc. II,49). «Por qué me buscabais, etc.?». En esta meditación me ha movido mucho el dolor que sintió la Virgen durante los tres días que estuvo privada de la presencia de su Hijo; pero aún más, la tranquilidad de su corazón, que no se turbó en esta ocasión en que, al buscar a Jesús, se ejercitaba en actos de la más heroica y sumisa resignación que hubo jamás.

In his quae Patris mei sunt oportet me esse. (Ibid. 49).

«Conviene que yo me ocupe en las cosas de mi Padre». He encontrado en estas palabras grandes lecciones para mí.

Aunque el mundo entero se sublevase contra mí, se burlase de mí, se quejase, me censurase, es necesario que yo haga todo lo que Dios me pida, todo lo que me inspire para su mayor gloria. Se lo he prometido y espero observarlo con la gracia de Dios. Esto pide una gran vigilancia; sin ella, fácilmente se deja uno sorprender por el respeto humano, sobre todo cuando es uno tan débil como soy yo.

Vida oculta

Et erat subditus illis... Et Jesus proficiebat sapientia et aetate (Ibid. 51,52). «Y estaba sujeto a ellos... Y Jesús adelantaba en sabiduría y en edad». He reflexionado que en vez de crecer en virtud a medida que se avanza en edad, más bien se decrece, y sobre todo, en sencillez y en fervor, respecto de las humillaciones exteriores y de la dependencia de nuestra conducta espiritual.

Me ha conmovido el reconocer que a medida que el número de los beneficios de Dios aumenta, nuestro amor y agradecimiento se enfrían. ¿Por qué deshacerse de las virtudes de los novicios? Confieso que no bastan y que es necesario añadir otras; pero hay mucha diferencia entre adquirir nuevas virtudes y deshacerse de las antiguas; es preciso fortalecer las primeras, pero no renunciar a ellas.

En segundo lugar, este amor de la soledad me parece muy conforme con el espíritu de Dios. El espíritu del mundo hace que uno se apesure, procure exhibirse y se persuade que no llegará bastante pronto. El espíritu de Dios tiene sentimientos enteramente contrarios: treinta años oscuro, desconocido, a pesar de todos los pretextos de la gloria de Dios que podría sugerir un celo menos esclarecido. En cuanto a mí, permaneceré en la soledad todo el tiempo que la obediencia me lo permita.

Ninguna visita de pura cortesía, isobre todo a mujeres! Ninguna amistad particular con ningún seglar; al menos no buscaré ninguna y nada haré por cultivarla, a no ser que vea

claramente que el interés de la gloria de Dios pide que proceda de otra manera. he aquí uno de mis propósitos.

En tercer lugar, este interior de Jesucristo que sublimaba tanto la bajeza de sus acciones, me ha hecho descubrir, a mi parecer, el verdadero camino de la santidad.

En el género de vida que he abrazado este es el único medio de distinguirse delante de Dios, porque todo es común en lo exterior. También me siento fuertemente atraído a aplicarme a hacer las cosas más pequeñas con grandes intenciones, a practicar a menudo en el secreto del corazón actos de las más perfectas virtudes, de anonadamiento ante Dios, de deseo de procurar su gloria, de confianza, de amor, de resignación y de perfecto sacrificio. Esto se puede hacer en todas partes y aun cuando no se haga nada.

Aunque todo lo que nosotros hacemos para procurar la gloria de Dios sea bien poca cosa, y que esta gloria, aun la exterior, sea un pequeño bien respecto a Él, no es, sin embargo, tan pequeño cuando el Verbo Eterno ha querido encarnarse para eso.

Es maravilloso que, pudiendo por sí mismo convertir toda la tierra, haya preferido hacerlo por sus Discípulos. Empleó toda su vida en formarlos. Parece que de todas las cosas necesarias para la conversión del mundo sólo escogió para sí las más espinosas, como la muerte, y dejó a los hombres las de mayor brillo. ¡Qué amor hacia algunos hombres, querer servirse de ellos para santificar a otros, aunque pudiese fácilmente hacerlo sin ellos!

Bautismo

He pensado que el hombre llamado a convertir a otros, tiene necesidad de grandes virtudes, y sobre todo, de una gran humildad y de una obediencia admirable.

Hay ocasiones en que se puede imitar esta conducta; no hay que dejarlas escapar. Arreglar las cosas de manera que parezca que se sigue el consejo que se da; y no ser más que el instrumento cuando se es el agente, facilita la ejecución y ayuda a

la humildad. Ningún trabajo me cuesta el atribuirlo todo a Dios. ¿Cómo podría yo hacer nada por mí mismo en la santificación del prójimo, cuando tan fuertemente siento la impotencia en que me encuentro de curarme de las menores imperfecciones, aunque las conozca, aunque tenga, por decirlo así, entre las manos mil clases de armas para combatir las?

He resuelto ser obediente como un niño durante toda mi vida, especialmente en las cosas que se refieren en algún modo al adelanto en el servicio de Dios; porque sin esto hay el peligro de buscarse uno a sí mismos. ¡Qué ilusión pensar servir a Dios y glorificarle más o de otro modo, de como a Él le agrada! Aun cuando fueseis el mayor hombre del mundo, ¿qué dificultad hay en obedecer en todo a otro hombre? Este hombre representa a Dios: ¡cuánto más que obedecéis a una campana!

Además, honrar a todos los que trabajan en la salvación de las almas, hacer valer sus ministerios tanto cuanto me sea posible, mantener gran unión con ellos, alegrarme de sus triunfos.

Una conducta opuesta a ésta sería la más ridícula, la más imperfecta, la más vana, la más alejada del espíritu de Dios que podría tener un hombre que se emplea en la salvación de las almas.

Desierto

Parece que treinta años de preparación deberían ser suficientes. Pero no; Jesucristo no pone en práctica la misión de su Padre antes de que el Espíritu Santo le conduzca al desierto para practicar allí la mortificación y demás virtudes necesarias al cargo de un Apóstol.

He propuesto huir todo linaje de delicadezas en la comida, en el vestido, etc.; nunca pedir nada para mi sustento al predicar, y no quejarme nunca de nada. *Non in solo pane vivit homo.* (Matt. IV, 4). «El hombre no vive de sólo pan». Segundo, no tener nada de particular para mis vestidos, ni aun para el campo, y hacer todos mis viajes siempre a pie, en cuanto

sea posible. Es fácil hacer esto sin mucha incomodidad, y esto, a más de otros buenos efectos, humilla el espíritu.

También he hecho el propósito de hacer mis Ejercicios espirituales y los Retiros con una fidelidad inviolable y con el mayor fervor posible; de meditar mucho la vida de Jesucristo, que es el modelo de la nuestra.

He comprendido la sentencia de San Juan Berchmans: *Mortificatio maxima vita communis*. «Sea mi mayor mortificación la vida común». Mortifica el cuerpo y el espíritu.

Todo lo demás no es las más de las veces sino la vanidad que busca distinguirse. En todo caso, antes de hacer algo extraordinario, quiero hacer todas las cosas ordinarias y hacerlas con todas las circunstancias que piden nuestras Reglas: esto lleva lejos y aun a una admirable santidad. Al leer nuestras Reglas he concebido un gran deseo de observarlas todas, con la gracia de Dios. Esto pide, a mi juicio, gran ánimo, gran sencillez, gran recogimiento, gran esfuerzo y gran constancia, y sobre todo, mucha gracia de Dios.

Elección de los Apóstoles

Jesucristo escogió por Apóstoles, primeramente, hombres pobres, idiotas, y juzgando humanamente muy poco a propósito para sus planes. No porque sea preciso ser de nacimiento oscuro y sin letras para trabajar en la salvación de las almas; pero para hacer entender a aquellos que son llamados a este ministerio, lo poco necesarios que son los talentos naturales o adquiridos, y que no deben atribuir a ellos el éxito de sus empleos.

Escogió lo segundo pescadores, etc., para enseñarnos que no es este oficio de personas delicadas, sino que es necesario sufrir mil fatigas y prepararse para los más rudos trabajos. Me he sentido dispuesto a todo, gracias a Dios; ningún trabajo me causa miedo, moriría contento trabajando en esto; pero me encuentro tan indigno de esta gracia, que no sé si Dios se querrá servir de mí en alguna cosa.

Bienaventuranzas

Beati pauperes spiritu... mites, mundo corde. (Matt. V,3). «Bienaventurados los pobres de espíritu, los mansos, los limpios de corazón». Estas tres bienaventuranzas tiene entre sí, me parece, alguna relación y no pueden darse la una sin la otra. He comprendido que son verdaderamente dichosos los que están desprendidos de todas las cosas y han arrancado de su corazón hasta las inclinaciones viciosas; pero ciertamente me encuentro muy lejos de este estado.

Tentaciones de vanagloria

He sentido hacia el fin de esta segunda semana que la inclinación a la vanagloria está aún en mi corazón casi tan viva como nunca, aunque no produzca los mismos efectos y reprima sus movimientos con la gracia. Me parece que nunca me he conocido tan bien; pero me reconozco tan miserable, que me avergüenzo de mí mismo, y este conocimiento me causa de vez en cuando accesos de tristeza, que me llevarían a la desesperación, si Dios no me sostuviese.

En este estado nada me consuela tanto como la reflexión que me hago de que esta misma tristeza es efecto de una gran vanidad, y que este conocimiento y este sentimiento de mis miserias es una gran gracia de Dios, y que con tal que to espere en Dios y le sea fiel, no permitirá que perezca.

Me someto en todo a su voluntad y estoy dispuesto, si así lo quiere, a pasar mi vida en este importuno combate, con tal que El me sostenga con su gracia para no sucumbir. Creo, sin embargo, que se puede ahogar este apetito de vanagloria a fuerza de reprimir sus movimientos; como también al fin y al cabo se ahogan los remordimientos de la conciencia, aunque militen en su favor la gracia, la naturaleza y la educación.

Tres maneras de humildad

En la meditación de los tres grados de humildad, además

de que he sentido con mucha dulzura, confusión y temor que Dios me llama al tercero, que consiste en quitar hasta las malas inclinaciones y amar todo lo que el mundo aborrece; además de que veo que sería el más desgraciado de los hombres si me contentase con algo menos, mil razones me persuaden que tengo que procurarlo con todas mis fuerzas.

Lo primero, Dios me ha amado demasiado para que yo trate de escatimarle nada; sólo este pensamiento me horroriza. Qué, ¿no ser todo de Dios cuando El ha sido tan misericordioso para conmigo? ¿Reservarme alguna cosa, después de tantas como he recibido de El? Jamás consentiría tal cosa mi corazón.

Lo segundo, cuando veo lo poco que soy y qué es lo que yo puedo hacer para gloria de Dios, empleándome enteramente en su servicio, me avergüenzo sólo de pensar reservarme algo.

Lo tercero, no tendría yo seguridad ninguna, tomando un término medio; me conozco y sé que caería bien pronto en una extrema maldad.

Lo cuarto: sólo los que sirven a Dios, sin reserva, deben esperar morir dulcemente.

Lo quinto: sólo los tales llevan una vida dulce y tranquila.

Lo sexto: para hacer mucho por Dios es necesario ser completamente suyo; por poco que le quitéis, os hacéis poco a propósito para hacer grandes cosas por el prójimo.

Lo séptimo: en este estado es donde se conserva viva fe y esperanza firme; se pide a Dios con confianza y se obtiene infaliblemente lo que se pide.

Tres binarios

En la meditación de los tres estados o de las tres clases de hombres he resuelto, y me parece que de buena fe, gracias a Dios, ser de aquellos que quieren curarse a toda costa. En suma, he conocido muy bien que mi pasión dominante es el deseo de la vanagloria, y he hecho un firme propósito de no omitir ninguna humillación de todas las que me pueda procu-

rar sin faltar a la Regla y no huir nunca de las que se me presenten.

He notado que este continuo cuidado de humillarse y mortificarse en todo, causa a veces tristeza a la naturaleza, que la hace floja y menos dispuesta a servir a Dios. Es una tentación que podemos, me parece, vencer pensando que Dios no exige esto de nosotros sino por amistad, y que nosotros nos entregamos a esta práctica como un amigo se aplica en todo momento a agradar a su buen padre, sin que tenga para esto necesidad de andar cohibido, conservando cierta libertad de espíritu en medio de los menores y más asiduos cuidados, la cual libertad es una de las manifestaciones más sensibles del verdadero amor. Se hace con gusto lo que se cree que agrada a la persona a quien amamos de veras.

Repetición de las dos precedentes

En la repetición de las dos últimas meditaciones, habiendo empezado primero con un gran sentimiento a la vista del orgullo que encierra un pecado cometido con propósito deliberado y de la ceguera de los hombres que se ponen a deliberar si deben limitarse a huir del pecado mortal, etc., como si un bien grande no debiera siempre preferirse, sin ponerlo en parangón con uno pequeño; este dulce sentimiento se ha como extinguido por un pensamiento de vana complacencia que me ha sobrenido y que he tenido que combatir. No acertaría a decir cuánto me ha humillado esto.

He pasado el resto de la oración pensando sobre mi nada y mi indignidad respecto a todas las gracias y consuelos de Dios. He aceptado con completa sumisión la privación de esta clase de bienes durante toda mi vida, y ser hasta la muerte como el juguete de los demonios y de toda clase de tentaciones. Parece-me he reconocido con los sentimientos de la Cananea que no debo tener ninguna parte en el pan de los hijos.

He pedido a Dios me de sólo lo que me es precisamente necesario para sostenerme de manera que no le ofenda jamás. No pierdo, sin embargo, la esperanza de llegar al grado de san-

tidad que pide mi vocación, y lo espero; pero preveo que tendré que pedir esta gracia durante mucho tiempo. Bien está; estoy resuelto, gracias a Dios, a la perseverancia cuanto fuere preciso; es una cosa tan grande y tan preciosa la santidad, que nunca se comprará demasiada cara.

Encontrándome en esta situación extraordinariamente instado a cumplir el proyecto de vida que desde hace tres o cuatro años medito, con el consentimiento de mi Director, me he entregado enteramente a Vos, ¡oh Dios mío!

¡Cuán grandes son vuestras misericordias para conmigo, Dios de la Majestad! ¿Quién soy yo para que Vos os dignéis aceptar el sacrificio de mi corazón? Será, pues, todo para Vos; las criaturas no tendrán parte alguna, no valen la pena. Sed, pues, amable Jesús, mi padre, mi amigo, mi maestro, mi todo; pues si estáis contento con mi corazón, ¿sería posible ni razonable que el mío no estuviese contento con el vuestro? Sólo quiero vivir en adelante para Vos y vivir mucho tiempo, si así lo queréis, para sufrir más. No pido la muerte, que abreviaría mis miserias. Si no es vuestra voluntad que muera a la misma edad que Vos, sed por ello bendito; pero me parece al menos que es de justicia que yo empiece a vivir por Vos y para Vos a la misma edad que Vos moristeis por todos los hombres, y por mí en particular, que tantas veces me he hecho indigno de tan grande gracia. Recibid, pues, amable Salvador de los hombres, este sacrificio que el más ingrato de todos ellos os hace reparar el daño que hasta este punto no he dejado de haceros al ofenderos.

PROYECTO DE VOTO

Juravi et statui custodire judicia justitiae tuae. (Ps. CXVIII,106).
«Juré y determiné guardar los preceptos de tu justicia».

Me siento atraído a hacer a Dios voto de observar nuestras Constituciones, nuestras Reglas comunes, nuestras Reglas de modestia y las Reglas de los sacerdotes, de la manera siguiente:

Sumario de las Constituciones

1.º Trabajar toda mi vida en mi perfección particular por la observancia de las Reglas y en la santificación del prójimo, aprovechando todas las ocasiones que la obediencia y la Providencia me proporcionen de ejercitar mi celo sin detrimento de las Reglas de la discreción y prudencia cristianas. (Regla 2.ª)

2.º Ir indiferentemente, sin excepción, sin réplica, a cualquier parte que la obediencia me envíe. (Regla 3.ª)

3.º Tratar con el Superior sobre las penitencias exteriores y no omitir, sin necesidad, las que a él le haya parecido bien que haga; hacer la confesión general todos los años; el examen de conciencia dos veces al día; tener un confesor fijo, y descubrirle toda mi conciencia. (Reglas 4.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª)

4.º Amar a mis parientes sólo en Jesucristo. Me parece que, por la gracia de Dios, me encuentro ya en esta disposición; así este punto no me puede dar ningún trabajo. (Regla 8.ª)

5.º Ver con gusto que me reprendan, que se de cuenta a mis Superiores de mis defectos y darla yo también de los defectos de mis hermanos cuando juzgue estar obligado a ello por la Regla. (Reglas 9.ª y 10.ª)

6.º Desear ser ultrajado, colmado de calumnias e injurias, pasar por un insensato, sin dar ocasión para ello, y sin que Dios sea ofendido. Me parece que todo eso sólo tengo que pedir a Dios me conserve los sentimientos que ya me ha dado. (Regla 11.ª)

7.º Tocante a la mayor abnegación y continua mortificación me parece que, con la gracia de Dios, puedo hacer voto:

1.º De no tener jamás voluntad eficaz respecto a la vida, salud, prosperidad, adversidad, empleos, lugares, sino en cuanto esta voluntad sea conforme a la suya.

2.º De desear, en cuanto de mí dependa, todo cuanto sea contrario a mis inclinaciones naturales, si ello no se opone a su mayor gloria; y me parece que por su infinita bondad me ha venido a poner ya en esta disposición.

3.º De no buscar nunca lo que halaga los sentidos, como los espectáculos, los conciertos, los olores, las cosas agradables al

paladar ni lo que pueda satisfacer la vanidad; de no buscarlo, digo, nunca i en mis discursos ni en mis acciones; en cuanto a los muebles y vestidos, contentarme con lo que me den, a menos que la obediencia o la Regla de la salud no me obligare a obrar de otro modo.

4.º De no evitar ninguna de aquellas mortificaciones que se me presenten, a menos que juzgue, según Dios, que debo obrar de distinto modo por alguna razón que me parezca verdadera.

5.º De no gustar jamás ningún placer de aquellos a que la necesidad me obligue, como beber, comer, dormir, ni de aquellos que no podamos evitar en la Compañía sin alguna afectación o singularidad, como las recreaciones, los manjares extraordinarios, etc. Jamás tomarlos por el placer que en ello experimenta la naturaleza, sino renunciar a ello de corazón, y mortificarme, en efecto tanto cuanto Dios me inspire y pueda yo hacerlo sin hacerme notar demasiado. (Regla 12.ª)

8.º Las cuatro Reglas siguientes están encerradas en todas las otras. Respecto a la 17.ª, que trata de la pureza de intención, me parece puedo hacer voto:

1.º De no hacer nunca nada con la gracia de Dios, al menos con reflexión, sino puramente por su gloria.

2.º De no hacer ni omitir nada por respeto humano: este último punto me agrada sobremanera, y me parece que me afianzará en una gran paz interior. (Regla 17.ª)

9.º Este presente voto encierra, si no me equivoco, la observancia de la diez y nueve. (Regla 19.ª)

10. Respecto a la 21.ª puedo hacer voto:

1.º De no faltar nunca a la oración y observar, ya sea en la preparación, ya sea en la misma oración, todas las adiciones de San Ignacio, a menos que alguna razón o de necesidad o de caridad u otra parecida me dispense de algunos de esos puntos.

2.º De observar, respecto a la Misa y Oficio divino, las Reglas de los sacerdotes. (Regla 21.ª)

11. En cuanto a la pobreza, ya he hecho voto de observar todas las Reglas dadas por San Ignacio.

12. Por lo que hace a la castidad, no mirar jamás ningún objeto que pudiera inspirarme pensamientos contrarios a esta

virtud, al menos con intención formada, o sin necesidad indispensable; no leer ni oír decir cosa que no sea casta, a menos que la caridad o la necesidad de mi empleo me obliguen a ello; guardar las Reglas de los sacerdotes referentes a la confesión y visitas de mujeres.

13. Comer siempre con templanza, modestia y decencia, diciendo la bendición y acción de gracias con respecto y devoción.

14. En cuanto a la obediencia, ya he hecho voto de practicarla según nuestras Reglas.

15. Respecto de las cartas que se entregan o reciben, observaré lo que los Superiores deseen que guarde.

16. Dar cuenta de conciencia según la fórmula que tenemos en nuestras Constituciones.

17. De no tener nada oculto a mi confesor, al menos de lo que debe saber para dirigirme.

18. Respecto a la unión y caridad fraterna, los negocios puramente seculares y el cuidado de la salud, no encuentro en mí ninguna dificultad, así como tampoco en la manera de proceder cuando uno está enfermo.

Reglas comunes

1.º Hacer todos los días dos veces el examen de conciencia y el examen particular y anotar el adelanto, según la instrucción de San Ignacio; la lectura espiritual, siempre que pueda; no faltar al sermón sin permiso, estando en casa; en la abstinencia del viernes guardar el uso de la Compañía; no predicar sin la aprobación de los Superiores. Las tres Reglas siguientes se refieren a la pobreza; en todas las otras no encuentro dificultad. Puedo hacer voto, me parece, de no dispensarme de ellas sin permiso.

Convendría acordarse al llegar a una casa de pedir permiso a los Superiores:

1.º Para tener libros.

2.º Para ver a los enfermos, si es que no hay la costumbre de pedirlo cada vez que se va a visitarlos.

3.º Para entrar un momento en el cuarto de ciertas personas en determinadas ocasiones, como para tomar luz, devolver un libro, etc.

4.º Para hablar en casa con los de fuera y llamarlos si fuere necesario.

5.º Para hacer los encargos de los de fuera de casa a los de dentro, y de los de dentro a los de fuera cuando nos lo piden, siempre que se juzgue que en ello no hay nada de particular.

6.º Para escribir cartas; bien entendido que se enseñará a quien deba hacerlo, si es que no hay costumbre de pedir este permiso cada vez que se escribe.

Reglas de la modestia y de los sacerdotes

Las Reglas de la modestia están compuestas de tal manera, que no pueden costar ningún trabajo. Dígase lo mismo de las de los sacerdotes. La que recomienda la instrucción de los niños no impone, a mi juicio, mayor obligación que la que está encerrada en el voto que hacen los profesos.

Se podría hacer voto de las Reglas de los oficios particulares a medida que a ellos sea uno aplicado.

Motivo de este voto

1.º Imponerme una necesidad indispensable de cumplir, en tanto cuanto sea posible, los deberes de nuestro estado y ser fiel a Dios, aun en las cosas más pequeñas.

2.º Romper de un golpe las cadenas del amor propio y quitarle para siempre la esperanza de satisfacerse en alguna ocasión; esta esperanza, me parece, vive siempre en el corazón en cualquier estado de mortificación en que uno se encuentre.

3.º Adquirir de una vez el mérito de una larga vida, en la extrema incertidumbre en que estamos de vivir ni un solo día, y ponernos en estado de no temer que la muerte pueda quitarnos los medios de glorificar más a Dios; pues esta voluntad que tenemos de hacerlo eternamente no puede dejar de tomar-

se por efectiva, puesto que nos obligamos tan estrechamente a cumplirlo.

4.º Reparar las pasadas irregularidades por el compromiso que contraemos de ser regular durante todo el tiempo que Dios quiera prolongar nuestra vida. Este motivo me agrada mucho y hace mucha más fuerza que todos los otros.

5.º Reconocer en cierto modo las misericordias infinitas que Dios ha tenido conmigo, obligándome indispensablemente a ejecutar sus más pequeñas órdenes.

6.º Por respeto a la divina voluntad, que bien merece ser ejecutada bajo pena de condenación; aunque Dios, por su infinita bondad, no nos obliga siempre a ello bajo tan graves penas.

7.º Hacer de mi parte todo cuanto de mí dependa para ser todo de Dios sin reserva, para desprender mi corazón de todas las criaturas y amarle con todas mis fuerzas, al menos con un amor efectivo.

Algunas consideraciones que me animan a hacer este voto

1.º No encuentro más trabajo en observar todo lo que este voto encierra, que el que tendría un hombre naturalmente inclinado al placer para guardar la castidad que le obliga a tantos combates y a tanta vigilancia.

2.º Dios, que inspiró nuestras Reglas a San Ignacio, pretendió que fuesen observadas. No es, pues, imposible el hacerlo, ni aun con imposibilidad moral. Ahora bien, el voto, lejos de hacer la observancia más difícil, lo facilita, no sólo porque aleja las tentaciones por el temor de cometer un pecado grave; pero, además, porque en cierto modo obliga a Dios a dar mayores gracias en las ocasiones.

3.º San Juan Berchmans pasó cinco años en la Compañía sin que su conciencia le reprochase la infracción de ninguna Regla; ¿por qué, con gracia de Dios, no lo haré yo en una edad en que se debe tener mayor fuerza y en que se está menos ex-

puesto a los respetos humanos, que son los mayores enemigos que tenemos que combatir?

4.º No temo yo que esto me quite la paz del alma y me sea piedra de escándalo: *Pax multa diligentibus legem tuam et non est illis scandalum*. (Ps. CXVIII,165) «Mucha paz hay para los que aman tu ley y no les sirve de tropiezo». Es artículo de fe y, por consiguiente, cuanto más se ama esta ley mayor tranquilidad se experimenta: *Ambulabo in latitudine quia mandata tua exquisivi*. (Ps. CXVIII,45). «Andaré con latitud de corazón porque busqué tus mandamientos». El exacto cuidado en obedecer a las más pequeñas observancias pone al espíritu en libertad en vez de causarle violencia.

5.º Me parece que desde hace algún tiempo vivo yo poco más o menos como tendré que vivir después de hecho este voto. Y más bien por el deseo de obligarme a perseverar que por gana de hacer algo nuevo o extraordinario, he tenido este pensamiento.

6.º Me parece que el solo pensamiento de hacer este voto me desprende de todo lo del mundo poco más o menos como si sintiere acercarse la muerte.

7.º No me apoyo yo ni en mi resolución ni en mis propias fuerzas, sino en la bondad de Dios, que es infinita, y en su gracia, que nunca deja de comunicarnos abundantemente, tanto más cuantos mayores esfuerzos hacemos por servirle: *Non deliquent omnes qui sperant in eo*. (Ps. XXXIII,23). «No faltarán todos los que esperan en El».

8.º Me parece que este voto sólo me obliga a un poco más de vigilancia que la que tengo, pues ahora mismo no querría, me parece, quebrantar ninguna Regla con voluntad deliberada.

9.º Para prevenir los escrúpulos puedo no comprometerme a nada en que tenga duda.

10.º Puedo comprometerme bajo esta condición: que si pasado algún tiempo encuentro que este voto me turba, cesa el compromiso; si no, terminará sólo con mi vida.

11.º Cuando se tiene permiso no se quebranta la Regla, al menos cuando se trata de una Regla exterior; porque muy desgraciado tendría uno que ser para preferir quebrantar una Re-

gla y desagradar a Dios, aunque no hubiere obligación de pecado mortal, que el decir una palabra al Superior.

12.º No pretendo estar obligado a nada en todas las ocasiones en que cualquiera otro pudiera dispensarse de la Regla, sin hacer nada contra la perfección.

13.º El pensar en este compromiso, lejos de asustarme, me llena de júbilo; me parece que en vez de ser esclavo voy a entrar en el reino de la libertad y de la paz. El amor propio no se atreverá a enredarme cuando tan gran peligro habrá en seguir sus movimientos. Me parece que toco ya mi felicidad y que he encontrado, al fin, el tesoro, que es necesario comprar a tan gran precio.

14.º No es éste un fervor pasajero, hace mucho tiempo que lo medito; pero me reservaba el examinarlo a fondo en esta ocasión, y mientras más se aproxima el tiempo de ponerlo por obra más facilidad encuentro en él y más fuerza y más resolución en mí mismo.

15.º Esto, no obstante, esperaré la resolución de V.R. antes de seguir adelante. Por esto le suplico quiera examinar este escrito y reflexionar, sobre todo, en estas últimas consideraciones, en las cuales encontrará, tal vez, señales del espíritu de Dios; si no, no tiene más que decirme que no juzga a propósito que yo ponga en práctica este designio, y tendré para con el sentir de V.R. el mismo respeto que debo a la palabra de Dios.

Misión de los Apóstoles

En la meditación de la Misión de los Apóstoles comienzo, me parece, a conocer mi vocación y el espíritu de la Compañía, y creo también que, por la gracia de Dios, este espíritu nace y se fortifica en mí, ya sea a causa de un afecto particular y de una gran estima que tengo de todas las Reglas, ya sea porque me parece que mi celo se aumenta y purifica.

Sobre esta palabra que encierra la Misión de los Apóstoles: *Docete omnes* (Matt. XXVIII, 19). «Enseñad a todos», he comprendido que somos nosotros enviados a toda clase de personas, y que en cualquier parte que se encuentre un Jesuita y en

cualquier compañía que esté, está allí como enviado de Dios para tratar el negocio de la salvación de aquellos con quienes trata, y que si no habla de este negocio y aprovecha todas las ocasiones para hacer que adelanten en él, hace traición a su ministerio y se hace indigno del nombre que lleva.

He resuelto, pues, acordarme de esto en toda ocasión y estudiar los medios para hacer recaer la conversación sobre cosas que puedan edificar, sea quien sea aquel con quien me encuentre; de tal modo, que cuando de mí se separe vaya con más conocimiento de Dios, y si es posible, con mayor deseo de su salvación.

Celo apostólico

Al meditar sobre el celo, me ha ocupado todo el tiempo el desinterés y la indiferencia que debo tener. Doy gracias a Dios de que no he encontrado en mí ninguna repugnancia en ocuparme de los niños y de los pobres; antes al contrario, me parece tomaría estos empleos con gusto; no están expuestos a la vanidad y son de ordinario más fructuosos.

Después de todo, el alma de un pobre es tan querida de Jesucristo como la del rey, y poco importa de quiénes se llene el cielo.

Entre las señales que Jesucristo da de su misión, ésta es una de las principales: *Pauperes evangelizantur* (Matt. XI,5). «Los pobres son evangelizados», y por esta señal se puede reconocer que es el Espíritu de Dios quien ha fundado la Compañía; pues el Catecismo y el cuidado de los pobres es una de sus principales atenciones; las Constituciones nada nos recomiendan tanto como eso.

Me parece que debemos esperar que somos enviados de Dios y que a El buscamos cuando tenemos esta indiferencia; por esto he resuelto, sea en las confesiones, sea en la predicación, servir con gusto a los pobres, y cuando quede a mi elección preferir a éstos, pues a los ricos nunca les faltará quienes les sirvan.

Pobreza apostólica

En la meditación de la pobreza apostólica he resuelto gloriarme toda mi vida y complacerme en esta virtud, y tener el consuelo de poder decir siempre: «No tengo nada»; así, como por el contrario, el mundo y el amor propio sienten tanta satisfacción en decir y contar lo que poseen. Sobre todo, ningún libro; esto me obligará a leer mucho y bien aquellos de que tenga y crea más necesarios; respecto a los demás, ninguna pena sentiré en pasarme sin ellos.

Mortificación apostólica

En la meditación de la mortificación he comprendido que un Apóstol no está llamado llevar una vida muelle ni descansada; es necesario sudar y fatigarse, no temer ni el calor ni el frío, ni los ayunos ni las vigiliass; es necesario gastar su vida y sus fuerzas en este empleo. Lo peor que le puede suceder, es morir sirviendo a Dios y al prójimo; mas no veo que esto pueda hacer temer a nadie.

La salud y la vida me son, por lo menos, indiferentes; pero la enfermedad o la muerte, cuando me lleguen por haber trabajado en la salvación de las almas, me serán muy agradables y preciosas.

Observancia de las Reglas

Este mismo día, después de la comida, habiendo leído en la vida de San Juan Berchmans la muerte de este santo joven, me sentí muy conmovido por lo que entonces dijo: que sentía gran consuelo por no haber quebrantado nunca ninguna Regla; y reflexionando en lo que podría decir yo sobre esto, si debiera dar cuenta a Dios, concebí de pronto tan grande dolor de haberlas observado tan mal, que derramé lágrimas en abundancia.

Hice en seguida mi oración, en la que formé grandes reso-

luciones de ser en adelante mejor Jesuita que lo que sido hasta aquí; invoqué con confianza a este bienaventurado joven y le rogué por la Santísima Virgen, a quien él tanto amó, y por la Compañía, a la cual fue tan fiel, que me obtuviese la gracia de vivir hasta la muerte como él vivió durante cinco años. Todo el resto del día estuve penetrado de dolor, teniendo siempre ante mis ojos las Reglas despreciadas y quebrantadas tan a menudo; lloré tres o cuatro veces, y me parece que, con la gracia de Dios, no será fácil que las quebrante en lo sucesivo.

Pero no por eso dejo de estar sin consuelo por lo pasado; nunca jamás había pensado en el mal tan grande que hacía en ello.

Pensaba que si hubiesen querido solicitar de Berchmans que quebrantase una Regla a la hora de su muerte, por ninguna consideración lo hubiese hecho, después de haber pasado cinco años sin haber quebrantado la más mínima. Ahora bien; las mismas razones tenemos nosotros que las que tuvo él para resistir a las tentaciones de esta naturaleza. Al faltar hoy al silencio, no desagradaré menos a Dios; desprecio una orden inspirada por el Espíritu Santo a nuestro Santo Fundador. Por mí no queda que no se destruya la observancia regular; no es tan poca cosa esa Regla que no dependa de ella todo el bien del cuerpo de la Compañía.

Desprecio del mundo

Me parece que para el desprecio del mundo es un medio muy eficaz la presencia de Dios. Es pensamiento de San Basilio que un hombre que tiene por testigo de lo que hace a un rey y a un lacayo, no atiende para nada al lacayo, sino sólo a merecer la aprobación del príncipe. Es extraña y bien desgraciada servidumbre la del hombre que sólo piensa en agradar a los otros hombres. Cuándo podré yo decir: *Mihi mundus crucifixus est et ego mundo*; (Galat. VI, 14). «El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo?» He pedido con instancia a Jesucristo y a la Santísima Virgen me concedan esta disposición de ánimo.

Humildad apostólica

En la meditación de la humildad, es verdad, y yo lo comprendo, que debe ser grande esta virtud en un hombre apostólico, y el temor de no poseerla bastantemente me tendrá toda mi vida, a mi parecer, en un continuo temor. Paréceme, sin embargo, que para esto no hay sino estar atento y evitar la inconsideración. Pero cualquiera que reflexione qué es, qué ha sido, qué es lo que puede hacer por sí mismo, no es fácil que se atribuya nada a sí mismo; para matar el orgullo basta recordar que la primera señal de la virtud es no estimarse absolutamente en nada.

En segundo lugar, basta mirar a Jesucristo, anonadado de corazón, que reconoce delante de Dios que nada es y que sólo a su Padre se debe la gloria de todo cuanto hace. Si me alaban, se equivocan; es una injusticia que hacen a Dios. Es como si alabasen a un comediante por los versos que recita y que otro ha compuesto; además, no nos estiman tanto como nosotros pensamos: conocen todos nuestros defectos, conocen aun aquellos que a nosotros se nos escapan, o al menos no se ocupan de nosotros.

Más aún; concedido que hacemos grandes cosas, o por decir mejor, que Dios haga grandes cosas por nosotros. Es muy digno de admiración y de alabanza que El haga tan buen uso de tan malos instrumentos; pero no soy por eso mejor; y puede suceder que Dios me condene después de haber salvado a muchos por mi medio, como sucede que un pintor tira al fuego un carbón que le ha servido para trazar un dibujo admirable y muy excelentes figuras. La práctica de la Santísima Virgen es admirable; confiesa de buena fe que Dios ha obrado en ella grandes cosas y que por eso la alabarán todas las generaciones: *Magnificat anima mea Dominum*. (Luc. 1,46). «Mas en vez de envanecerse mi alma engrandece al Señor».

Repetición

En la repetición de esta meditación, después de haber reco-

nocido y confesado delante de Dios que no soy nada y que nada he hecho por mí mismo, he comprendido cuán justo es que sólo Dios sea glorificado, y me ha parecido que un hombre que se ve alabado por una virtud o una buena acción, debe estar tan avergonzado como un hombre de pundonor a quien toman por otro y le alaban de lo que no ha hecho. Pero si somos tan vanos que nos hinchamos por estas cualidades naturales o sobrenaturales que no nos pertenecen, ¡qué vergüenza, qué confusión! cuando en el día del Juicio Dios haga salir al medio a este hombre vano y de a conocer a todo el mundo que nada tiene de sí mismo, y le diga reprochando su vanidad: *Quid habes quod non accepisti? si autem accepisti quid gloriaris?* (I Cor. IV,7). «¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido ¿por qué te glorias?»

Me parece ver un bribón que, haciéndose pasar algún tiempo como hombre honrado, gracias a una capa robada, viene a quedar descubierto en medio de la buena sociedad y se llena de grandísima confusión. Pero mucho peor será todavía, Dios mío, cuando hagáis ver que no solamente no tenía nada de qué vanagloriarse, pero ni aún siquiera tenía aquello de que me he gloriado!, cuando descubráis mi hipocresía, el abuso que he hecho de vuestras gracias, mis miserias interiores, etc.

Dios me ha hecho ver a mí mismo, en esta ocasión, tan deforme, tan miserable, tan desprovisto de todo mérito, de toda virtud, que verdaderamente jamás me había encontrado tan desagradable a mí mismo; me parecía oír a este Dios en el fondo de mi corazón, recorriendo todas las virtudes y haciéndome ver claramente que yo no tengo ninguna; le he suplicado con instancia conserve siempre en mí esta luz.

Confieso hallar que este conocimiento de mí mismo que crece en mí de día en día, debilita mucho o al menos modera cierta firme confianza que hace mucho conservaba en la misericordia de Dios.

No me atrevo ya a levantar los ojos al cielo; me encuentro tan indigno de sus gracias, que casi no sé si les habré cerrado del todo la entrada. Este sentimiento me viene especialmente cuando comparo mi vida, mis crímenes y mi orgullo con la inocencia y humildad de nuestros Santos.

Desconfianza de sí mismo

En la meditación de la desconfianza de sí mismo no encontré nada tan fácil después de la meditación precedente. Cuando se conoce lo que es salvar un alma y lo que nosotros somos, pronto nos persuadimos que nada podemos. ¡Qué locura pensar que con algunas palabras dichas de paso podamos hacer lo que tanto costó a Jesucristo!

Habláis y se convierte un alma; es como en el juego de los fantoches, el criado manda a la muñeca que baile y el maestro la hace bailar por medio de un resorte. El mandamiento no ha hecho absolutamente nada. *Exi a me quia homo peccator sum, Domine.* (Luc. V,8). «Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador». ¡Hermoso sentimiento del alma en quien o por quien Dios hace algo extraordinario!

Oración

Como siento, por la gracia de Dios, bastante atractivo por la oración, he pedido de todo corazón a Dios, por la intercesión de la Santísima Virgen, me conceda la gracia de amar cada día más este ejercicio hasta la muerte. Este es el único medio de purificarnos, de unimos con Dios, de que Dios se una con nosotros para poder hacer algo por su gloria. Es necesario orar para obtener las virtudes apostólicas, es necesario orar para hacerlas útiles al prójimo, es necesario orar para no perderlas en el servicio del prójimo.

Este consejo o este mandamiento: *Orad sin interrupción*, me parece dulce y de ningún modo imposible; encierra la práctica de la presencia de Dios. Quiero procurar seguirlo con la ayuda de Nuestro Señor. Siempre tenemos necesidad de Dios; así, pues, hay que orar siempre; cuanto más oremos, más le agradaremos y más conseguiremos. No le pido las dulzuras que Dios da a sentir en la oración a quien le place; no soy digno, no tengo fuerzas suficientes para soportarlas. No son buenas para mí las gracias extraordinarias; esto sería edificar sobre arena, echar un licor precioso en un vaso roto que

nada puede retener. Lo que yo pido a Dios es una oración sólida, sencilla que le glorifique a El y no me hinche a mí; la sequedad y la desolación, acompañadas de la gracia de Dios, me son, a mi parecer, muy útiles. Entonces hago con gusto actos de las más excelentes virtudes; hago esfuerzos contra la mala disposición y procuro ser fiel a Dios, etc.

Conformidad con la voluntad de Dios

Desde el principio de la oración me he sentido movido a hacer actos de ella. Y los he hecho sin trabajo, porque, efectivamente, no siento ninguna oposición por la gracia de Dios hacia ningún estado; y me parece que con la misma gracia aceptaría con sumisión los más enojosos accidentes que la Providencia permitiera me sucediesen, o al menos pronto me resolvería a ello, si Dios no me abandona.

Me he resuelto, sobre todo, a santificarme por la vía que a Dios le plazca: por la sustracción de toda dulzura sensible, si así El lo quiere; por las penas interiores, por los continuos combates contra mis pasiones. Esto es para mí lo más duro que hay en la vida; me someto, sin embargo, a todo con todo mi corazón, y tanto más de grado cuanto que comprendo que es el camino más seguro, el menos sujeto a ilusiones, el más corto para adquirir la perfecta pureza de corazón, con grande amor de Dios y muchísimos méritos.

TERCERA SEMANA

Preparación a la Pasión

En la primera meditación de la tercera semana, que es de la preparación a la Pasión, considerando el ardiente deseo que Jesucristo tenía de sufrir, mi espíritu se ha inclinado, desde luego, al deseo que tenían los Santos de morir; el cual deseo hacía que la muerte tuviese para ellos dulzuras inexplicables. Es el efecto, me parece, de una fidelidad inviolable en cooperar a todas las gracias de Dios y hacer por El todo cuanto han podido durante muchos años. Esta vista ha encendido en mi corazón un gran deseo de no perder el tiempo, de hacer cuanto antes todo el bien que pueda, a fin de ponerme en estado de desear la muerte y recibirla con alegría.

He pensado, además, que el hombre que verdaderamente desea sufrir mucho por Jesucristo es como una persona hambrienta o extremadamente sedienta, la cual, mientras espera se le presente con qué saciarse, toma, sin embargo, la poca comida o bebida que le ponen delante. Siento en mí un gran deseo de sufrir por Dios, y creo que no hay ningún dolor que yo no aceptase, a mi parecer, con gran alegría; pero estimo que ésta es una gracia que Dios hace sólo a sus amigos, y me encuentro yo tan indigno, que no creo que Dios me haga nunca este favor.

Prendimiento de Jesucristo

Dos cosas me han conmovido sumamente y me han tenido ocupado todo el tiempo. La primera es la disposición con que sale Jesucristo al encuentro de los que le buscan, con la misma

firmeza, el mismo valor, el mismo porte exterior que si su alma hubiese estado en perfecta paz. Su corazón está anegado en un mar de amarguras: todas las pasiones se han desencadenado en su interior, toda la naturaleza está desconcertada, y a través de estos desórdenes y de todas estas tentaciones su Corazón va derecho a Dios, no da un paso en falso, no vacila en tomar el partido que la virtud y la más alta virtud le sugiere. He aquí un milagro que sólo el Espíritu de Dios es capaz de obrar en un corazón: el de concertar la guerra y la paz, la turbación y la calma, la desolación y cierto fervor varonil que ni la naturaleza ni los demonios ni el mismo Dios que parece armarse contra nosotros, o al menos abandonarnos) no pueden quebrantar.

La segunda cosa es la disposición de este mismo Corazón con respecto a Judas, que le traicionaba; a los Apóstoles, que cobardemente le abandonaban; a los Sacerdotes y a los demás, que eran los autores de la persecución que sufría, lejos de turbarle, dulcificaba en cierto modo su dolor, porque veía que sus dolores podrían remediar los males de sus enemigos. Me represento, pues, a este Corazón sin hiel, sin actitud, lleno de verdadera ternura para con sus enemigos, al cual ninguna perfidia, ningún mal tratamiento puede mover al odio.

Después, dirigiéndome a María para pedirle la gracia de poner mi corazón en esta disposición, me doy cuenta de que el suyo ya se encuentra perfectamente en ella; que está abismada en el dolor, pero sin hacer nada inconveniente y que no pierde el juicio en tan terrible coyuntura; que no quiere mal ninguno para los verdugos de su Hijo, antes por el contrario, los ama y lo ofrece por ellos. Confieso que semejante espectáculo me encanta, me da un amor increíble a la virtud y me causa el mayor placer que pueda yo experimentar.

¡Oh corazones, verdaderamente dignos de poseer todos los corazones, de reinar sobre todos los corazones de los Angeles y de los hombres! Vosotros seréis, de aquí en adelante, la regla de mi conducta, y en todas las ocasiones trataré de inspirarme en vuestros sentimientos. Quiero que mi corazón no esté, en adelante, sino en el de Jesús y de María, o que el de Jesús y de María estén en el mío, para que ellos le comuniquen sus movi-

mientos; y que el mío no se agite ni se mueva sino conforme a la impresión que de ellos reciba.

Repetición

Amice, «amigo». Es verdad que Jesús le amaba, que no hubiese empleado esta palabra si no hubiese sido verdad. Jesucristo quería de veras convertirlo, había escogido bien el tiro; así que Judas sintió herido su corazón, pero le sucedió como a esos enfermos desahuciados a quienes les dan los más fuertes remedios. Producen éstos su efecto, pero el enfermo no tiene fuerzas bastantes para soportar la operación y exhala el alma al arrojar los malos humores.

¡Todo es admirable! Jesucristo arrastrado; Jesucristo, delante del juez, sentado en su banquillo, acusado, y callando. Me ha parecido que, con la gracia de Dios, sufriría yo ser calumniado y tratado como un malvado; encontraría en ello el completo anonadamiento del amor propio. Paréceme que en semejante ocasión daría gracias a Dios de todo corazón y le pediría con instancia me dejara morir en este estado. Pero es perder el tiempo pensar en esto. Creo que no es este favor para mí; es necesario para eso ser un santo; es necesario aprovechar las pequeñas ocasiones que se presentan y tener cuidado no sea que, mientras me entretengo en esos quiméricos deseos, corra tras la vanagloria mundana, y deje escapar las pequeñas ocasiones que se presentan.

Negaciones de San Pedro

Al meditar sobre la caída de San Pedro he visto con sorpresa y espanto cuán débiles somos. Esto me hace estremecer; tengo dentro de mí las semillas y fuentes de todos los vicios; no hay uno sólo que no pueda cometer; entre mí y el abismo de todos los desórdenes, sólo media la gracia de Dios, que me impide caer. ¡Qué humillante es ésto! ¡Qué confusión debe excitar, aun en las almas santas, este pensamiento! He aquí por

qué dice San Pablo: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* (Philip. II,12) «Con temor y temblor, trabajad en vuestra salvación».

Jesucristo pasa toda la noche atado, sirviendo de juguete a la insolencia de los soldados. ¡Hermoso motivo de meditación los pensamientos de Jesús durante toda la noche!

En el Palacio de Herodes

¿Qué cosa más admirable que ver a la Sabiduría encarnada, Jesucristo, tratado de loco por Herodes y por toda su corte? El mundo no ha cambiado aún de modo de pensar con respecto al Hijo de Dios: todavía pasa por loco. ¡Qué valor el de Jesucristo, haber despreciado toda la gloria, todo el respeto que tan fácilmente podía atraerse de toda esta corte, haber dejado de buen grado a este príncipe y a todos sus cortesanos en la creencia de que era un insensato! ¡Qué sacrificio a su Padre! y ¡qué acto tan glorioso!, y ¡qué cobardes somos nosotros que hacemos tanto caso de los sentimientos de los hombres y nos hacemos esclavos de su opinión! ¿Cuándo sacudiremos este vergonzoso yugo? ¿Cuándo nos elevaremos por encima del mundo?

¡Cuán digno es de un alma cristiana el sufrir una confusión que podría evitar, y contentarse con tener a solo Dios por testigo de una verdad ventajosa para nosotros! Dios mío: quiero hacerme santo, entre Vos y yo, despreciando toda confusión que no disminuya la estima que Vos podríais tener de mí.

La consideración de estos actos generosos, y que tan por encima están de la naturaleza, eleva, me parece, mi alma sobre sí misma y sobre todos los objetos criados.

En el Pretorio de Pilatos

¡Qué espectáculo ver a Jesucristo vuelto a casa de Pilatos, atravesando Jerusalén vestido de loco! Pilatos le condena a ser azotado. ¡Qué justicia! Jesucristo no se queja, aunque ve la

causa en la envidia de los sacerdotes y en la falsa condescendencia del juez, como también prevé la crueldad de este suplicio. He comparado este proceder con el que nosotros solemos tener cuando nos injurian en alguna cosa. ¿Cómo quejarnos, teniendo a la vista este ejemplo?

He estado sumamente confuso con el recuerdo del pasado. Dios mío: las hermosas ocasiones que he desperdiciado no volverán jamás; no soy digno de ello. He resuelto no quejarme nunca de nada. Me he convencido de que, de cualquier manera que me traten, no me harán ninguna injusticia.

Flagelación y Coronación

Nada me conmueve tanto en la flagelación como el desprecio con que es tratado en ella Jesucristo. El más criminal de los hombres encuentra compasión cuando es condenado al suplicio: apedrean al verdugo si hace sufrir demasiado a un ladrón, a un asesino; y he aquí a Jesús entregado al capricho de los soldados, que desgarran sus carnes, que añaden pena sobre pena, que lo tratan a su placer impunemente como si no fuese hombre. Jesús no se queja, se anonada; aún más, en presencia de su Padre acepta, como venidas de su mano, todas estas penas, se regocija al poder darle todo un soberano honor por este espantoso abatimiento.

Le ponen una corona de espinas sobre la cabeza para expiar esta horrible pasión que tenemos de querer ser en todas partes reyes, de sobresalir, de sobreponernos a todos y en todas las cosas.

Ecce Homo

Pilatos lo muestra al pueblo: *Ecce Homo*. ¡Debía estar en un lastimoso estado! Buena lección para los que aman los grandes teatros y los aplausos. Prefieren a Barrabás. ¡Cosa más extraña! Nos quejamos de las ventajas que dan a los demás; Jesucristo no se queja, sino se coloca más bajo aún de lo que le

colocan con esta injusta comparación. En este momento decía en su corazón al Padre: *Vermis sum et non homo*. (Ps. XXI,7). «Gusano soy y no hombre». Gritaban: *Crucifige* (Joann. XIX,15). «Crucificalo», y consentía en ello de todo corazón.

A la vista de este ejemplo, de este modelo, ¿hay cristianos en el mundo? Si cada vez que por respeto humano quebrantamos una Regla hiciésemos reflexión de que preferimos un hombre a Dios, yo creo que no lo haríamos a menudo. Este pensamiento me ha movido, y me parece que de aquí en adelante seré inflexible en este punto. Me parece tan poca cosa un hombre, que no puedo comprender cómo se toma uno tanto trabajo para agradar a algunos, siendo Dios testigo de nuestras acciones. Pero ¡ay, Dios mío! ¿no se desvanecerán todos estos sentimientos en la primera ocasión?

Sentencia de muerte

No me he asombrado mucho de la injusticia de Pilatos al condenar a Jesucristo; pero sí me he sentido conmovido al ver a Jesucristo someterse a este injusto juicio, tomar su Cruz y cargar con ella con una humildad, una dulzura y una resignación admirables; al verle cómo, llegado al alto de la montaña, se deja despojar de sus vestiduras, se tiende sobre la Cruz, extiende sus manos y sus pies para ser clavados, y se ofrece a su Padre con sentimientos que sólo El es capaz de formar.

Es cierto que esta vista me hace la Cruz tan amable, que me parece no podría ser dichoso sin ella. Miro con respeto a aquellos a quienes Dios visita con humillaciones o adversidades, de cualquier clase que sean; son, sin duda alguna, sus favoritos. Me bastará para humillarme el compararme con ellos, cuando esté en prosperidad.

Crucifixión y muerte

Al considerar a Jesucristo muriendo en la Cruz, he notado que aún está muy vivo en mí el hombre viejo, y que si Dios no

me sostiene con una gracia muy grande, me encontraré después de treinta días de retiro y meditación tan débil como antes. Es necesario que Dios haga un gran milagro para que yo muera enteramente a mí mismo: *todavía vive en mí el hombre viejo, no está del todo crucificado, y no está perfectamente muerto. Mueve guerras intestinas, ni deja estar en paz el reino de mi alma.* (Kempis).

He notado que siempre que Dios me ha dado este vivo sentimiento de mis miserias y he entrado en oración después de alguna falta o debilidad que me ha hecho conocer mis imperfecciones, he sido consolado antes de terminarla y salido de ella con más esfuerzo: *Iratus es et misertus es mei; conversus est furor tuus et consolatus es me.* (Is. XII,1). «Te has airado y te has compadecido de mí; se ha vuelto tu furor y me has consolado». Esto me sucede también fuera de la oración, después de haber vencido alguna tentación la gracia de Dios. Lo mismo me ha sucedido ahora: he salido con nueva resolución de no dar cuartel a mi amor propio y estar en guardia contra sus ataques.

He pedido con mucho sentimiento esta gracia a Jesucristo, exponiéndole mis miserias y mis debilidades, que cada día las descubro mayores.

Sepultura

En la meditación de la sepultura, viendo cuán lejos estoy de estar en el estado a que Jesucristo se halla reducido para honrar a su Padre y salvarme. ¡Dios mio! he dicho con gran sentimiento, ¿es posible que tantos dolores, tan profundo anadamiento, una muerte tan cruel y tan infame, que todo esto, digo, haya sido padecido para aplacar vuestra cólera contra mí, para atraerme vuestras gracias y vuestras bendiciones, y que, con todo, sea yo tan imperfecto? Padre Eterno, ¿no ha sido esto bastante para hacerme santo? ¿De qué procede que no sienta yo en mí un camino tal, que esté en proporción con tantos trabajos?

He aquí una gran suma, un gran tesoro; pero permitidme

os diga que me parece que todavía no me habéis dado gracias que respondan a tal precio. Espero grandes efectos del celo de vuestro Hijo; pero no los siento aún tales como me parece debo esperarlos. ¿Es acaso que no quiero yo experimentar estos efectos? Pero, Dios mío, si fuese así, no os ofrecería yo la muerte de vuestro Hijo y el sacrificio de la Misa para experimentarlos: no se emplean medios tan excelentes y poderoso cuando no se tiene deseo de obtener nada. Sería necesario vivir como si se estuviese ya muerto y enterrado: *Oblivioni datus sum tanquam mortuus a corde.* (Ps. XXX,13). «Estoy dado al olvido como muerto de corazón».

Un hombre de quien ya nadie se acuerda, que no es ya nada en este mundo, que no sirve para nada; he aquí el estado en que es necesario viva yo de aquí en adelante, tanto cuanto me sea posible, y anhelo efectivamente estar completamente en él.

CUARTA SEMANA

Resurrección

¡Qué alegría para aquellos que sufrieron con Jesucristo y que verdaderamente habían sentido sus dolores, como María, San Juan, la Magdalena, etc., pues los demás tienen tan poca parte en esta fiesta como la tuvieron en los tristes misterios que la precedieron!

¡Con cuánto placer y cuánta profusión recompensa Dios los dolores e ignominias de su Hijo! Sin hablar del cielo, donde tiene su grande gloria, aun en la tierra, por un Judas que le vendió, ¿cuántos millones de hombres que se despojarán de todo para poseerle?; por una ciudad ingrata y sacrílega que no le reconoció por Rey, ¿cuántos reinos e imperios sometidos a su poder? Se ha visto negado por San Pedro; ¿cuántos millones de mártires sufrirán la muerte antes que renegar de El? ¿Cuántos altares por el banquillo? ¿cuántas verdaderas adoraciones por las burlas de los soldados? ¿De cuántas riquezas no se revestirán sus templos y sus altares por el manto de púrpura y por la vestidura blanca, etc?

Impasibilidad de Jesús

Al meditar sobre la impassibilidad de Jesucristo he examinado qué podría aún alterarme. He sentido una extrema repugnancia a obedecer en cierta circunstancia; la he vencido con la gracia de Dios, y me encuentro dispuesto a todo.

He reflexionado cuán peligroso es formar proyectos, aun en cosas de poca importancia, a menos que no estemos bien resueltos a dejarlo todo por obedecer y ejercitar la caridad.

Toda ocupación que se deja con trabajo, o que le gusta a uno más seguir con ella que hacer otra cosa, aun no hacer nada cuando Dios así lo quiere, hay peligro de estar aficionado a ella con algún apego humano. He resuelto muy de veras vigilarme sobre este punto.

Es necesario tener el consuelo, con la gracia de Dios, de no conceder nada a la naturaleza. Es preciso, con la ayuda de Dios, antes de determinarme a cualquier cosa que sea sobre cualquier proposición que me hagan, es necesario, digo, consultar a Dios y acostumbrarme a prevenir el movimiento que las cosas puedan causar en el alma por una elevación del espíritu a Dios y ver qué debo yo sentir de tal cosa, según las reglas del Evangelio. Si no se tiene este cuidado es imposible conservar la paz del corazón y no caer en muchas faltas, porque todas las cosas que suceden tienen un aspecto agradable o desagradable a la naturaleza, y no es por él por donde hay que mirarlos. No hay otro medio para proceder rectamente que este método de elevación, al cual se refiere todo lo que acabo de notar.

El método de San Ignacio, de hacer un examen o deliberación antes de cada acción y particularmente antes de aquellas en que hay mayor peligro de caer en faltas, este método, digo, es incomparable: he resuelto servirme de él; no puede menos de producir con el tiempo una gran pureza y conservar gran tranquilidad de conciencia. Esto, con la gracia de Dios, no es tan difícil; como tampoco lo es el examen que debe seguir a la misma obra. Cuando se tiene gran celo por la propia perfección se hace esto como naturalmente y casi sin sentir.

Ascensión

¡Hermosa palabra! *Opus consummavi quod dedisti mihi ut facerem.* (Joann. XVIII,4). «He terminado la obra que me encomendaste». Jesús y María pudieron decir esto al morir. He notado que cuando me determino a imitar en esto a Jesucristo para toda mi vida, siento que la naturaleza como que se sorprende de semejante proyecto, y que me siento más fuerte

para hacerlo actualmente, para resolverme, por ejemplo, a hacer durante este mes, este año, todo cuanto pueda para que mis acciones sean más agradables a Dios y lo más perfectas que me sea posible. Es necesario para esto gran vigilancia y la práctica de las Reglas, la dirección y frecuentes exámenes, junto con la oración, para obtener muchas gracias.

Repetición

En la repetición de la Ascensión he notado que Jesucristo, después de haber sufrido, haber muerto y resucitado, sale de Jerusalén, sube al alto de la montaña, y después de tantas pruebas, desprendido enteramente del mundo y de la tierra, se eleva sin trabajo al cielo.

Lo que a nosotros nos impide seguirle es que estamos aún vivos con una vida natural, o sepultados en el pecado, o comprometidos en el trato de los hombres, o apegados a la tierra, donde todavía encontramos nuestra felicidad. San Pablo decía: *Nostra conversatio in caelis est.* (Philip. III,20). «Nuestra conversación está en los cielos». ¡Bienaventurados los que pueden decir lo mismo!

Pido a Dios para mí el poder vivir entre el cielo y la tierra, sin gozar ni de los placeres de aquí abajo, ni de los del Paraíso, con un desprendimiento universal, estando sólo ligado a Dios, que se encuentra en todas partes. A nosotros nos toca el desprendernos de todos los placeres de la tierra, al menos no tomar ninguno por puro gusto; desprender de ellos nuestro corazón, si realmente no podemos renunciar a ellos; hacer que se nos conviertan en tormento por el deseo ardiente que tenemos de privarnos de ellos por amor de Dios. Respecto a los gustos del cielo, es necesario dejar hacer a Dios que conoce nuestras fuerzas y tiene sus designios y vivir en una gran indiferencia, siempre dispuestos a pasarnos sin ellos.

Primera contemplación para alcanzar amor

En la meditación sobre el amor de Dios, me ha movido

mucho al ver los bienes que he recibido de El desde el primer instante de mi vida hasta ahora. ¡Qué bondad, qué cuidado, qué providencia para el alma y para el cuerpo, qué paciencia, qué dulzura! Ciertamente no he tenido trabajo ninguno en entregarme todo a El, o al menos en desear de todo corazón ser del todo suyo, pues no me atrevo todavía a lisonjearme de haber hecho el sacrificio completo; sólo la experiencia será capaz de asegurarme en este punto.

La verdad es que me tendría por el más ingrato y desdichado de los hombres si me reservase la cosa más mínima. Veo que es absolutamente necesario que yo sea todo de Dios y no podría nunca consentir en dividirme. Pero será necesario ver si en la práctica tendré bastante fuerza y constancia para sostenerme en este hermoso sentimiento. Soy tan débil, que es imposible que por mí mismo lo haga; palpo esta verdad.

Si yo os soy fiel, Dios mío, vuestra será toda la gloria, y no se cómo podría yo atribuirme algo. Sería necesario que me olvidase de mí mismo enteramente.

Segunda contemplación

En la segunda meditación del amor de Dios, el Señor ha hecho que me penetre y vea claramente esta verdad: Primero, que está El en todas las criaturas. Segundo, que el es todo lo que hay de bueno en ellas. Tercero, que El nos da todo el bien que de ellas recibimos. Me ha parecido ver a ese rey de gloria y majestad ocupado en calentarnos con nuestros vestidos, en refrescarnos con el aire, en alimentarnos con los manjares, en regocijarnos con los sonidos y objetos agradables, en producir en mí todos los movimientos necesarios para vivir y obrar.

¡Qué maravilla! ¡Quién soy yo, oh Dios mío, para ser así servido por Vos, en todo tiempo, con tanta asiduidad y en todas las cosas, con tanto cuidado y amor!

De la misma manera procede El en todas las criaturas; pero todo por mí, semejante a un intendente celoso y vigilante que en todos los lugares de su reino hace trabajar para su rey.

Lo que es aun más admirable, es que Dios hace esto por to-

dos los hombres, aunque casi ninguno piensa en ello, a no ser algún alma escogida, algún alma santa. Es necesario que al menos yo piense y sea agradecido. Me imagino que como Dios tiene su gloria por último fin de todas sus acciones, hace todas estas cosas principalmente por amor de aquellos que piensan en ellas y que admiran en esto su bondad, le son reconocidos y toman de aquí ocasión para amarle; los otros reciben los mismos bienes, como por casualidad y buena fortuna, a la manera que cuando se hace una fiesta o se da una serenata a una persona, miles de personas gozan de este placer porque se encuentran en la casa donde está la persona por quien se hace la fiesta. A esto se refiere lo que Dios decía a Santa Teresa; que si no hubiese hecho el mundo, lo crearía por amor de ella.

Tercera contemplación

En la tercera he considerado que los servicios que Dios nos hace por medio de las criaturas deberían tenernos sumidos en gran confusión y recogimiento. Cuando es un criado quien nos sirve, recibimos con frecuencia este servicio haciendo otra cosa, hablando con otra persona, durmiendo, etc.; pero si una persona de calidad se abajase hasta querer servirnos, ciertamente que entonces procuraríamos estar bien despiertos: *Domine tu mihi lavas pedes!* (Joan. XIII,6). «¡Señor, tú me lavas a mí los pies!». Esto es admirable para quien comprende un poco lo que es Dios y lo que somos nosotros.

Dios refiere incesantemente a nosotros el ser, la vida, las acciones de todo cuanto ha creado en el universo. He aquí su ocupación en la naturaleza; la nuestra debe ser recibir sin cesar lo que nos envía de todas partes y devolvérselo por medio de acciones de gracias, alabándole y reconociendo que El es el autor de todas las cosas. He prometido a Dios hacerlo así en cuanto pueda.

Este es el ejercicio de la presencia de Dios, de una utilidad admirable; pero puede decirse que es un don de Dios muy singular el continuarlo con esta dulzura, sin la cual se haría perjudicial. Ahora bien; yo sólo pido a Dios su amor y su gracia,

un amor que tenga más de sólido que de brillante y dulce. Lo que he prometido hacer con su gracia es no comenzar ninguna acción sin recordar que le tengo por testigo, y que El es quien la hace conmigo y me da todos los medios para hacerla, y no terminar ninguna acción sin recordar que le tengo por testigo, y que El es quien la hace conmigo y me da todos los medios para hacerla, y no terminar ninguna sino con el mismo pensamiento, ofreciéndole esta acción como que le pertenece; y durante el decurso de la acción, cada vez que me venga este pensamiento, detenerme en él algún tiempo y renovar el deseo de agradecerle.

A propósito de estas palabras: *Amorem fui solum etc.* «Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta, etc.», me he sentido dispuesto a pasar toda mi vida sin consuelos, ni aun los espirituales; me contento con servir a Dios con gran fidelidad, ya sea en la sequedad, ya sea aun en las tentaciones.

Para recibir, como se debe, lo que veo teme la naturaleza, es necesario que recuerde cuando tal suceda que se lo he pedido a Dios. Es ésta una gran señal de que me ama, y por lo tanto, debo esperar todo de su bondad. Es una consecuencia que me confirmará en el dulce pensamiento de que lo que hasta aquí me ha sucedido, ha sucedido por una muy particular providencia. Hago voto de aceptarlo, como si fuera la cosa más agradable del mundo, sin demostrar nunca a nadie inclinaciones de la naturaleza.

Mihi autem absit gloriari (vel laetari), nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. (Gal. VI,14). «Fuera de mí, el gloriarme (o el alegrarme) en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo».

Mihi autem pro monimo est ut a vobis judicer, aut ab humano die; qui autem me judicat Dominus est. (I Cor. IV,3). «En cuanto a mí, poco me importa el ser juzgado por vosotros o por cualquier tribunal humano; porque el Señor es quien me juzga».

Esperar que podemos morirnos en la ocupación que tenemos entre manos.

Las personas verdaderamente humildes no se escandalizan de nada, porque conocen perfectamente su debilidad; se ven a

sí mismas tan cerca del precipicio y temen tanto el caer en él, que no les llama la atención el ver que caen los otros.

¿Qué honor hay en predicar, si a Dios no le place que lo haga?, decía el P.B. Alvarez; y ¿qué hay de bajo en los oficios más viles, si agrado a Dios ocupándome en ellos?

A cualquier precio que sea, es necesario que Dios esté contento.

NOTAS POSTERIORES A ESTE RETIRO

Combate espiritual

Es cosa extraña de veras cuántos enemigos hay que combatir desde el momento en que se forma la resolución de hacerse santo. Parece que todo se desencadena: el demonio con sus artificios, el mundo con sus atractivos, la naturaleza con la resistencia que opone a nuestros buenos deseos; las alabanzas de los buenos, la crítica de los malos, las sollicitaciones de los tibios. Si Dios nos visita, es de temer la vanidad; si se retira, la timidez, la desesperación puede suceder al mayor fervor. Nuestros amigos nos tientan por la complacencia que tenemos costumbre de tener con ellos; los indiferentes por el temor de desagradarles. Es de temer la indiscreción en el fervor; la sensualidad en la moderación, y al amor propio en todo. ¿Qué hacer, pues? *Non est alius qui pugnet pro nobis nisi tu, Deus noster.* «Nadie hay que combata en nuestro favor, sino Vos. Dios nuestro». *Sed cum ignoremus quid agere debeamus hoc unum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te.* (II Par. XX,12). «No sabiendo lo que debemos hacer, no nos queda otro remedio que dirigir a Vos nuestras miradas».

Sobre todo, no consistiendo la santidad en ser fiel un día o un año; sino en perseverar y crecer hasta la muerte, es necesario que Dios nos sirva de escudo, pero de un escudo que nos rodee, porque de todas partes nos atacan. *Scuto circumbadit te.* (Ps. XC,5). «Te rodeará con un escudo». Es necesario que Dios lo haga todo.

¡Tanto mejor! No hay que temer que falte en nada. En cuanto a nosotros, no tenemos que hacer sino reconocer bien

nuestra impotencia y ser fervorosos y constantes en pedir socorro por la intercesión de María, a quien Dios nada rehusa; pero si esto mismo lo podemos nosotros, sino con una gran gracia, o mejor con muchas grandes gracias de Dios.

Tentaciones de vanagloria

Me parece siento un poco más de fuerza por la infinita misericordia de Dios contra las tentaciones de vanagloria. Los mismos objetos se presentan, pero con menos fuerza y no me hacen ya tanta impresión. Empiezan a cansarme y me parecen menos encantadores; las razones que hacen ver su vanidad me persuaden mucho mejor que antes.

Esto sucede, sobre todo, desde que hice un sincero propósito de renunciar enteramente a ella por un camino en extremo eficaz e infalible; la resolución la formé en mi espíritu y la hubiese puesto en práctica, con la gracia de Dios, desde el día siguiente si, como lo había previsto, no se me hubiese hecho conocer que no debía esperarlo.

Quando bene erit sine illo, aut quando male cum illo
«¿Cuándo me irá bien sin El, o cuándo me irá mal con El?».

Cuando se siente en la oración cierta inquietud y senos hace el tiempo largo, por la impaciencia que se tiene de pasar a otra ocupación, podemos decirnos provechosamente a nosotros mismos: ¡Y qué!; alma mía, ¿te aburres con tu Dios? ¿no estás contenta con El? ¿Lo posees y buscas otra cosa? ¿Dónde te encontrarás mejor que en su compañía? ¿De dónde podrás sacar mayor provecho? He experimentado que esto calma el espíritu y une a Dios.

Como la perfección consiste en buscar en todo agradar a Dios y no agradar más que a El, me he convencido con mayor firmeza que de ordinario, de que no hay que vacilar en las ocasiones en que podemos agradar a Dios, aunque sea desagradando a los hombres, y adquirir alguna estima de El, aunque sea perdiendo algo de la que los hombres tienen de nosotros.

Por esto he resuelto no vacilar en las ocasiones que se presentarán de humillarme y hacer que los hombres me conozcan

tal y como soy y he sido. No me costará mucho trabajo, si Dios me hace la gracia de recordar que, mientras menos me estimen los hombres, más me estimará Dios, y de que sólo quiero agradar a El. Aunque pasase por un criminal y esta reputación no aumentara mis méritos, debería mirarla yo como cosa indiferente, pues no es con los hombres con quienes quiero hacer fortuna; pero si esto me hace adelantar delante de Dios debo considerarlo como un gran bien.

Cuán noble es servir a Dios

He comprendido también que es una gran dicha ser todo de Dios, considerando su grandeza infinita. Dios nos honra mucho llamándonos a la santidad. He comprendido esto, haciendo comparación de un Rey que escoge a uno de sus súbditos para ser únicamente suyo y no quiere que preste a nadie ningún servicio más que a su propia persona; que desea poseer toda su amistad, sobre todo si es un Príncipe de mérito relevante.

Se ama al Rey aunque nunca se le haya visto ni se le haya de ver jamás, aunque él no nos ame, aunque ignore nuestros sentimientos, aunque no nos conozca y aunque, caso de conocernos, ningún caso hubiera de hacer de nosotros. Y a Dios, a quien no vemos, es verdad, pero a quien veremos eternamente; que nos ve, que nos ama, que nos hace bien, que es testigo de todos nuestros pensamientos, ¿no podemos amarle? – ¡Es que el Rey es nuestro dueño! – ¿Y no lo es Dios, además de ser nuestro criador y nuestro padre, etc?

Si Dios reina en nosotros, todo se obedecerá, todo se hará al menor de sus mandatos, nada se hará sino según sus órdenes. Además, procuraremos agradarle en todo, estudiaremos sus inclinaciones, nos adelantaremos a sus deseos, haremos siempre y en todo lo que creamos ser más de su gusto. Estas son las dos cosas con que tenemos más cuenta respecto de los Reyes: una sumisión ciega, y una extremada condescendencia. Es, pues, necesario hacer lo que agrada a Dios y lo que más le agrada.

Fidelidad a la gracia

La gracia de Dios es una semilla que es necesario no ahogar, pero que también es preciso no exponerla demasiado. Es necesario fomentarla en el corazón y no mostrarla demasiado a los ojos de los hombres.

Hay dos clases de gracias, pequeñas en apariencia, pero de las cuales puede, sin embargo, depender nuestra perfección y nuestra salvación:

1.º Una luz que nos descubre una verdad. Es necesario recogerla cuidadosamente y procurar que no se extinga por culpa nuestra; hay que servirse de ella como regla de nuestras acciones, ver a qué nos lleva, etc.

2.º Una moción que nos induce a hacer algún acto de virtud en ciertas ocasiones. Es preciso ser fiel a estas mociones, porque esta fidelidad es a veces el nudo de nuestra felicidad.

Una mortificación que Dios nos inspira en ciertas circunstancias. Si escuchamos su voz producirá, tal vez en nosotros, grandes frutos y la santidad; y si, por el contrario, despreciamos esta pequeña gracia podría tener funestas consecuencias, como sucede a veces con los favoritos que caen en desgracia por no haber complacido a su Rey en cosas muy pequeñas.

Amor a la Cruz

Habiendo sufrido con pena una pequeña mortificación que no esperaba, he sentido gran confusión, conociendo el poco amor que profeso a la Cruz; de suerte que me da lugar a creer que todos los deseos que en diferentes ocasiones he sentido de sufrir dolores y humillaciones, han sido deseos aparentes, o al menos que yo he visto en esos males alguna otra cosa que a Dios y la cruz de Jesucristo.

A esta confusión, Nuestro Señor, continuando su costumbre por su misericordia infinita de tomar ocasión de mis propias ingratitudes para hacerme nuevas gracias, Nuestro Señor, digo, ha hecho seguir a esta confusión una luz que me ha hecho comprender que el amor a la Cruz es el primer paso que

hay que dar para serle agradable; que estoy todavía en los comienzos, puesto que estoy tan lejos de los sentimientos de los Santos, que se regocijan en las ocasiones que Dios les enviaba de sufrir.

¡Qué cobardía!; delante del Señor recibir refunfuñando una pequeña mortificación que nos presenta. Todos estos pensamientos han producido en mí no sé yo qué fuerza que antes no tenía, para sufrir todo lo que se presente y aun para buscar lo que no se presente. Me parece que esto me ha curado de no sé qué timidez, de cierta delicadeza que me hacía temer, entre otras cosas, el rigor de las estaciones y desear ciertos alivios, sin los que se puede uno pasar sin gran peligro. ¡Alabada sea eternamente la bondad infinita de mi Dios, que lejos de castigarme como merecía por mis faltas, me hace encontrar en ellas tan grandes tesoros de gracias!

Día de San Andrés (30 de Noviembre)

O bona Crux! Me he sentido muy conmovido al ver a este santo prosternarse súbitamente a la vista de la Cruz, no poder contener su alegría y hacerla estallar con estas palabras tan apasionadas:

Bona, útil, honrosa, agradable; la Cruz es todo su bien, es el único bien que le conmueve.

Diu desiderata. «Hace largo tiempo deseada». No solamente la deseaba, sino que la deseaba con ardor, por lo que se le hacía largo el tiempo.

Diu sollicite amata. «Hace mucho tiempo solícitamente amada». El amor propio no puede estar sin cuidado; este santo buscaba la Cruz con la diligencia y con el temor de un hombre que teme no encontrarla, que no puede encontrarla bastante pronto. Diríase que ha encontrado un tesoro al encontrarla, y los trasportes a que se entrega son los de un amante poseído de su amor extremado.

Sine intermissione quaesita. «Buscada sin descanso». He aquí nuestra Regla, y por ella fue por lo que mereció él encontrarla.

Et aliquando. «Y por fin». Esta palabra demuestra un gran deseo: necesario era que amase mucho a Jesucristo para encontrar tanto placer en la Cruz.

Muchas veces amamos a los hombres por los bienes que poseen; pero amar sus miserias por amor de ellos mismos es cosa inaudita; y maravilla será si no se les aborrece a causa de sus miserias. *Majorem hac dilectionem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (Joan. XV,13). «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos». Pero hay grados en este sacrificio; pues morir con esta alegría, con esta diligencia, es un amor incomparable. ¡Qué fe!

Día de San Francisco Xavier (5 de Diciembre)

Este santo hablaba de Dios en todas partes y con toda clase de personas. Su primer pensamiento, en cualquier parte que se encontrase, era ¿qué servicio puedo prestar a mi prójimo?

Hay mil ocasiones en que poder llevar los hombres a Dios, y a menudo, se consigue mejor que con la predicación; nadie hablaba con Berchmans que no saliese todo inflamado. Tengamos al menos ese celo los unos por los otros. ¿De qué hablamos con los seglares? En nuestras recreaciones ¿hablamos como Jesuitas? Hablo poco de Vos, oh Dios mío; es que pienso poco en Vos, porque apenas os amo nada.

Podemos llevar los hombres a Dios por el ejemplo, como San Juan Berchmans, San Luis Gonzaga y San Alfonso Rodríguez; con nuestra modestia para con los extraños; y con los domésticos por la observancia, por la práctica de todas las virtudes. ¿No soy yo, por el contrario, una piedra de escándalo? Si los otros siguieran mi ejemplo, ¿habría observancia regular, habría mortificación en Casa? No queda por mí el que la Compañía sea un conjunto de personas muy libres y sensuales.

Podemos hacerlo con nuestras oraciones y buenas obras. La predicación es inútil sin la gracia, y la gracia no se obtiene sino por la oración. San Javier empezaba siempre por ella; tes-tigo aquella cuaresma que pasó toda entera en tan terribles

austeridades, que estuvo enfermo un mes entero, para obtener la conversión de tres soldados que vivían en el desorden. En efecto, sin eso ¿habría conseguido tanto fruto? Cuántos predicadores le han sucedido que no han predicado menos, aunque hayan conseguido menos fruto. Si hay tan pocas conversiones entre los cristianos es porque hay pocas personas que oren, aunque hay muchas que predicán. ¡Cuán agradables a Dios son estas oraciones!; es como cuando a una madre le ruegan que perdone a su hijo.

La obediencia de San Francisco Xavier es muy digna de admiración: Le hablan de hacer un viaje de seis mil leguas y está dispuesto al punto.

San Ignacio le dice sencillamente: *Hay que ir*. No se detiene un solo momento. Hay que dejar amigos, parientes, las dulzuras de la patria, ir completamente solo a otro mundo. No hacen falta discursos para persuadirle. Parte sin viático, sin equipaje, sin libros, etc.

¿Obedezco yo así? ¿estoy presto a hacerlo? ¿o es que me mandan cosas más difíciles? Yo tengo hecho voto de obediencia; él no lo tenía. ¿No me hablan de parte de Dios?

Javier obedece con alegría, se echa a los pies de San Ignacio; se estima dichoso por haber recaído sobre él la elección; le da las gracias.

Es esta una ocasión de gran mérito: cree que Dios le habla por la boca de Ignacio; y nosotros murmuramos cuando nos mandan cosas difíciles o contrarias a nuestras inclinaciones; las hacemos a regañadientes, creemos que el Superior no nos tiene ninguna consideración, y quedamos resentidos. Sin embargo, debíamos considerar esto como una gracia; no obedecemos sino cuando nos mandan lo que nos da gusto, lo hacemos porque nos gusta y no porque se nos manda.

Javier somete su juicio. ¡Qué ocurrencia, llamar a Europa al Apóstol de las Indias, al apoyo de la Religión en medio mundo, y precisamente cuando está a punto de entrar en China; exponer una vida tan preciosa! No hay razón ninguna para mandar esto, ni tampoco la espera él para obedecer. Y nosotros, cuando estamos en un lugar en que nos encontramos bien o creemos hacer el bien en una ocupación que resulta bien; en

una Casa donde somos útiles, ¿qué no decimos contra las órdenes que nos llaman a otra parte? Entonces es cuando debemos obedecer: es Dios quien obra entonces contra toda razón humana por razones que nos son desconocidas, pero nos son muy ventajosas. El mal está en que no nos fiamos de Dios. –Pero –Vete en nombre de Dios: *Omnem sollicitudinem vestram projucentes in eum quoniam ipsi cura est de vobis.* (I Petr. V, 7.) «Arrojad en Dios toda vuestra solicitud, porque Él tiene cuidado de vosotros.

San Francisco Xavier se creía indigno de obtener algo de Dios por sí mismo, y empleaba los méritos de San Ignacio, las oraciones de sus hermanos y las de los niños. Por un sentimiento de verdadera humildad, se creía un gran pecador, y atribuía a sus pecados los obstáculos que se oponían a la propagación de la fé. ¡Qué milagro de humildad en tan grande hombre! Pero ¿no es todavía mayor milagro el orgullo en nosotros? ¿Qué hemos hecho en comparación de lo que hizo este gran Santo? ¡Qué diferencia en el modo de hacer las mismas cosas! ¡Qué confusión al vernos tan diferentes! Pero si no obstante esta diferencia, todavía tenemos vanidad, tenemos un motivo mucho mayor de confusión.

Estimaba a los demás: a San Ignacio, a los que de Europa le escribían, a los demás eclesiásticos. Hacía caso de todos, les hablaba con una dulzura y una bondad admirables, les servía, les prestaba los oficios más viles. No tenemos motivo de despreciar a nadie. Un hombre humilde sólo ve sus defectos, y es una señal de poca virtud el fijarse en las imperfecciones de los demás. Acaso es uno imperfecto hoy y tal vez dentro de pocos días, reconociéndose, se elevará a una gran santidad. Además, nuestra Regla nos obliga a mirar a los demás como superiores: *Inde hoor, reverentia, prompta ad serviendum unicuique voluntas.* «De aquí el honor, la reverencia, la pronta voluntad de servir a todos».

Cuando uno conoce bien sus miserias no le parece mal que le desprecien, porque ve que esto es justo; por esto San Xavier recibía con paciencia y hasta con muy grande alegría los ultrajes de los bonzos, no alterándose nunca y respondiéndoles con dulzura. Un hombre humilde, por mal tratamiento que reciba,

crea que le hacen justicia. Los hombres no me estiman, se dice; tienen razón, convienen en esto con Dios y con los Angeles. Un hombre que ha merecido el infierno, encuentra que le es muy debido al desprecio.

Mirabilis Deus in sanctis suis; magnificus in sanctitate. (Ps. LXVII, 36; Exod. XV, II.) «Admirable es Dios en sus Santos; magnífico en la santidad». No es a San Xavier a quien yo admiro: admiro a Dios, que puede hacer tan grandes cosas de un hombre, en un hombre y para un hombre; es decir, elevarlo a tan grande virtud, darle un grado tan elevado de contemplación, hacer por su medio tan grandes conversiones y tan grandes milagros. Esto me ha dado, a mi parecer, una gran idea de Dios y me ha hecho comprender la gloria tan grande que es servirle. ¡Es extraño que descuidemos el servicio de tan gran Dueño! ¡que tan pocas personas quieran consagrarse enteramente a Él! ¡Qué prodigio no son esas conversiones que debían ser tan difíciles, verlas obradas en tan poco tiempo por un extranjero, por un pobre mal vestido que hace siempre sus viajes a pie, completamente solo, que ignora la lengua de las naciones a quienes predica!

Este hombre hace cambiar de costumbres y de religión a los Reyes, a los sabios, a los pueblos y a la mitad del mundo en diez años; a pueblos separados por tan espantosas distancias, que parece increíble los haya podido recorrer en tan poco tiempo. He concebido un gran deseo de la conversión de estos pueblos abandonados. He pedido a Dios que, si era su voluntad que fuese a llevarles la luz del Evangelio, tuviera la bondad de abrirme el camino; si no, que se formen obreros dignos de tan alto honor, pues veo claramente que soy de todo punto indigno.

Me siento movido a trabajar para hacer conocer y amar a Dios en todas las ocasiones y por todos los medios posibles a mi debilidad, sostenida por la gracia de Dios, fortificada con los ejemplos de este gran Santo y su poderosa intercesión para con mi Dios. ¿Por qué, le he dicho, si Vos habéis tenido tanto celo por un bárbaro y desconocido, que habéis ido a buscarlo hasta el fin del mundo, rechazaréis a uno de vuestros hermanos, descuidaréis su salvación?

¡Ayudadme, gran Apóstol, a salvarme y yo no descuidaré nada para ayudar a la salvación de los otros! De pronto se ha hecho gran claridad en mi espíritu: parecíame verme cargado de hierros y cadenas en una prisión, arrastrado, acusado y condenado por haber predicado a Jesús crucificado y deshonrado por los pecadores (1).

He concebido al mismo tiempo un gran deseo de la salvación de los infelices que están en el error, y me parecía que daría de buena gana hasta la última gota de mi sangre por sacar una sola alma del infierno.

¡Qué dicha para mí si a la hora de la muerte pudiera decir a Jesucristo: Vos habéis derramado vuestra sangre por la salvación de los pecadores y yo he impedido que tal y tal no se la hicieran inútil! Pero ¿qué diré yo mismo, si pensando en convertir a otros yo no me convierto a mí mismo? ¿acaso trabajaré para poblar el Paraíso e iré yo a llenar el infierno?

No, no, Dios mío; Vos sois muy bueno, me ayudaréis a salvarme, me fortificaréis en los trabajos, con los cuales quiero merecer el Paraíso. ¿Debo morir acaso por mano del verdugo, debo ser deshonrado por alguna calumnia? Aquí todo mi cuerpo se horroriza y me siento sobrecogido de terror. ¿Me juzgará Dios digno de sufrir algo notable por su honor y su gloria?

No veo la más mínima apariencia; pero si Dios me hiciera este honor, abrazaría de todo corazón cualquier cosa: prisiones, calumnias, oprobios, desprecios, enfermedades, todo lo que sea de su gusto, y sólo nuestros sufrimientos le agradan. Me parece, no sé si me engaño, pero me figuro que Dios me prepara males que sufrir; ¡enviadme estos males, amable Salvador mío! ¡Procurádmelos, gran Apóstol, y eternamente daré por ello gracias a Dios y os alabaré! *Beati estis cum vos oderint homines et persecuti vos fuerint.* (Matth. V, II.) «Seréis bienaventurados cuando os aborrezcan y persigan los hombres». Enviadme, Señor, estos males, los sufriré con gusto.

(1) Poco después se le cumplió al Beato este presentimiento al ser acusado y encarcelado en Inglaterra.

Inmaculada Concepción (8 de diciembre)

El día de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen resolví abandonarme de tal modo a Dios, que está siempre en mí, y en el cual yo soy y yo vivo, que no me preocupo absolutamente nada de mi vida, no sólo exterior, pero ni aun interior, descansando suavemente en sus brazos, sin temer ni tentación, ni ilusión, ni prosperidad, ni adversidad, ni mis malas inclinaciones, ni aun mis mismas faltas, esperando que Él lo conducirá todo por su bondad y sabiduría infinita de tal modo, que todo redunde en su gloria. Me resolví, además, a no querer ni ser amado, ni sostenido de nadie, queriendo tener en Dios mi padre y mi madre, mis hermanos y mis amigos, y todos aquellos que pudieran ser objeto para mí de algún sentimiento tierno.

Me parece que se está muy a gusto en un asilo tan seguro y tan dulce, y que no debo temer en él ni a los hombres, ni a los demonios, ni a mí mismo, ni la vida ni la muerte. Con tal que Dios me sufra en él, soy sumamente feliz. Paréceme que he encontrado en esto el secreto de vivir contento, y que de aquí en adelante ya no debo temer nada de lo que temía en la vida espiritual.

¿Por qué una pureza tan grande en María? Porque debía alojar en sus entrañas al Hijo de Dios. Si no hubiese sido más pura que los Angeles, el Verbo no hubiese podido entrar en ella con agrado, no hubiera venido con placer; no hubiese podido llevarle aquellos preciosos dones de que la llenó en el momento que en ella fue concebido. Nosotros recibimos en el Santísimo Sacramento del Altar al mismo Jesucristo a quien María llevó nueve meses en sus entrañas. ¿Cuál es nuestra pureza? ¿Qué cuidado ponemos en preparar nuestra alma? ¡Cuánta inmundicia! Caemos en faltas a la víspera, el mismo día, en el acto mismo de comulgar. Y con todo, viene Jesús; ¡qué bondad!, y nosotros vamos a Él: ¡qué temeridad! *Exi a me, Domine, quia homo peccator sum.* (Luc. V, 8.) «Apartaos de mí, Señor, porque soy hombre pecador».

Pero este Dios de bondad, ¿viene con gusto? Examinemos

cuáles deben ser sus sentimientos. ¿No le repugna la vista de tan gran corrupción? Y nosotros vamos a Él osada e imprudentemente, sin confusión, sin contrición, sin penitencia. ¡Oh Dios mío!; procuraré preparar mi corazón de tal suerte, que tengáis placer en él y encontréis en él vuestras delicias que recibiré, ¡si tuviera yo cuidado de purificarme, si supiera lo que pierdo! Pero, ay Dios mío, ¡que mi ignorancia poco justifica mi negligencia! ¿Ignoro acaso lo que el decoro exige de mí, cuando debo tratar con los hombres?

Además de lo que me han enseñado y he mamado, por decirlo así, con la leche, ¿cuántas reflexiones, cuánto tiempo perdido en instruirme?, y todo para agradar a quien, un momento después, se burla de mí. Y puede ser que nunca haya pensado bien lo que debo evitar para no desagradaros a Vos. ¿Qué digo? ¿he pensado bien alguna vez en mis deberes para con Vos? ¿He pensado siquiera? ¿Qué espero yo, ingrato e infiel? ¿qué Vos tengáis cuidado de mí? ¿Y cuándo lo habéis dejado de hacer? ¿Esperaré a que mis extravíos os obliguen a no acordaros más de mí?

¡Ay, amable Salvador mío!, no los tengáis en cuenta; ¡os he dado tantas ocasiones a no acordaros de olvidarme, de despreciarme, y de no acordaros de mí más que para precipitarme en los infiernos! No lo habéis hecho, Dios de bondad; os doy gracias; quiero servirlos mejor en lo sucesivo. Con los cuidados que ponga en purificarme me haré apto para aprovecharme de vuestras visitas y moveros a venir a mí con gusto. Venid a mí, Dios mío, y con vuestra santa gracia encontraréis mi corazón más puro y más limpio; pero si llega a agradaros alguna vez, tomadlo Vos, Dios mío, no sea que las criaturas os lo roben. No lo consentiré jamás, porque quiero ser todo vuestro; con todo, me temo a mí mismo más que a mis más terribles enemigos. ¡Únicamente en Vos confío! *Omnia possum*, «todo lo puedo», y más aún: *Et audeo in eo qui me confortat*. (Philip. IV, 13.) «Y a todo me atrevo en Aquél que me conforta».

Respeto humano

Reflexionando ayer tarde, después de la oración, sobre lo

que había casi debilitado mis resoluciones, he reconocido que no he ahogado aún en mí el vano temor de los hombres, quiero decir el respeto humano; y que, aunque gracias a vuestra infinita misericordia, Dios mío, he salido bien en algunos encuentros con la ayuda de vuestra poderosa gracia; reconozco, sin embargo, mi miseria y me persuado que sólo Vos sois el que hacéis todo el bien en mí. Y os ofendería a cada momento, y muy gravemente, si no me dieseis Vos la mano para sacarme del lodazal a que me llevarían mis malas inclinaciones, y donde mi natural, demasiado complaciente, me comprometería si no usaseis conmigo de este dominio que ejercéis sobre todas las criaturas.

Pero, Dios mío, ¿cuántas acciones de gracias no deberé daros por tantos beneficios como me hacéis? Por indigno e ingrato que sea os alabaré, amable Salvador mío, y publicaré por doquier que Vos sois el único que debe ser amado, servido y alabado. Para confirmarme en esta verdad, me habéis hecho ver que el respeto humano nos hace hacer el mal por temor de desagradar a los hombres, nos hace omitir el bien por no disgustarlos y hace el bien para agradarles. En efecto; me doy cuenta de que por no desagradar a los hombres se dan algunas cosas sin permiso, se quebranta el silencio, se oye criticar y murmurar y no se advierte de ello a los Superiores cuando se debe hacer. ¡Cosa extraña! Se prefiere atraerse la indignación de Dios a exponerse a disgustar a un hombre: *Cui similem me fecistis?* «¿A quién me habéis hecho semejante?» (Alusión a unas palabras de Isaías, XL,18).

¡Confusión, dolor, propósito a la vista de Dios, no obstante sus amenazas y sus promesas! ¿Qué espero yo de este hombre? ¿qué temo? ¿No es verdad que es imposible que no tengamos en la Religión a menudo buenos deseos? Pero es bien extraño, devoto, mortificado? He emprendido ya cierto género de vida; si tuviese que empezar, muy de otro modo procedería; pero pasaría por beato. Gustoso haría esto si me atreviese: *Qui me erubuerit coram hominibus.* (Luc. IX,26). «El que se avergonzase de mí delante de los hombres». Y lo de santa Frontina: *Ita timebat Deum ut ab hominibus timeretur.* «De tal modo temía a Dios, que era temida de los hombres».

Tendré yo menos fuerza que el hermano Jiménez, que cuando iba a entrar Jesuita hizo este voto: *Promitto tibi, Deus meus, nihil me factutum quod non sit amoris tui causa. Ego enim nescio quo eam ut alicui serviam nisi tibi qui es Deus meus ac Dominus meus?* «Os prometo, Dios mío, no hacer nada que no sea por amor vuestro. Pues ¿a dónde iré para servir a alguien, si no es a Vos, que sois mi Dios y Señor?».

Si no estamos alerta perdemos casi toda la vida por el deseo de agradar a los hombres. ¿Qué obligación tenemos para con ellos? ¿qué bien esperamos de ellos? Más desgraciados somos y más despreciables que los que trabajan para ganar dinero.

Pero, ¡qué error el mío!, estos hombres a quienes tanto y tan locamente temo en la Religión, esperan verme practicar todo el bien que yo temo hacer delante de ellos. Me tratan de loco, e insensato cuando falto; saben que precisamente para ser virtuoso, devoto y mortificado he dejado el mundo y ven que no lo soy. Vaya un extravagante, dice, que se aparta de su fin; si quería vivir así, ¿por qué no se quedó en el mundo, donde hubiera podido hacerlo sin pecar, y en la Religión está con peligro de perderse? Esto es lo que juzgan de mí aquellos mismos cuyos juicios temo. ¿No soy bien miserable, Dios mío, por desagradaros a Vos y no agradar a los hombres? Si hiciera por Vos otro tanto, me juzgaríais favorablemente y los hombres no sentirían por mi conducta el desprecio que sienten; pues, al fin y al cabo, todo hombre de buen sentido estima la virtud, aun cuando no la quiera practicar.

Combate espiritual¹

Cuando considero mi inconstancia, me horrorizo y temo ser del número de los réprobos. ¡Dios mío, qué desorden! ¡qué revolución!, tan pronto estoy alegre como triste. Hoy acaricio a todos; mañana seré como un erizo, que no se puede tocar sin

1. Debió escribir esto Saan Claudio de La Colombière siendo ya Superior de Paray-le-Monial, poco antes de la *Gran Revelación* (16 de junio de 1675).

pincharse. Señal es ésta de poca virtud; de que reina aún en nosotros la naturaleza; que nuestras pasiones no están nada mortificadas. Un hombre verdaderamente virtuoso es siempre el mismo. Si a veces obro bien, es más bien por humor que por virtud. Un hombre que se apoya en Dios es incommovible, no puede ser derribado, decía el P. Caraffa. Suceda lo que suceda está contento, porque no tiene otra voluntad que la de Dios. ¡Oh dichoso estado! ¡Oh paz, oh tranquilidad! ¡Es necesario luchar hasta llegar ahí!

Lo reconozco, Dios mío, y demasiado me lo enseña la experiencia, que un día es uno bueno y el otro malo; que insensiblemente se relaja uno. ¿De qué proviene que ya no soy lo que era en el noviciado? ¿Será acaso que creemos que hemos hecho bastante para pagar a Dios y ganar el Paraíso? Comparemos nuestros méritos con los de los Santos. Hemos recibido nuevas gracias; deberíamos, por lo tanto, aumentar nuestro agradecimiento. Estamos más cerca de la muerte, somos más razonables, más esclarecidos. ¿De qué viene, pues, que hayamos cambiado? ¡Que la razón nos haga entrar en nosotros mismos! Las más pequeñas ocasiones me hacen olvidar mis buenos propósitos: ¿cómo las preveo? ¿cómo me conduzco en ellas?, etc.

Día de San Juan Bautista (24 de Junio)

San Juan, aunque inocente, pasa la vida en una continua penitencia. Este es el espíritu del cristianismo. Debemos practicar siempre esta virtud, porque hemos pecado; aunque hubiéramos cometido un solo pecado, no sabemos si Dios nos ha perdonado; y aunque lo supiéramos, San Pedro y Santa Magdalena lloraron hasta la muerte. He merecido el infierno, he crucificado a mi Dios; esto me debe mantener en humildad y alimentar en mi corazón un santo odio de mí mismo.

Peco todos los días; apenas hago una acción, aunque sea santa, que no haya en ella algo que merezca el Purgatorio. Por esto, el hacer a menudo actos de contrición es muy necesario y

ventajoso. San Ignacio se examinaba después de cada acción. Yo hago muchas más faltas que él y ni pienso en ellas; ¡qué ceguera!

Puedo aún pecar. ¡Miserable condición de la vida! ¡que este peligro me vuelva amarga la vida a mí y a los que aman a Dios y conocen el precio de la gracia!, pero ¡que les vuelva también agradable la penitencia y la mortificación, que es un medio tan eficaz para prevenir esta desgracia! Reprime la carne, debilita la naturaleza, cercena las ocasiones, aleja los objetos, etc. ¡Santa penitencia! ¡Dulce penitencia!

La consideración de las virtudes de nuestros hermanos debe inspirar a los que tienen verdadera caridad sentimientos de alegría al ver que tienen estas virtudes y que Dios se glorifica en ellos: *Non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati.* (I Cor. XIII,6). «La caridad no se regocija de la iniquidad, sino que se alegra con la verdad». ¿No os afligen? Es necesario alabar a Dios, darle gracias y pedir para ellos que perseveren y se perfeccionen más y más.

Este es el medio de tener parte en todo el bien que hacen en las confesiones, mortificaciones, misiones, etc., y a veces más parte que ellos mismos a causa del desinterés. San Agustín decía: ¿Estáis envidioso de que vuestro hermano es más mortificado? Regocijaos de su mortificación, y desde ese momento será vuestra. No, Dios mío, no tengo envidia de las virtudes de mis hermanos: *Soror nostra est, crescere.* (Cfr. Génesis, XXIV,60). «Hermana nuestra es: que crezca».

Por el contrario, me humillo y me confundo comparándome con ellos. Pocos hay en los cuales no vea yo algo excelente y que yo no tengo. Puede suceder que tengan defectos; pero la mayor parte son involuntarios, y un pecador como yo apenas los debe notar, sino excusarlos y tener los ojos fijos en los míos. Sus virtudes son de ordinario verdaderas virtudes. Esto nos sirve para mantenernos en la humildad, en el respeto, en la caridad. ¿Lo hago yo así? No; señal de orgullo. En vez de esta envidia encendida en mí, oh Dios mío, una santa emulación de imitarlos y aprovecharme de sus ejemplos. Me condenarán en el día del Juicio. Deben excitarme y animarme para hoy. Son avisos sensibles que Dios me da. *Et non poteris quod*

isti? (Alusión a unas palabras de San Agustín). «¿Y no podrás tú lo que éstos?»

Los ejemplos de nuestros hermanos nos deben mover más que los de los santos antiguos, porque los tenemos todos los días ante los ojos. Los veo, por ejemplo, proceder con gran moderación, teniendo un temperamento de fuego; los veo practicar las humillaciones más repugnantes, siendo de distinguida prosapia; los veo austeros y mortificados, aunque de muy delicada complexión. ¡Qué vergüenza para mí, tener a la vista tan grandes ejemplos de humildad en personas de calidad; de tan ruda mortificación en cuerpos criados tan delicadamente!, ¿y no me aprovecho para ser mejor?

Presencia de Dios

Dios está en medio de nosotros y parece que no lo reconocemos. Está en nuestros hermanos y quiere ser servido en ellos, amado y honrado, y nos recompensará más por esto que si le sirviésemos a El en persona. ¿Cómo me porto yo? ¿Amo, honro a todos mis hermanos? Si exceptúo a uno sólo, ya no es a Jesucristo a quien considero ni siquiera parece reconozco en ellos. Si los amo es por ellos, para ser amado, considerado, porque es conforme al mío su carácter. Que cada uno considere en su hermano a Jesucristo.

Está en medio de nosotros en el Santísimo Sacramento. ¡Qué consuelo estar en una casa donde habita Jesucristo! ¿Pero no se diría que ignoramos nuestra dicha? ¿Le visitamos a menudo? ¿Vamos a El en nuestras necesidades? ¿Le consultamos nuestros proyectos? ¿Le contamos nuestros disgustillos, en vez de tomar consejo de nuestros amigos, de quejarnos, de murmurar, etc? *Medius vestrum stetit, etc.* (San Juan 1,26). «En medio de vosotros está Aquel a quien no conocéis».

Dios está en medio de nosotros, o mejor dicho, nosotros estamos en medio de El; en cualquier lugar donde estemos nos ve, nos toca: en la oración, en el trabajo, en la mesa, en la conversación. Nosotros no pensamos en ello; pues si no, ¿cómo haríamos nuestras acciones, con qué fervor, con qué devoción?

¡Si cuando estoy en el estudio, en la oración, en cualquiera otra ocupación creyese yo que un Superior me ve desde algún rincón donde está oculto! Hagamos a menudo actos de fe; digamos con frecuencia: Dios me mira, aquí está presente. No hacer nunca nada, estando a solas, que no quisiéramos hacer a vista de todo el género humano.

Día de Navidad

He considerado con gusto muy delicioso y una vista muy clara los excelentes actos que la Santísima Virgen practicó en el Nacimiento de su hijo. He admirado la pureza de este corazón y el amor en que se abrasa por este divino Niño; pues su santidad no se ha disminuido con el afecto natural, y con todo ha sobrepujado en ardor y ternura el amor natural de todas las madres del mundo. Me parecía ver los latidos de este corazón y me encantaban.

Desde la víspera de Navidad he estado muy ocupado con un pensamiento muy consolador que me ha hecho practicar muchas veces y con mucha dulzura los actos siguientes:

De alegría, considerando que la mayor parte de los fieles en el mundo cristiano se ocupan en honrar a Dios y santificarse, sobre todo las personas santas, los religiosos fervorosos, muchos seglares escogidos que viven de un modo muy perfecto y pasan, especialmente la víspera y el día de Navidad, en ejercicios muy santos. Me parece que el aire está todo embalsamado con su devoción y que todas las virtudes juntas dan un perfume admirable que sube al Cielo e infinitamente lo regocija.

De acción de gracias, por los favores que Dios dispensa a las almas santas y a todos los cristianos.

De petición: que plega a Dios purificar y abrasar su sacrificio y el mío. Venid, Señor, Vos mismo a traer este fuego, y ¿qué queréis Vos, sino que arda y que toda la tierra se abraze? Todos vuestros fieles servidores trabajan con ardor y constancia para merecer alguna chispita de él, y Vos recompensaréis sus santos trabajos. Para mí, Dios de misericordia, no os pido recompensas; pues ¿qué he hecho todavía que la merezca? Os

pido solamente, Dios todopoderoso y anonadado, que no me tratéis con rigor; perdonadme mis infidelidades en atención a todo el bien que practican mis hermanos, que os sirven tan religiosamente.

Y si mis debilidades y mis extravíos os han rechazado e irritado contra mí, castigadme en este mundo. Tengo un cuerpo bueno sólo para sufrir, hacdedle sentir el peso de vuestra justicia; no me quejaré sino que, en lo más fuerte de la enfermedad y de la calumnia, en la prisión y en la infamia, os alabaré y bendeciré con los tres niños del horno de Babilonia, segurísimo de que, si tenéis la bondad de castigarme en este mundo, me perdonaréis en el otro.

Sentía en mí grandes deseos de imitar el fervor de los santos religiosos y fervorosos cristianos que pasan estos días en continuas comunicaciones con este Dios humillado, ofrecer a Dios algunas heroicas mortificaciones, mantenerme unido a Dios hecho niño. Y me sentía tan atraído, que no podía ocuparme de ningún otro pensamiento sin trabajo, cometiendo aun incongruencias; tanto era lo que me arrebatava este pensamiento.

¡Cuán bueno sois, Dios mío, pues recompensáis tan liberalmente la violencia que me he hecho! Cesad, mi soberano y amable Dueño, de colmarme de vuestros favores; conozco lo indigno que soy de ellos; me acostumbraréis a serviros por interés, o me induciréis a excesos; pues ¿qué no haría yo si no me obligaseis a obedecer a mi Director, para merecer un instante de estas dulzuras que me comunicais? ¡Insensato! ¿Qué digo merecer?; perdonadme, mi amable Padre, esta palabra; me turba el exceso de vuestras bondades, no sé lo que me digo; ¿acaso puedo yo merecer estas gracias e inefables consuelos con que me prevenís y me colmáis? No, Dios mío; Vos sólo sois quien por vuestros sufrimientos me procuráis, y por vuestra intercesión para con vuestro Padre, todos los favores que recibo. Sed eternamente bendito por ellos, y agobiadme con males y miserias para que tenga alguna parte en las vuestras. No creeré que me amáis, si no me hacéis sufrir mucho y por mucho tiempo. Yo he cometido la falta: ¿es acaso justo que el hijo sea castigado por el esclavo?

Nada tan puro como la maternidad de María. Dio a luz a Jesucristo sin perder nada de su integridad; ninguna mancha, ninguna sombra empañó la santidad de este parto. Así es como las personas apostólicas deben hacer nacer a Jesucristo en los corazones. Sucede a veces que nos manchamos purificando a otros. Y aun es muy ordinario, y aun una especie de milagro, el que no pierda un hombre nada de su humildad, nada de su santidad en las obras de celo, y que en ellas no busque más que a Dios.

Dios nos había dejado caer en un abismo de miserias para tener ocasión de manifestarnos su amor. Pero nuestras miserias, por grandes que sean, estaban muy por debajo de su celo. Una sola gota de su sangre bastaba para curarnos; su amor quería más, no se podía contentar con tan poca cosa: derramó hasta la última gota de sus venas. No era esto necesario para la curación de nuestros males; pero sí lo era para la manifestación de su amor.

Pequeñez del hombre

Me encuentro consolado, oponiendo a los sentimientos de los hombres que nos estiman y tienen en algo, el juicio de Dios, en presencia del cual no somos más que átomos. No le somos necesarios para nada; puede pasarse tan fácilmente sin nosotros, como si jamás hubiéramos existido; hará perfectamente y sin nosotros cuanto tiene designio de hacer; tiene mil servidores más celosos, más fieles, más agradables a sus ojos; puede formar en un momento una infinidad de otros más completos todavía, y servirse del más miserable de los hombres para sus más magníficos designios.

¡Qué maravilla, Dios amabilísimo, si algún día queréis serviros de mi debilidad para sacar a algún miserable de las puertas de la muerte! Si no hay más que quererlo, yo lo quiero con todo mi corazón.

Verdad es que es necesario ser santo para hacer santos, y mis defectos tan considerables me dan a conocer cuán lejos estoy de la santidad; pero hacedme santo, Dios mío, y no me

perdonéis nada para hacerme bueno; pues yo quiero serlo, cueste lo que costare.

Esencia de Dios

Sobre esta verdad que hay un Dios y que este Dios es un ser que no tiene nada de no ser; nada puede perder, nada adquirir, que encierra en sí y es la fuente de todo ser; que no puede depender de ningún otro ser en la más mínima cosa, ni para ser ni para mejor ser: me he penetrado de un profundo respeto hacia esta grandeza incomprensible: me parece que jamás he comprendido tan bien la nada de todas las cosas como oponiéndola a esta idea. Los Angeles, los grandes Santos, la misma Virgen Santísima y la santa Humanidad de Jesucristo, que no tienen nada de sí mismos y que dependen de Dios en todo: todo esto me parecía como nada en comparación de Dios.

Mi sorpresa ha llegado al extremo cuando he reflexionado que ese Dios, siendo tan grande y tan independiente como me lo represento, se digna pensar en el hombre, entretenerse, por decirlo así, en escuchar sus ruegos, en exigirle sus servicios, en considerar sus defectos. Me parecía ver a un gran Rey cuidando de un hormiguero. Si nos condenase o nos aniquilase sin otra razón que su gusto, sería como si un hombre se entretuviese en matar moscas o en aplastar hormigas.

Lo que me hace volver de mi asombro es que, en la misma medida que es grande, es también bueno, misericordioso y benéfico. Es un abismo de grandeza, es verdad; pero también es un abismo de misericordia. He aquí lo que me anima a esperar, a atreverme, a acercarme a El para hablarle; sin esta consideración, me parece que ni siquiera me atrevería a pensar en Dios. Pensaré, no obstante, en Vos, Dios mío, no para conoceros: es necesario no estar apegado a la tierra para conoceros, y yo siento que mi corazón está aún apegado a las cosas humanas. Tantos deseos de ser estimado, amado y alabado, aunque la gloria y las alabanzas sólo a Vos son debidas; tanto amor a mis propias comodidades me hace gemir porque, cuando me

creía más a cubierto del amor propio, veo que me ha sorprendido, y con gran vergüenza y confusión mía se ha burlado de mí.

Abridme, pues, los ojos, amable Jesús: *Domine ut videam!* (Luc. XVIII,41). «¡Señor, que vea!» No os pido ni veros, ni conoceros; dadme solamente luces que a mí me descubran a mí mismo, e infaliblemente os conoceré: *Noverim me, noverim te*. «Señor, conózcame a mí, conózcate a ti». Yo no puedo conocerme a mí sin conoceros a Vos; mis imperfecciones me darán un ardiente deseo de conocer algo mejor que la criatura; y ¿qué hay sobre la criatura que valga más que el Criador de ella? *Ad te omne desiderium meum*. «A ti se dirige todo mi deseo». Todo lo demás me desagrade, y yo a mí mismo más que todo; porque no conozco nada más digno de repulsión, nada más despreciable y miserable.

Esta consideración de la grandeza e independenciam de Dios por un lado, y de la nada de todas las criaturas por otro, me ha descubierta la bajeza y cobardía de aquellos que se hacen dependientes de los hombres; la generosidad y la dicha de los que sólo quieren depender de Dios. El único medio para sacarnos de la triste nada en que estamos, es el apegarnos a Dios: *Qui adhaeret Deo unus spiritus est*. (I Cor. VI,17). «El que se apega a Dios es un mismo espíritu con El». Así nos elevamos del polvo y en cierto modo nos asemejamos a Dios.

Espiritualidad de Dios

Al considerar la espiritualidad de Dios he concebido cómo es que Dios, que es todo espíritu, puede ser gustado, oído, visto, abrazado por los sentidos espirituales. Esta consideración ha sido una persuasión interior y fuerte de la presencia de Dios que la fe hace como sensible al alma, de tal manera, que no duda y que ni aun necesita hacerse violencia ni razonar, para quedar convencida de su verdad.

Esta disposición en que me he encontrado me ha dado un gran deseo de mortificar los sentidos exteriores, cuyos desórdenes y operaciones son los únicos obstáculos que tiene el alma

en el uso de los sentidos espirituales: *Animalis homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei*. (I Cor, II,14). «El hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios». No me sorprende que los hombres carnales no conozcan a Dios. Es que Dios es espíritu y el espíritu está muerto, o al menos amortiguado en el hombre carnal.

Simplicidad de Dios

La simplicidad de Dios me parece cosa admirable; esta naturaleza que excluye toda composición de partes, ya esenciales, ya integrantes, ya accidentales, que es todas las cosas, y no es sino una sola cosa, que es su propia existencia, que es todo lo que ella tiene: su sabiduría, su bondad, su eternidad, su poder, etc.

Me represento una flor que tuviese los olores de todas las flores. Se podría quizás hacer una composición en donde se encontrasen todos estos olores; pero ¡qué maravilla si una cosa simple los tuviese todos y en todas sus partes y en la mayor perfección! Una fruta que tuviese el gusto de todas; una piedra que tuviese todos los colores de las otras piedras; una planta que tuviese todas las virtudes de todas las demás plantas, etc.: *In te uno omnia habentes non debemus dimittere te*. (Cfr. Tob. X,5). «Teniendo en ti solo todas las cosas, no debemos dejar-te».

Me he sentido inclinado a imitar esta simplicidad de Dios:

1.º En mis afectos, no amando sino sólo a Dios; no recibiendo en mí sólo este amor. Y esto es fácil, puesto que en Dios encuentro todo lo que pudiera amar fuera de El, y así mi amor será como dice la Escritura de Dios: *Sanctus, unicus et multiplex* (Cfr. Sap. VII,22). «Santo, único y múltiple». Pero mis amigos me aman, yo los amo; Vos lo veis, Señor, y yo lo siento. ¡Oh Dios mío!, sólo bueno, sólo amable! Es necesario sacrificároslos, pues que me queréis sólo para Vos; haré este sacrificio que me costará aun más que el primero que hice al dejar padre y madre. Hago, pues, este sacrificio y lo hago de corazón, pues que me prohibís dar parte de mi amistad a nin-

guna criatura. Dignaos recibir este sacrificio tan rudo; pero en cambio, divino Salvador mío, sed Vos su amigo. Ya que Vos queréis ocupar en mí su lugar, ocupad en ellos mi lugar; yo os haré acordaros de ellos todos los días en mis oraciones y de lo que les debéis, pues me habéis prometido sustituiros en mi lugar. ¡Dichosos de ellos si se aprovechan de esta ventaja! Os importunaré tanto, que os obligaré a hacerles conocer y estimar el bien que tendrán en el mandamiento que me ponéis de no tener más amigo para poder serlo vuestro. Sed, pues, su amigo, Jesús mío, el único y verdadero amigo. Sed el mío, puesto que me ordenáis serlo vuestro.

2.º En mis intenciones. *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit* (Mat. VI,22). «Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será claro». No buscar sino a Dios; ni siquiera buscar sus bienes, sus gracias, las ventajas que en su servicio se encuentran, como la paz, la alegría, etc., sino sólo a El.

Desasimiento universal

Un medio excelente para desprender el corazón de todo, es cambiar a menudo de lugar, empleo, etc.: se apega uno insensiblemente y se echan raíces, como aparece en la pena que se siente al dejarlos. Es una especie de muerte el salir de un lugar donde es uno conocido y donde tiene algunos amigos.

El pensamiento de que Dios me acompañará a todas partes es lo que me hará soportar sin turbarme la separación; porque en cualquier parte a donde vaya encontraré al mismo Señor y respecto de esto no tendré cambio alguno. Es el mismo Dios a quien yo adoro aquí, que me conoce y me ama y a quien quiero únicamente amar.

Inmortalidad de Dios

Qui solus habet immortalitatem. (I Tim. VI,16). «El único que tiene la inmortalidad». Sólo Dios es inmortal. Todo lo de-

más muere; reyes, parientes, amigos que nos estiman, o a quienes estamos obligados, se separan de nosotros o por la muerte o por la ausencia. Si nos separamos de ellos, el recuerdo de nuestros beneficios, la estima, la amistad, su reconocimiento mueren en ellos.

Las personas a quienes amamos mueren, o al menos la belleza, la inocencia, la juventud, la prudencia, la voz, la vista, etc., todo eso muere en ellos.

Los placeres de los sentidos no tienen, por decirlo así, más que un momento de vida. Sólo Dios es inmortal de todas las maneras.

Como Dios es simplísimo, no puede morir por la separación de partes que lo componen; como es sumamente independiente, no puede desfallecer por la sustracción de un concurso extraño que lo conserva.

Además, no puede ni alejarse ni cambiar. No solamente existirá siempre, sino que será siempre bueno, siempre fiel, siempre razonable, siempre bello, liberal, amable, poderoso, sabio y perfecto con todas las maneras de perfección.

El placer que gustamos en poseerlo es un placer que jamás pasa; es inalterable, no depende ni del tiempo, ni del lugar; no causa jamás hastío, antes al contrario, se hace cada vez más encantador a medida que más se goza.

Infinita perfección de Dios

Dios es perfecto en todos sentidos. Es imposible encontrar en El algo que no sea infinitamente bueno.

Dios es sabio, prudente, fiel, bueno, liberal, hermoso, dulce, no desprecia nada de cuanto ha criado, hace caso de nosotros, gobernándonos con dulzura y hasta con respeto, paciente, exento de todos los movimientos desordenados de las pasiones, tiene todo cuanto amamos en las criaturas. Todo está reunido en El, y para siempre y de un modo infinitamente más perfecto.

No tiene ninguno de los defectos que nos desagradan, que nos disgustan, que nos repugnan en las cosas criadas. ¿De dón-

de, pues, procede que no le amamos únicamente? ¿Qué es lo que puede justificar este desamor? Cuando encontramos algo muy perfecto y cumplido en cualquier género que sea, ya no podemos sufrir lo demás.

Una hermosa voz bien educada nos produce un extraño disgusto de los malos cantores; un hombre entendido en pintura y que ha estudiado durante algún tiempo los originales de Rafael y del Ticiano no se digna fijar sus ojos sobre las obras de otros pintores. Cuando se ha vivido entre personas educadas y finas no es posible acostumbrarse a una conversación menos delicada y fina.

Dios, fuente de toda perfección

Dios no solamente es perfecto, sino que es la fuente de toda perfección. Sólo de El se la puede sacar, y hay que hacerlo, estudiándolo y considerándolo: *Similes ei erimus quoniam videbimus eum sicuti est.* (I Joan. III,2). «Seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es».

Esto será en el Cielo; mas en esta vida, tanto más nos asemejaremos a Él cuanto más lo contemplemos. Tenemos gran obligación de ser perfectos, porque en un hombre que predica la virtud y hace profesión de ella, las imperfecciones perjudican más al prójimo que le aprovecha su virtud; dan ocasión para creer que no hay verdadera santidad, que es imposible la perfección y que no es sino ilusión y mojigatería.

Si las imperfecciones no producen estos pensamientos, persuaden al menos a los flojos que se pueden tener y ser santo al mismo tiempo. Es lo bastante para adormecer a un imperfecto y para alimentar en su corazón alguna pasión que le lisonjea y que ama, el haber observado alguna sombra de ella en un hombre que tiene reputación de hombre de bien. Créese por esto autorizado a continuar contentando su amor propio y se imagina que no será por ello menos santo.

Eternidad de Dios

Pensando en la eternidad de Dios me la he representado

como una roca inmóvil a la orilla de un río, desde donde el Señor ve pasar todas las criaturas sin moverse y sin que Él pase nunca.

Todos los hombres que se apegan a las cosas creadas me han parecido como individuos que, arrastrados por la corriente de las aguas, se agarran los unos a una tabla, los otros a un tronco de árbol, los otros a una aglomeración de espuma que toman por cosa sólida. Todo eso se lo lleva la corriente; los amigos mueren, la salud se consume, la vida pasa, se llega a la eternidad llevado sobre esos pasajeros apoyos como a un dilatado mar, donde no podéis impedir el entrar y el perderos. Compréndese bien cuán imprudente ha sido uno al no agarrarse a la roca, al Eterno; se quisiera volver atrás, pero las olas nos han llevado demasiado lejos y no se puede volver; es necesario perecer juntamente con las cosas perecedoras.

Por el contrario, un hombre que se abraza a Dios ve sin temor el peligro y la pérdida de todas las otras cosas. Suceda lo que suceda, cualquier revolución que suceda, se encuentra siempre sobre su roca. Dios no puede escapársele; abrazado a solo El, se encuentra siempre a Él asido; la adversidad le sirve sólo para regocijarse de la buena elección que ha hecho. Posee siempre a su Dios; la muerte de sus amigos, de sus parientes, de los que le estiman y favorecen el alejamiento, el cambio de empleo o de lugar, la edad, la enfermedad, la muerte, nada le quitan de su Dios. Está siempre igualmente contento, diciendo en la paz y gozo de su alma: *Mihi autem adhaerere Deo bonum est. ponere in Domino meo spem meam.* (Ps. LXXII,28). «Bueno es para mí el arrimarme a Dios; poner en el Señor mi esperanza».

Esta consideración me ha conmovido mucho. Me parece haber comprendido esta verdad y que Dios me ha hecho la gracia de persuadirme de ella de tal modo, que me da gran ánimo y facilidad para desprenderme de todo y no buscar más que a Dios en toda mi vida y por todos los caminos en que a Él le agradará meterme, no manifestando nunca inclinación ni repugnancia, recibiendo ciegamente todos los empleos que mis Superiores me encargaren.

Y si alguna vez sucediese que me diesen a escoger (lo pro-

meto, Dios mío, y confío guardarlo con vuestra gracia); si sucediese, digo, que me diesen a escoger mis Superiores, prometo renovaros el voto que me habéis inspirado hacer: de escoger siempre el empleo y lugar hacia los cuales sintiere mayor repugnancia y donde crea, según Dios y en verdad, que tendré más que sufrir. Vos me habéis dado el ejemplo, iamable Jesús mío!, y en cuanto pueda quiero regirme por vuestros ejemplos y vuestras máximas, que son las únicas que me pueden conducir a Vos y sacarme de mis perplejidades e ignorancias y de los errores en que pueden precipitarme mis pasiones.

DE OCHO DIAS, DE SAN CLAUDIO DE LA COLOMBIERE HECHO EN LONDRES EL 1677

SENTIMIENTOS Y AFECTOS VARIOS

Aviso

Los que se tomen el trabajo de leer este *Retiro*, se encontrarían embarazados si no les comunicase los *puntos de la Memoria* de que habla el P. de la Colombière en el tercero y quinto día de este Diario de sus Ejercicios espirituales. Esta Memoria le fue dada al salir de Francia para ir a Inglaterra como predicador de su Alteza Real Madame la Duquesa de York. La probidad y la virtud de la persona que le dio este papel (Santa Margarita María) hizo que el Padre lo guardase cuidadosamente. Sólo hay tres artículos, que he creído deber poner aquí palabra por palabra, copiados cuidadosamente del original, sin añadir nada.

I. El talento del Padre de la Colombière es llevar las almas a Dios: por esto los demonios dirigirán contra él sus esfuerzos; hasta personas consagradas a Dios le harán sufrir, y no aprobarán lo que diga en sus sermones para guiarlas a dicho fin; pero la bondad (de Dios) será su sostén en sus cruces, tanto cuanto en El confíe.

II. Debe tener una dulzura compasiva para con los pecadores y no servirse de la fuerza sino cuando Dios se lo dé a entender.

III. Que tenga gran cuidado de no sacar jamás el bien de su fuente. Esta palabra es corta, pero encierra muchas cosas, de las cuales Dios le dará la inteligencia según la aplicación que haga de ella.

Ardiente celo de las almas

Al presente me encuentro en una disposición completamente opuesta a la que tenía hace dos años¹. El temor me preocupaba completamente y no sentía atractivo ninguno por las obras de celo, por la aprensión que sentía de que no me podría salvar de los peligros o lazos que trae consigo la vida activa, en que veía que me iba a comprometer mi vocación. Hoy ese temor se ha disipado; todo cuanto hay en mí me impulsa a trabajar por la salvación y santificación de las almas.

Me parece que sólo para eso amo la vida, y que sólo quiero la santificación por ser un medio admirable para ganar muchos corazones para Jesucristo.

Me parece que la causa de encontrarme en esta disposición es el no sentir ya tanta pasión por la vanagloria. Es un milagro que sólo Dios podía obrar en mí. Los empleos brillantes ya no me mueven como me movían antes.

Me parece que ya no busco más que almas, y que las de las aldeas y pueblecillos me son tan queridas como las otras. Además, hace ya mucho, por la misericordia de Dios, que las alabanzas y la estima de los hombres no me conmueven como otras veces, aun cuando soy todavía demasiado sensible a ellas. Pero estaba antes tan importunado por esta tentación, que me quitaba todo ánimo y me hacía casi perder la esperanza de poder trabajar por mi salvación, mientras pensaba en la salvación de los otros. De suerte que si yo hubiese estado libre, no dudo que hubiera pasado mis días en la soledad.

Esta tentación empezó a debilitarse por una palabra que

1. El 1675, al hacer la Tercera Probación, en cuyos Ejercicios de mes escribí los Apuntes que leímos más arriba. Interrumpió esta Probación para ir de Superior a Paray.

me dijo un día N.N. (la Hermana Margarita María). Pues como me dijese un día que al rogar a Dios por mí, Nuestro Señor le había dado a entender que mi alma le era querida y que tendría especial cuidado de ella, yo le respondí: *—¡Ay! N.N., ¿cómo puede concordar esto con lo que yo siento dentro de mí? ¿Podrá amar Nuestro Señor a una persona tan vana como yo; a una persona que sólo busca agradar a los hombres y merecer su consideración, llena de respetos humanos?—¡Oh Padre mío! —replicó—; nada de eso habita en vos.*

Es verdad que esta palabra me calmó, y que al paso que comencé a turbarme menos con estas tentaciones, comenzaron también ellas a debilitarse y a ser menos frecuentes.

Pero nada ha contribuido tanto, según me parece, a darme este deseo de trabajar en la salvación de las almas como dos cosas: el éxito que plugo a Dios dar a los pequeños cuidados de que me hice cargo en N. (*Paray-le-Monial*) y lo que N.N. (*la Hermana Margarita María*) me mandó decir a mi salida por medio de N.N. (*la Madre de Saumaise*) e hice me lo dieran por escrito. Veo todos los días cosas, que me dan lugar a creer que no se ha equivocado. ¡Concédame Dios la gracia de hacer buen uso de tantos bienes, de los cuales me había hecho tan indigno!

Fin del hombre

El pensamiento de que Dios me ha hecho sólo para Él, me eleva, a lo que creo, por encima de las criaturas y me coloca en una libertad e independencia que produce en mi corazón una gran paz y un gran deseo de consumirme por su servicio. Quisiera, si me fuera posible, no resistir jamás a la voluntad de Dios.

Siento en mí un gran deseo de seguir todas sus inspiraciones, sobre todo, después que una persona, de trato sumamente familiar con Dios, me dijo que Nuestro Señor le había dado a entender que yo le resistía hacía ya mucho tiempo en una cosa sobre la que yo titubeaba, a lo que yo creía, por temor de no obrar con prudencia.

Lazos del demonio

Me he dado cuenta el tercer día de mis Ejercicios, de que el primer punto del papel que me dieron al salir para Londres, el cual punto me ha sido confirmado de nuevo en una carta que recibí hace dos meses; me he dado cuenta, digo, de que no era sino muy verdadero.

Porque desde mi salida de París el demonio me ha tendido cinco o seis lazos que me han turbado mucho, y de los cuales no me he visto libre sino por una gracia particular y después de haber caído en mil cobardías. No sé cómo no me di cuenta en seguida, por la turbación que estas cosas me causaban. Cierto, no eran cosas enteramente malas; pero sí cosas en las cuales dudaba cuál de ellas era la mejor. Y el partido de la naturaleza se hallaba tan fortalecido con la tentación del demonio, que me impedía ver lo más perfecto, o me quitaba al menos la fuerza para abrazarlo; de tal manera, que me encontraba en gran turbación y en inquietudes que han cesado, gracias a Dios, por la gracia que Nuestro Señor me ha hecho de hacerme ver la verdad y abrazarme con ella.

«No sacar el bien de su fuente»

El quinto día Dios me ha dado, si no me equivoco, la inteligencia de este punto de la *Memoria* que he traído de Francia: *Que tenga gran cuidado de no sacar jamás el bien de su fuente. Esta palabra es corta, pero encierra muchas cosas, de las cuales Dios le dará la inteligencia según la aplicación que haga de ella.* Es verdad que muchas veces había examinado esta palabra –sacar el bien de su fuente– sin poder penetrar su sentido.

Hoy, habiendo notado que Dios debía dármele a entender según la aplicación que de ella hiciese, la he meditado mucho tiempo sin encontrar en ella otro sentido que éste: que debo referir a Dios todo el bien que quiera obrar por mí, puesto que Él es su única fuente. Pero apenas he apartado con trabajo mi pensamiento de esta consideración, cuando de pronto se ha

hecho luz en mi espíritu, a favor de la cual he visto claramente que esta era la resolución de la duda que tanto me había turbado los dos o tres primeros días de mis Ejercicios sobre el uso que debía hacer del dinero de mi pensión.

He comprendido que esta palabra contiene mucho, porque lleva a la perfección de la pobreza, a un gran desprendimiento de toda vanagloria, a la perfecta observancia de las reglas y que es ella la fuente de una gran paz interior y exterior, y de muchos actos de edificación; y que, por el contrario, siguiendo cualquiera otro consejo por muy especioso que fuese:

1.º Me hubiera alejado de la perfección de la pobreza.

2.º Hubiera tenido que pedir dispensa sin necesidad.

3.º Dada a la vanagloria y al amor propio un alimento delicado.

4.º Me exponía a cuidados exteriores que me hubieran ocupado mucho tiempo.

5.º Corría peligro de escandalizar a los de Francia e inspirarles amor al mundo, o al menos hubiera privado a los de Inglaterra de un buen ejemplo.

6.º Iba a entregarme a todas las espinas que la avaricia trae consigo, y empezaba ya a estar muy inquieto.

Lo que hay en esto de admirable y hace ver que sois bueno de veras, ¡oh Dios mío!, es que me habéis hecho la gracia de comprometerme con voto a seguir este consejo antes de darme la inteligencia. No sabría yo decir los sentimientos de alegría, de reconocimiento, de confianza en Dios y de valor que me ha inspirado este conocimiento.

Había todavía algunos puntos a los cuales no había extendido el voto porque esto estaba aún muy lejos; pero heme ya, si al Señor le place, tranquilo sobre este particular para toda mi vida. ¡Alabado sea mil y mil veces el Señor, que ha querido hacerme conocer así su misericordia y la santidad de la persona de quien le plugo servirse para darme este aviso!

Segundo punto de la Memoria

He encontrado también en el segundo artículo un remedio

contra una tentación que, desde que estoy aquí, me ha atormentado mucho. En él he visto claramente la conducta que debiera haber observado respecto de una persona cuyas acciones me desagradan; no se cómo no lo he entendido antes; pero Dios sea alabado, que al fin lo he comprendido. Este papel contenía justamente todas las Reglas de que tenía necesidad para sustraerme de los lazos del demonio; sólo queda allí un punto cuya ejecución permitirá Dios cuando a Él le plazca. Toda mi confianza está en Él.

Renovación del Voto de perfección

El sexto día, meditando sobre el voto particular que tengo hecho, me he sentido tocado de un gran agradecimiento hacia Dios, que me ha concedido la gracia de hacer este voto. Nunca había tenido tanto tiempo para considerarlo bien; he sentido grande gozo al verme así atado con mil cadenas para cumplir la voluntad de Dios. No me he aterrado a vista de tantas obligaciones tan delicadas y tan estrechas, porque me parece que Dios me ha llenado de muy gran confianza, de que no he hecho sino cumplir su voluntad al abrazar estos compromisos, y que Él me ayudará a cumplirle mi palabra. Es del todo evidente que, sin una particular protección, sería casi imposible guardar este voto; lo he renovado con todo mi corazón y espero que Nuestro Señor no permitirá que jamás lo viole.

Oración afectiva

He notado hoy, séptimo día, que, aunque Dios me ha concedido muchas gracias en este Retiro, no ha sido, sin embargo, sin más trabajo que de ordinario. No sé si esto será por haber querido sujetarme a los puntos ordinarios, hacia los cuales no siento ningún atractivo. Me parece hubiera pasado horas enteras sin agotarme ni fatigarme, considerando a Dios alrededor de mí y dentro de mí, sosteniéndome y ayudándome, alabándole por sus misericordias y entreteniéndome en sentimientos

de confianza, en deseos de ser de Él sin reserva, anonadando en mí todo lo que es mío, deseando glorificarle hacerle glorificar por otros, viendo mi impotencia y la gran necesidad que tengo de la ayuda de lo alto, complaciéndome en todo lo que Dios puede querer, ya con respecto a mí, ya con respecto a otras personas, con las cuales tengo alguna obligación.

Y sin embargo, cuando yo quería considerar algún misterio, me sentía, desde luego, cansado y quebrada la cabeza; de suerte que puedo decir que jamás he tenido menos devoción que en la oración. Creo que no haré mal en continuar trabajando en lo sucesivo como lo hacía antes, para unirme con Dios presente por la fe y después con actos de otras virtudes a las que más atraído me sienta.

Esta manera de oración no está expuesta a ilusiones, me parece, porque nada hay más verdadero que el que Dios está en nosotros y nosotros en Él, y que esta presencia es un gran motivo de respeto, de confianza, de amor, de alegría, de fervor. Sobre todo, que la imaginación no tiene parte en el cuidado que tomamos en representarnos esta verdad, y que no nos servimos para esto sino de las luces de la fe.

Confianza ilimitada en Dios

Este octavo día paréceme haber encontrado un gran tesoro, si sé aprovecharme de él. Es una firme confianza en Dios, fundada en su infinita bondad y en la experiencia que tengo de que jamás nos falta en nuestras necesidades. Además, encuentro en la Memoria que me dieron al salir de Francia, que me promete Dios ser mi fortaleza, según la confianza que tenga en Él. Por esto he resuelto no poner límites a esta confianza y extenderla a todo. Me parece que en lo sucesivo debo servirme de Nuestro Señor como de un escudo que me rodea, y que opondré a todos los dardos de mis enemigos.

Vos seréis, pues, mi fortaleza, ¡oh Dios mío! Vos seréis mi guía, mi director, mi consejero, mi paciencia, mi ciencia, mi paz, mi justicia y mi prudencia. A Vos recurriré en mis tentaciones, en mis sequedades, en mis disgustos, en mis fastidios,

en mis temores. O más bien, no quiero temer ya ni las ilusiones, ni los artificios del demonio, ni mi propia debilidad, ni mis indiscreciones, ni aun siquiera mi desconfianza; porque Vos debéis ser mi fortaleza en todas mis cruces, y me prometéis serlo a proporción de mi confianza. Y lo que es admirable, ¡oh Dios mío!, que al mismo tiempo que me ponéis en esta condición, me parece que me dais esta confianza; sed eternamente amado y alabado por todas las criaturas, ¡oh mi amabilísimo Señor! ¿Qué haría yo, ¡pobre de mí!, si no fueseis Vos mi fortaleza?

Pero siéndola, como me lo aseguráis, ¿qué no haré yo por vuestra gloria? *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Phil. IV,13). «Todo lo puedo en Aquel que me conforta». Vos en todas partes estáis en mí y yo en Vos; luego en cualquier parte que me encuentre, cualquier peligro, cualquier enemigo que me amenace, tengo mi fuerza conmigo.

Este pensamiento es capaz de disipar en un momento todas mis penas y, sobre todo, algunos resabios de la naturaleza que siento con tal fuerza en algunos instantes, que no puedo contenerme de temblar por mi perseverancia y de estremecerme a vista de la completa desnudez a que Dios me ha hecho la gracia de llamarme.

Todos los textos de la Sagrada Escritura que hablan de esperanza me consuelan y fortifican:

In te Domine speravi, non confundar in aeternum... (Ps. XXX,2) «En Vos, Señor, he puesto mi esperanza; no seré confundido eternamente».

In pace in idipsum dormiam et requiescam; quoniam tu Domine singulariter in spe constituisti me... (Ps. III,9 y 10). «Dormiré en paz y descansaré, porque me habéis, ¡oh Dios mío!, confirmado de un modo especial en la esperanza».

Diligan te Domine fortitudo mea... (Ps. XVII,2). «Os amaré, Señor, a Vos que sois mi fuerza».

Dominus firmamentum meum et refugium meum... (Ps. XXVI,1). «El Señor es mi apoyo y mi refugio».

Dominus illuminatio mea et salus mea: quem timebo?... (Ps. XXVI,1). «El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré?».

Laus mea et fortitudo mea Dominus. (Psalmus CXVII,14).
«El Señor es mi gloria y mi fortaleza».
Él será, también, si le place, mi agradecimiento.

Amor a Jesús Sacramentado

Al acabar este Retiro lleno de confianza en la misericordia de mi Dios, me he hecho una ley de procurar, por todos los caminos posibles, la ejecución de lo que me fue prescrito de parte de mi adorable Maestro, respecto de su precioso cuerpo en el Santísimo Sacramento del Altar, donde creo está real y verdaderamente presente.

Movido a compasión hacia esos ciegos que no quieren someterse a creer este grande e inefable misterio, daría yo voluntariamente mi sangre para persuadirles de esta verdad que yo creo y profeso.

En este país (*Inglaterra*), en donde se hace punto de honor el dudar de vuestra presencia real en este augusto Sacramento, siento gran consuelo en hacer muchas veces al día actos de fe respecto a la realidad de vuestro cuerpo adorable, bajo las especies de pan y vino.

Devoción a la Iglesia Romana

Mi corazón se dilata cada vez que me doy a hacer estos actos de fe sobre las verdades que la Iglesia Romana, que es la única Iglesia verdadera y fuera de la cual no hay que esperar salvación, nos enseña. Mi corazón, digo, se dilata en semejantes ocasiones y siente dulzuras que puedo, sí, gustar y recibir de la misericordia de mi Dios, pero que no las puedo explicar. ¡Qué bueno sois, Dios mío, al comunicaros con tanta bondad a la más ingrata de vuestras criaturas y al más indigno de vuestros siervos! ¡Sed alabado y bendito eternamente!

Devoción al Sagrado Corazón de Jesús

He reconocido que Dios quiere servirse de mí, procurando

el cumplimiento de sus deseos respecto a la devoción que ha sugerido a una persona (*Santa Margarita María*), a quien Él se comunica muy confidencialmente y para la cual ha querido servirse de mi flaqueza. Ya la he inspirado a muchas personas en Inglaterra y he escrito a Francia a uno de mis amigos, rogándole que dé a conocer su valor en EL sitio en que se encuentra. Esta devoción será allí muy útil, y el gran número de almas escogidas que hay en esa Comunidad me hace creer que el practicarla en dicha santa casa será muy agradable a Dios. ¡Que no pueda yo, Dios mío, estar en todas partes y publicar lo que Vos esperáis de vuestros servidores y amigos!

La Gran Revelación (16 de Junio de 1675)

Habiéndose, pues, Dios descubierto a la persona que hay motivo para creer que es persona según su corazón, por las grandes gracias que le ha hecho, ella se me manifestó a mí y yo la obligué a poner por escrito lo que me había dicho. Y esto es lo que, con mucho gusto, he querido copiar de mi mano en el Diario de mis Retiros, porque quiere el buen Dios valerse de mis débiles servicios en la ejecución de ese designio.

«Estando, dice esta santa alma, delante del Santísimo Sacramento un día de su octava, recibí de mi Dios gracias excesivas de su amor. Movida del deseo de corresponderle de algún modo y devolverle amor por amor, me dijo:

—*«No me puedes dar mayor prueba de amor que la de hacer lo que ya tantas veces te he pedido»*, y descubriéndome su divino Corazón: *«He aquí el Corazón que ha amado tanto a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor; y en reconocimiento no recibo de la mayor parte más que ingratitudes por los desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdades que tienen para Mi en este Sacramento de Amor. Pero lo que me es aún más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por esto te pido que se dedique el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, a una fiesta par-*

particular para honrar mi Corazón, reparando su honor por medio de un acto público de desagrazios, y comulgando ese día, para reparar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto sobre los altares. Y yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le rindan este honor.

»—Pero, Señor mío, ¿a quién os dirigís? ¿A una criatura tan ruin y pobre pecadora, cuya misma indignidad sería capaz de impedir el cumplimiento de vuestros designios? Vos que tenéis tantas almas generosas para ejecutar vuestros planes.

»—¡Ay! ¿No sabes tú, pobre inocente como eres, que yo me sirvo de los sujetos más débiles para confundir a los fuertes; y que de ordinario, sobre los más pequeños y pobres de espíritu es sobre quienes hago brillar con más esplendor mi poder, a fin de que nada se atribuyan a sí mismos?

»—Dadme, pues, le dije, el medio para hacer lo que me mandáis—. Entonces me añadió:

»—Dirígete a mi siervo N. y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción y dar este placer a mi divino Corazón; que no se desanime por las dificultades que para ello encontrará, y que no le han de faltar. Pero debe saber que es todopoderoso aquel que desconfía enteramente de sí mismo para confiar únicamente en Mí».

Fin del Retiro. Afectos varios

En este Retiro que termino hoy (8 de Febrero de 1677) las luces que ha placido a Dios comunicarme han sido más cortas; pero también por su misericordia más claras que otras veces.

El sentimiento más ordinario que he tenido ha sido un deseo de abandonarme y olvidarme enteramente de mí mismo, según el consejo que me ha sido dado de parte de Dios, como así lo creo, por medio de la persona de quien Dios se ha servido para otorgarme muchas gracias. A veces he llegado a entrever en qué consiste este olvido total de sí mismo y el estado de una alma que no tiene para Dios reserva alguna. Este estado que me ha dado miedo durante tanto tiempo, empieza a agra-

darme, y espero que, con la gracia de Dios, lograré llegar a él. Me sorprende a veces en sentimientos opuestos a este total abandono, y esto me causa gran confusión.

Cuando acierto a recogerme en mí, me siento por la misericordia infinita de Dios en una libertad de corazón que me causa incomparable alegría. Creo que nada puede hacerme desgraciado; no me encuentro apegado a nada, al menos entonces; pero esto no impide que sienta cada día movimientos de casi todas las pasiones; pero un momento de reflexión las calma.

He gustado a menudo gran alegría interior al pensar que estoy al servicio de Dios; siento que esto vale mucho más que todo el favor de los Reyes. Las ocupaciones de las gentes del mundo me parecen muy despreciables en comparación de lo que se hace por Dios.

Me encuentro elevado por encima de todos los reyes de la tierra por el honor que tengo de ser de Dios. Siento que vale más conocerle y amarle que reinar; y aunque tenga a veces pensamientos de ambición y vanagloria, es cierto que toda la gloria del mundo, separada del conocimiento y amor de Dios, no me tentaría nada. Me inspiran grandísima compasión todos los que no se contentan con Dios, aunque posean todo cuanto desean, fuera de Él.

He descubierto también, y descubro todos los días, nuevas ilusiones en el celo, y siento un gran deseo de purificar bien el que Dios me inspira y que siento crecer en mí de día en día.

También he tenido sentimientos de gran confusión por mi vida pasada. Una persuasión tan firme como clara de lo poco o nada que contribuimos a la conversión de las almas; una vista muy distinta de mi nada.

Me he dado cuenta de la necesidad de andar siempre con gran circunspección, y una gran humildad y desconfianza de sí mismo en la dirección de las almas y en su propia conducta espiritual. Hay que desprenderse completamente del excesivo deseo que naturalmente sentimos de hacer grandes progresos por cierto sentimiento de amor propio; esto hace que caigamos en grandes ilusiones, y puede comprometernos en cosas muy indiscretas. El amor de la humildad, de la abyec-

ción, de la vida oculta y oscura es gran remedio a todos estos males.

Nos comparamos insensible y muy ridículamente a los mayores Santos por puro movimiento del Espíritu Santo. Queremos hacer en un día en nosotros mismos, y en los demás, lo que a ellos les costó muchos años; no tenemos ni su prudencia, ni su experiencia, ni sus talentos, ni sus dones sobrenaturales. En una palabra, ellos eran Santos y nosotros estamos aún muy lejos de serlo; y sin embargo, somos tan presuntuosos, que creemos poder hacer todo lo que ellos hicieron.

Sólo se encuentra la paz en el total olvido de sí mismo. Es necesario que nos resolvamos a olvidarnos hasta de nuestros intereses espirituales para no buscar más que la pura gloria de Dios.

Siento continuamente un gran deseo, cada vez mayor, de darme de veras a la observancia de mis Reglas. Tengo verdadero e intenso placer en practicarlas. Cuanto más exacto soy en cumplirlas, tanto más me parece que entro en una perfecta libertad; es cierto, en esto no me violento. Al contrario, este yugo se me hace, por decirlo así, cada día más ligero. Considero esto como la mayor gracia que he recibido en toda mi vida.

No puedo decir hasta qué punto me encuentro miserable: mi imaginación es loca y extravagante. Todas las pasiones sacuden mi corazón, y apenas se me pasa un día sin que una tras otra no exciten en él sus más desordenados movimientos. Tan pronto son objetos reales como imaginarios los que las remueven. Verdad es que por la misericordia de Dios sufro todo esto sin contribuir mucho a ello y sin consentirlo; pero a cada momento sorprendo en mí estas pasiones locas que agitan mi pobre corazón.

Este amor propio huye de rincón en rincón y siempre encuentra algún escondrijo; tengo gran compasión de mí mismo, pero no por eso me encolerizo, ni me impaciento; ¿de qué me serviría? Pido a Dios me haga conocer lo que tengo que hacer para servirle y para purificarme; pero estoy resuelto a esperar con dulzura hasta que a Él le plazca hacerme esta merced, pues estoy bien convencido de que ésto sólo a Él le pertenece: *Quis potest facere mundum de immundo conceptum semine,*

nisi tu qui solus es? (Job. XIV,4). «¿Quién puede hacer puro a un ser concebido de sangre impura, sino tú, el único que existe? (por Sí mismo)». Con tal que yo pueda ir a Dios con gran sencillez y confianza, soy muy feliz. ¡Dios mío! haced que tenga yo siempre este pensamiento en mi espíritu.

Siento en mí un gran deseo de hacer el bien, conozco los medios para ello, y con tal que reflexione al obrar faltará en pocas cosas; pero esta reflexión es una gran gracia de Dios, que le pido muy humildemente.

He aquí algunas palabras que nunca se presentan a mi espíritu sin que la luz, la paz, la libertad, la dulzura y el amor entren en él al mismo tiempo: *Sencillez; Confianza; Humildad; Abandono completo; Ninguna reserva, Voluntad de Dios; Mis Reglas.*

No gusto alegría semejante a la que experimento cuando descubro en mí alguna nueva flaqueza que se me había ocultado hasta entonces. Muchas veces he tenido este placer durante este Retiro, y lo tendré cuantas le plazca a Dios comunicarme su luz en las reflexiones que haga sobre mí mismo. Creo firmemente, y siento gran placer al creerlo, que Dios conduce a los que se abandonan a su dirección y que se cuida aun de sus cosas más pequeñas.

Cada día siento mayor devoción a San Francisco de Sales; ruego a Dios Nuestro Señor me haga la gracia de acordarme a menudo de este Santo para invocarle e imitarle.

EL ABANDONO CONFIADO A LA DIVINA PROVIDENCIA

1. VERDADES CONSOLADORAS

Una de las verdades mejor establecidas y de las más consoladoras que se nos han revelado es que *nada nos sucede en la tierra*, excepto el pecado, *que no sea porque Dios lo quiere*; Él es quien envía las riquezas y la pobreza; si estáis enfermos, Dios es la causa de vuestro mal; si habéis recobrado la salud, es Dios quien os la ha devuelto; si vivís, es solamente a Él a quien debéis un bien tan grande; y cuando venga la muerte a concluir vuestra vida, será de su mano de quien recibiréis el golpe mortal.

Pero, cuando nos persiguen los malvados, ¿debemos atribuirlo a Dios? Sí, también le podéis acusar a Él del mal que sufrís. Pero no es la causa del pecado que comete vuestro enemigo al maltrataros, y sí es la causa del mal que os hace este enemigo mientras peca.

No es Dios quien ha inspirado a vuestro enemigo la perversa voluntad que tiene de haceros mal, pero es Él quien le ha dado el poder. No dudéis, si recibís alguna llaga, es Dios mismo quien os ha herido. Aunque todas las criaturas se aliaran contra vosotros, si el Creador no lo quiere, si Él no se une a ellas, si Él no les da la fuerza y los medios para ejecutar sus malos designios, nunca llegarán a hacer nada: *No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo Alto*, decía el Salvador del mundo a Pilatos. Lo mismo podemos decir a los demonios y a los hombres, incluso a las criaturas privadas de razón y de sentimiento. No, no me afligiríais, ni me incomodaríais como hacéis si Dios no lo hubiera ordenado así;

es Él quien os envía, Él es quien os da el poder de tentarme y afligirme: *No tendríais ningún poder sobre mí si no os fuera dado de lo Alto.*

Si meditáramos seriamente, de vez en cuando, este artículo de nuestra fe, no se necesitaría más para ahogar todas nuestras murmuraciones en las pérdidas, en todas las desgracias que nos suceden. Es el Señor quien me había dado los bienes, es Él mismo quien me los ha quitado; no es ni esta partida, ni este juez, ni este ladrón quien me ha arruinado; no es tampoco esta mujer que me ha envenenado con sus medicamentos; si este hijo ha muerto... todo esto pertenecía a Dios y no ha querido dejármelo disfrutar más largo tiempo.

Confiemos en la sabiduría de Dios

Es una verdad de fe que Dios dirige todos los acontecimientos de que se lamenta el mundo; y aún más, no podemos dudar de que todos los males que Dios nos envía nos sean muy útiles: no podemos dudar sin suponer que al mismo Dios le falta la luz para discernir lo que nos conviene.

Si, muchas veces, en las cosas que nos atañen, otro ve mejor que nosotros lo que nos es útil, ¿no será una locura pensar que nosotros vemos las cosas mejor que Dios mismo, que Dios que está exento de las pasiones que nos ciegan, que penetra en el porvenir, que prevé los acontecimientos y el efecto que cada causa debe producir? Vosotros sabéis que a veces los accidentes más importunos tienen consecuencias dichosas, y que por el contrario los éxitos más favorables pueden acabar finalmente de manera funesta. También es una regla que Dios observa a menudo, de ir a sus fines por caminos totalmente opuestos a los que la prudencia humana acostumbra escoger.

En la ignorancia en que estamos de lo que debe acaecernos posteriormente, ¿cómo osaremos murmurar de lo que sufrimos por la permisión de Dios? ¿No tememos que nuestras quejas conduzcan a error, y que nos quejamos cuando tenemos el mayor motivo para felicitarnos de su Providencia? José es vendido, se le lleva como esclavo, y se le encarcela; si se

afligiera de sus desgracias, se afligiría de su felicidad, pues son otros tantos escalones que elevan insensiblemente hasta el trono de Egipto. Saúl ha perdido las asnas de su padre; es necesario ir las a buscar muy lejos e inútilmente; mucha preocupación y tiempo perdido, es cierto; pero si esta pena le disgusta, no hubiera habido disgusto tan irracional, visto que todo esto estaba permitido para conducirlo al profeta que debe ungirle de parte del Señor, para que sea el rey de su pueblo.

¡Cuánta será nuestra confusión cuando comparezcamos delante de Dios, y veamos las razones que habrá tenido de enviarnos estas cruces que hemos recibido tan a pesar nuestro! He lamentado la muerte del hijo único en la flor de la edad: ¡Ay!, pero si hubiera vivido algunos meses o algunos años más, hubiera perecido a manos de un enemigo, y habría muerto en pecado mortal. No he podido consolarme de la ruptura de este matrimonio: Si Dios hubiera permitido que se hubiera realizado, habría pasado mis días en el duelo y la miseria. Debo treinta o cuarenta años de vida a esta enfermedad que he sufrido con tanta impaciencia. Debo mi salvación eterna a esta confusión que me ha costado tantas lágrimas. Mi alma se hubiera perdido de no perder este dinero. ¿De qué nos molestamos?... ¡Dios carga con nuestra conducta, y nos preocupamos! Nos abandonamos a la buena fe de un médico, porque lo suponemos entendido en su profesión; él manda que se os hagan las operaciones más violentas, alguna vez que os abran el cráneo con el hierro; que os horade, que os corten un miembro para detener la gangrena, que podría llegar hasta el corazón. Se sufre todo esto, se queda agradecido y se le recompensa libremente, porque se juzga que no lo haría si el remedio no fuera necesario, porque se piensa que hay que fiar en su arte; ¡y no le concederemos el mismo honor a Dios! Se diría que no nos fiamos de su sabiduría y que tenemos miedo de que nos descaminara. ¡Cómo!, ¿entregáis vuestro cuerpo a un hombre que puede equivocarse y cuyos menores errores pueden quitarnos la vida, y no podéis someteros a la dirección del Señor?

Si viéramos todo lo que Él ve, querríamos infaliblemente todo lo que Él quiere; se nos vería pedirle con lágrimas las mismas aflicciones que procuramos apartar por nuestros votos

y vuestras oraciones. A todos nos dice lo que dijo a los hijos de Zebedeo: *Nescitis quid petatis*; hombres ciegos, tengo piedad de vuestra ignorancia, no sabéis lo que pedís; dejadme dirigir vuestros intereses, conducir vuestra fortuna, conozco mejor que vosotros lo que necesitáis; si hasta ahora hubiera tenido consideración a vuestros sentimientos y a vuestros gustos, estaríais ya perdidos y sin recurso.

Quando Dios nos prueba

¿Pero queréis estar persuadidos que en todo lo que Dios permite, en todo lo que os sucede, sólo se persigue vuestro verdadero interés, vuestra verdadera dicha eterna? Reflexionad un poco en todo lo que ha hecho por vosotros. Ahora estáis en la aflicción; pensad que el autor de ella, es el mismo que ha querido pasar toda su vida en dolores para ahorraros los eternos; que es el mismo que tiene su ángel a vuestro lado, velando bajo su mandato en todos vuestros caminos y aplicándose a apartar todo lo que podría herir vuestro cuerpo o mancillar vuestra alma; pensad que el que os ata a esta pena es el mismo que en nuestros altares no cesa de rogar y de sacrificarse mil veces al día para expiar vuestros crímenes y para apaciguar la cólera de su Padre a medida que le irritáis; que es el que viene a vosotros con tanta bondad en el sacramento de la Eucaristía, el que no tiene mayor placer, que el de conversar con vosotros y el de unirse a vosotros. Tras estas pruebas de amor, ¡qué ingratitud más grande desconfiar de Él, dudar sobre si nos visita para hacernos bien o para perjudicarnos! —¡Pero me hiere cruelmente, hace pesar su mano sobre mí!— ¿Qué habéis de temer de una mano que ha sido perforada, que se ha dejado clavar a la cruz por vosotros? —¡Me hace caminar por un camino espinoso!— ¡Si no hay otro para ir al cielo, desgraciados seréis, si preferís perecer para siempre antes que sufrir por un tiempo! ¿No es éste el mismo camino que ha seguido antes que vosotros y por amor vuestro? ¿Habéis encontrado alguna espina que no haya señalado, que no haya teñido con su sangre? ¡Me presenta un cáliz lleno de amargura! Sí, pero pensad que es

vuestro divino Redentor quien os lo presenta; amándoos tanto como lo hace, ¿podría trataros con rigor si no tuviera una extraordinaria utilidad o una urgente necesidad? Tal vez habéis oído hablar del príncipe que prefirió exponerse a ser envenenado antes que rechazar el brebaje que su médico le había ordenado beber, porque había reconocido siempre en este médico mucha fidelidad y mucha afección a su persona. Y nosotros, cristianos, irechazaremos el cáliz que nos ha preparado nuestro divino Maestro, osaremos ultrajarle hasta ese punto! Os suplico que no olvidéis esta reflexión; si no me equivoco, basta para hacernos amar las disposiciones de la voluntad divina por molestas que nos parezcan. Además, éste es el medio de asegurar infaliblemente nuestra dicha incluso desde esta vida.

Arrojarse en los brazos de Dios

Supongo, por ejemplo, que un cristiano se ha liberado de todas las ilusiones del mundo por sus reflexiones y por las luces que ha recibido de Dios, que reconoce que todo es vanidad, que nada puede llenar su corazón, que lo que ha deseado con las mayores ansias es a menudo fuente de los pesares más mortales; que apenas si se puede distinguir lo que nos es útil de lo que nos es nocivo, porque el bien y el mal están mezclados casi por todas partes, y lo que ayer era lo más ventajoso es hoy lo peor; que sus deseos no hacen más que atormentarle, que los cuidados que toma para triunfar le consumen y algunas veces le perjudican, incluso en sus planes, en lugar de hacerlos avanzar; que, al fin y al cabo, es una necesidad de Dios, que no se hace nada fuera de su mandato y que no ordena nada a nuestro respecto que no nos sea ventajoso.

Después de percibir todo esto, supongo también que se arroja a los brazos de Dios como un ciego, que se entrega a Él, por decirlo así, sin condiciones ni reservas, resuelto enteramente a fiarse a Él en todo y de no desear nada, no temer nada, en una palabra, de no querer nada más que lo que Él quiera, y de querer igualmente todo lo que Él quiera; afirmo

que desde este momento esta dichosa creatura adquiere una libertad perfecta, que no puede ser contrariada ni obligada, que no hay ninguna potencia que sea capaz de hacerle violencia o de darle un momento de inquietud.

Pero, ¿no es una quimera que a un hombre le impresionen tanto los males como los bienes? No, no es ninguna quimera; conozco personas que están tan contentas en la enfermedad como en la salud, en la riqueza como en la indigencia; incluso conozco quienes prefieren la indigencia y la enfermedad a las riquezas y a la salud.

Además no hay nada más cierto que lo que os voy a decir: Cuanto más nos sometamos a la voluntad de Dios, más condescendencia tiene Dios con nuestra voluntad. Parece que desde que uno se compromete únicamente a obedecerle, Él sólo cuida de satisfacernos: y no sólo escucha nuestras oraciones, sino que las previene, y busca hasta el fondo de nuestro corazón estos mismos deseos que intentamos ahogar para agradecerle y los supera a todos.

En fin, el gozo del que tiene su voluntad sumisa a la voluntad de Dios es un gozo constante, inalterable, eterno. Ningún temor turba su felicidad, porque ningún accidente puede destruirla. Me lo represento como un hombre sentado sobre una roca en medio del océano; ve venir hacia él las olas más furiosas sin espantarse, le agrada verlas y contarlas a medida que llegan a romperse a sus pies; que el mar esté calmo o agitado; que el viento impulse las olas de un lado o del otro, sigue inalterable porque el lugar donde se encuentra es firme e inquebrantable.

De ahí nace esa paz, esta calma, ese rostro siempre sereno, ese humor siempre igual que advertimos en los verdaderos servidores de Dios.

Práctica del abandono confiado

Nos queda por ver cómo podemos alcanzar esta feliz sumisión. Un camino seguro para conducirnos es el ejercicio frecuente de esta virtud. Pero como las grandes ocasiones de

practicarla son bastante raras, es necesario aprovechar las pequeñas que son diarias y cuyo buen uso nos prepara enseguida para soportar los mayores reveses, sin conmovernos. No hay nadie a quien cien cosas contrarias a sus deseos e inclinaciones, sea por nuestra imprudencia o distracción, sea por la inconsideración o malicia de otro, ya sean el fruto de un puro efecto del azar o del concurso imprevisto de ciertas causas necesarias. Toda nuestra vida está sembrada de esta clase de espinas que sin cesar nacen bajo nuestras pisadas, que producen en nuestro corazón mil frutos amargos, mil movimientos involuntarios de aversión, de envidia, de temor, de impaciencia, mil enfados pasajeros, mil ligeras inquietudes, mil turbaciones que alteran la paz de nuestra alma al menos por un momento. Se nos escapa por ejemplo una palabra que no quisiéramos haber dicho o nos han dicho otra que nos ofende; un criado sirve mal o con demasiada lentitud, un niño os molesta, un importuno os detiene, un atolondrado tropieza con vosotros, un caballo os cubre de lodo, hace un tiempo que os desagrade, vuestro trabajo no va como desearíais, se rompe un mueble, se mancha un traje o se rompe. Sé que en todo esto no hay que ejercitar una virtud heroica, pero os digo que bastaría para adquirirla infaliblemente si quisiéramos; pues si alguien tuviera cuidado para ofrecer a Dios todas estas contrariedades y aceptarlas como dadas por su Providencia, y si además se dispusiera insensiblemente a una unión muy íntima con Dios, será capaz en poco tiempo de soportar los más tristes y funestos accidentes de la vida.

A este ejercicio que es tan fácil, y sin embargo tan útil para nosotros y tan agradable a Dios que ni puedo decíroslo, hemos de añadir también otro. Pensad todos los días, por las mañanas, en todo lo que pueda sucederos de molesto a lo largo del día. Podría suceder que en este día os trajeran la nueva de un naufragio, de una bancarrota, de un incendio; quizá antes de la noche recibiréis alguna gran afrenta, alguna confusión sangrante; tal vez sea la muerte la que os arrebatará la persona más querida de vosotros; tampoco sabéis si vais a morir vosotros mismos de una manera trágica y súbitamente. Aceptad todos estos males en caso de que quiera Dios permitirlos; obli-

gad vuestra voluntad a consentir en este sacrificio y no os deis ningún reposo hasta que no la sintáis dispuesta a querer o a no querer todo lo que Dios quiera o no quiera.

En fin, cuando una de estas desgracias se deje en efecto sentir, en lugar de perder el tiempo quejándose de los hombres o de la fortuna, id a arrojaros a los pies de vuestro divino Maestro, para pedirle la gracia de soportar este infortunio con constancia. Un hombre que ha recibido una llaga mortal, si es prudente no correrá detrás del que le ha herido, sino ante todo irá al médico que puede curarle. Pero si en semejantes encuentros, buscarais la causa de vuestros males, también entonces deberíais ir a Dios pues no puede ser otro el causante de vuestro mal.

Id pues a Dios, pero id pronto, inmediatamente, que sea éste el primero de todos vuestros cuidados; id a contarle, por así decirlo, el trato que os ha dado, el azote de que se ha servido para probaros. Besad mil veces las manos de vuestro Maestro crucificado, esas manos que os han herido, que han hecho todo el mal que os aflige. Repetid a menudo aquellas palabras que también Él decía a su Padre, en lo más agudo de su dolor: *Señor, que se haga vuestra voluntad y no la mía; Fiat voluntas tua.* Sí, mi Dios, en todo lo que queráis de mí hoy y siempre, en el cielo y en la tierra, que se haga esta voluntad, pero que se haga en la tierra como se cumple en el cielo.

2. LAS ADVERSIDADES SON ÚTILES A LOS JUSTOS, NECESARIAS A LOS PECADORES

Ved a esta madre amante que con mil caricias mira de apaciguar los gritos de su hijo, que le humedece con sus lágrimas mientras le aplican el hierro y el fuego; desde el momento en que esta dolorosa operación se hace ante sus ojos y por su mandato, ¿quién va a dudar de que este remedio violento debe ser muy útil a este hijo que después encontrará una perfecta curación o al menos el alivio de un dolor más vivo y duradero?

Hago el mismo razonamiento cuando os veo en la adversidad. Os quejáis de que se os maltrate, os ultrajen, os denigren con calumnias, que os despojen injustamente de vuestros bienes: Vuestro Redentor –este nombre es aún más tierno que el de padre o madre–, vuestro Redentor es testigo de todo lo que sufrís, Él os lleva en su seno, y ha declarado que cualquiera que os toque, le toca a Él mismo en la niña del ojo; sin embargo. Él mismo permite que seáis atravesado, aunque pudiera fácilmente impedirlo, ¡y dudáis que esta prueba pasajera no os procure las más sólidas ventajas! Aunque el Espíritu Santo no hubiera llamado bienaventurados a los que sufren aquí abajo, aunque todas las páginas de la Escritura no hablaran en favor de las adversidades, y no viéramos que son el pago más corriente de los amigos de Dios, no dejaría de creer que nos son infinitamente ventajosas. Para persuadirme, basta saber que Dios ha preferido sufrir todo lo que la rabia de los hombres ha podido inventar en las torturas más horribles, antes de verme condenado a los menores suplicios de la otra vida; basta, dije, que sepa que es Dios mismo quien me prepara, quien me presenta el cáliz de amargura que debo beber en este mundo. Un Dios que ha sufrido tanto para impedirme sufrir, no se dará el cruel e inútil placer de hacerme sufrir ahora.

Hay que fiar en la Providencia

Para mí, cuando veo a un cristiano abandonarse al dolor en las penas que Dios le envía, digo en primer lugar: «He aquí un hombre que se aflige de su dicha; ruega a Dios que le libre de la indigencia en que se encuentra y debería darle gracias de haberle reducido a ella.

Estoy seguro que nada mejor podría acaecerle que lo que hace el motivo de su desolación; para creerlo tengo mil razones sin réplica. Pero si viera todo lo que Dios ve, si pudiera leer en el porvenir las consecuencias felices con las que coronará estas tristes aventuras, ¿cuánto más no me aseguraría en mi pensamiento?

En efecto, si pudiéramos descubrir cuales son los designios

de la Providencia, es seguro que deseáramos con ardor los males que sufrimos con tanta repugnancia.

¡Dios mío!, si tuviéramos un poco más de fe, si supiéramos cuánto nos amáis, cómo tenéis en cuenta nuestros intereses, ¿cómo miraríamos las adversidades? Iríamos en busca de ellas ansiosamente, bendeciríamos mil veces la mano que nos hiera.

«¿Qué bien puede proporcionarme esta enfermedad que me obliga a interrumpir todos mis ejercicios de piedad?», dirá tal vez alguien. «¿Qué ventaja puedo obtener de la pérdida de todos mis bienes que me sitúa en el desespero, de esta confusión que abate mi valor y que lleva la turbación a mi espíritu?». Es cierto que estos golpes imprevistos, en el momento en que hieren acaban algunas veces con aquellos sobre quienes caen y les sitúan fuera del estado de aprovecharse inmediatamente de su desgracia: Pero esperad un momento y veréis que es por allí por donde Dios os prepara para recibir sus favores más insignes. Sin este accidente, es posible que no hubierais llegado a ser peor, pero no hubierais sido tan santo. ¿No es cierto que desde que os habéis dado a Dios, no os habíais resuelto a despreciar cierta gloria fundada en alguna gracia del cuerpo o en algún talento del espíritu, que os atraía la estima de los hombres? ¿No es cierto que teníais aún cierto amor al juego, a la vanidad, al lujo? ¿No es cierto que no os había abandonado el deseo de adquirir riquezas, de educar a vuestros hijos con los honores del mundo? Quizá incluso cierto afecto, alguna amistad poco espiritual disputaba aún vuestro corazón a Dios. Sólo os faltaba este paso para entrar en una libertad perfecta; era poco, pero, en fin, no hubierais podido hacer aún este último sacrificio; sin embargo, ¿de cuántas gracias no os privaba este obstáculo? Era poco, pero no hay nada que cueste tanto al alma cristiana como el romper este último lazo que le liga al mundo o a ella misma; sólo en esta situación siente una parte de su enfermedad; pero le espanta el pensamiento de su remedio, porque el mal está tan cerca del corazón que sin el socorro de una operación violenta y dolorosa, no se le puede curar; por esto ha sido necesario sorprenderos, que cuando menos pensabais en ello, una mano hábil haya llevado el hierro adelante en la carne viva, para horadar esta úl-

cera oculta en el fondo de vuestras entrañas; sin este golpe, duraría aún vuestra languidez. Esta enfermedad que se detiene, esta bancarrota que os arruina, esta afrenta que os cubre de vergüenza, la muerte de esta persona que lloráis, todas estas desgracias harán en un instante lo que no hubieran hecho todas vuestras meditaciones, lo que todos vuestros directores hubieran intentado inútilmente.

Ventajas inesperadas de las pruebas

Y si la aflicción en que estáis por voluntad de Dios, os has-tía de todas las creaturas, si os compromete a daros enteramente a vuestro Creador, estoy seguro que le estaréis más agradecidos por lo que os ha afligido, que por lo que le hubie-rais ofrecido en vuestros votos si os evitaba la aflicción; los demás favores que habéis recibido de Él, comparados con esta desgracia, no serán a vuestros ojos más que pequeños favores. Siempre habéis mirado las bendiciones temporales que ha de-rramado hasta ahora sobre vuestra familia como los efectos de su bondad hacia vosotros; pero entonces veréis claramente que nunca os amó tanto como cuando trastornó todo lo que había hecho para vuestra prosperidad, y que si había sido liberal al daros las riquezas, el honor, los hijos y la salud, ha sido pródigo al quitaros todos estos bienes.

No hablo de los méritos que se adquieren por la paciencia; por lo general, es cierto que se gana más para el cielo en un día de adversidad que durante varios años pasados en la alegría, por santo que sea el uso que se haga de ella.

Todo el mundo conoce que la prosperidad nos debilita; y es mucho cuando un hombre dichoso, según el mundo, se toma la pena de pensar en el Señor una o dos veces por día; las ideas de los bienes sensibles que le rodean ocupan tan agradablemente su espíritu que olvida con mucho todo lo demás. Por el contrario la adversidad nos lleva de un modo natural a elevar los ojos al cielo, para, mediante esta visión, suavizar la amarga impresión de nuestros males. Sé que se puede glorificar a Dios en toda clase de estados y que no deja de honrarle

la vida de un cristiano que le sirve en una alegre fortuna; pero ¡quién asegura que este cristiano le honra tanto como el hombre que le bendice en los sufrimientos! Se puede decir que el primero es semejante a un cortesano asiduo y regular, que no abandona nunca a su príncipe, que le sigue al consejo, que todo lo hace a gusto, que hace honor a sus fiestas; pero que el segundo es como un valiente capitán, que toma las ciudades para su rey, que le gana las batallas, a través de mil peligros y a precio de su sangre, que lleva lejos la gloria de las armas de su señor y los límites de su imperio.

Del mismo modo, un hombre que disfruta de una salud robusta, que posee grandes riquezas, que vive en honor, que tiene la estima del mundo, si este hombre usa como debe de todas estas ventajas, si las refiere a Dios como a su divino Maestro por una conducta tan cristiana; pero si la Providencia le despoja de todos estos bienes, si le consume de dolores y de miserias y si en medio de tantos males, persevera en los mismos sentimientos, en las mismas acciones de gracias, si sigue al Señor con la misma prontitud y la misma docilidad, por un camino tan difícil, tan opuesto a sus inclinaciones, entonces es cuando publica las grandezas de Dios y la eficacia de su gracia, del modo más generoso y brillante.

Ocasiones de méritos y de salvación

Juzgad de ahí la gloria que deben esperar de Jesucristo las personas que le habrán glorificado en un camino tan espinoso. Entonces será cuando nosotros reconoceremos cuánto nos habrá amado Dios, dándonos las ocasiones de merecer una recompensa tan abundante; entonces nos reprocharemos a nosotros mismos el habernos quejado de lo que debería aumentar nuestra felicidad; de haber dudado de la bondad de Dios, cuando nos daba las señales más seguras. Si un día han de ser así nuestros sentimientos, ¿por qué no entrar desde hoy en una disposición tan feliz? ¿Por qué no bendecir a Dios en medio de los males de esta vida, si estoy seguro que en el cielo le daré gracias eternas?

Todo esto nos hace ver que sea cuál sea el modo como vivamos deberíamos recibir siempre toda adversidad con alegría. Si somos buenos, la adversidad nos purifica y nos vuelve mejores, nos llena de virtudes y de méritos; si somos viciosos, nos corrige y nos obliga a ser virtuosos.

3. RECURSO A LA ORACION

Es extraño que habiéndose comprometido Jesucristo tan a menudo y tan solemnemente a atender todos nuestros votos, la mayor parte de los cristianos se quejan todos los días de no ser escuchados. Pues, no se puede atribuir la esterilidad de nuestras oraciones a la naturaleza de los bienes que pedimos, ya que no ha exceptuado nada en sus promesas: *Omnia quacumque orantes petitis credite quia accipietis*. Tampoco se puede atribuir esta esterilidad a la indignidad de los que piden, pues lo ha prometido a toda clase de personas sin excepción: *Omnis qui petit accipit*. ¿De dónde puede venir que tantas oraciones nuestras sean rechazadas? ¿Quizás no se deba a que como la mayor parte de los hombres son igualmente insaciables e impacientes en sus deseos, hacen demandas tan excesivas o con tanta urgencia que cansan, que desagradan al Señor o por su indiscreción o por su importunidad? No, no; la única razón por la que obtenemos tan poco de Dios es porque le pedimos demasiado poco y con poca insistencia.

Es cierto que Jesucristo nos ha prometido de parte de su Padre, concedernos *todo*, incluso las cosas más pequeñas; pero nos ha prescrito observar un orden en todo lo que pedimos y, sin la observancia de esta regla, en vano esperaremos obtener nada. En San Mateo se nos ha dicho: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura: *Quaerite primum regnum Dei, et haec omnia adicientur vobis*.

Para obtener bienes

No se os prohíbe desear las riquezas, y todo lo que es nece-

sario para vivir, incluso para vivir bien; pero hay que desear estos bienes en su rango, y si queréis que todos vuestros deseos a este respecto se cumplan infaliblemente, pedid primero las cosas más importantes, a fin de que se añadan las pequeñas al daros las mayores.

He aquí exactamente lo que le sucedió a Salomón. Dios le había dado la libertad de pedir todo lo que quisiera, él le suplicó de concederle la sabiduría, que necesitaba para cumplir santamente con sus deberes de la realeza. No hizo ninguna mención de los tesoros ni de la gloria del mundo; creyó que haciéndole Dios una oferta tan ventajosa tendría la ocasión de obtener bienes considerables. Su prudencia le mereció en seguida lo que pedía e incluso lo que no pedía. *Quia postulasti verbum hoc, et non petisti tibi dies multos nec divitas..., ecce feci tibi secundum sermones tuos:* Te concedo de gusto esta sabiduría porque me la has pedido, pero no dejaré de colmarte de años, de honores y de riquezas, porque no me has pedido nada de todo esto: *Sed et haec quae non postulasti, divitas scilicet et gloriam.*

Si este es el orden que Dios observa en la distribución de sus gracias, no nos debemos extrañar que hasta ahora hayamos orado sin éxito. Os confieso que a menudo estoy lleno de compasión cuando veo la diligencia de ciertas personas, que distribuyen limosnas, que hacen promesa de peregrinaciones y ayunos, que interesan hasta a los ministros del altar para el éxito de sus empresas temporales. ¡Hombres ciegos, temo que roguéis y que hagáis rogar en vano! Hay que hacer estas ofrendas, estas promesas de ayunos y peregrinaciones, para obtener de Dios una entera reforma de vuestras costumbres, para obtener la paciencia cristiana, el desprecio del mundo, el desapego de las creaturas; tras estos primeros pasos de un celo regulado, hubierais podido hacer oraciones por el restablecimiento de vuestra salud y por el progreso de vuestros negocios; Dios hubiera escuchado estas oraciones, o mejor, las hubiera prevenido y se hubiera contentado de conocer vuestros deseos para cumplirlos.

Sin estas gracias primeras, todo lo demás podría ser perjudicial y de ordinario así es; he aquí por qué somos rechazados.

Murmuramos, acusamos al Cielo de dureza, de poca fidelidad en sus promesas. Pero nuestro Dios es un padre lleno de bondad, que prefiere sufrir nuestras quejas y nuestras murmuraciones, antes que apaciguarlas con presentes que nos serían funestos.

Para apartar los males

Lo que he dicho de los bienes, lo digo también de los males de que deseamos vernos libres. Alguien dirá que él no suspira por una gran fortuna, que se contentaría con salir de esta extrema indigencia en la que sus desgracias lo han reducido; deja la gloria y la alta reputación para los que la ansian, desearía tan sólo evitar el oprobio en que le sumergen las calumnias de sus enemigos; en fin, puede pasarse de los placeres, pero sufre dolores que no puede soportar; desde hace tiempo está rogando, pide al Señor con insistencia a ver si quiere suavizarlos; pero le encuentra inexorable. No me sorprende; tenéis males secretos mucho mayores que los males de que os quejáis, sin embargo son males de los que no pedís ser librados; si para conseguirlo hubierais hecho la mitad de las oraciones que habéis hecho para ser curados de los males exteriores, haría ya mucho tiempo que hubierais sido librados de los unos y de los otros. La pobreza os sirve para mantener en humildad a vuestro espíritu, orgulloso por naturaleza; el apego extremo que tenéis por el mundo os hace necesarias estas medicinas que os afligen; en vosotros las enfermedades son como un dique contra la inclinación que tenéis por el placer, contra esta pendiente que os arrastraría a mil desgracias. El descargaros de estas cruces, no sería amaros, sino odiaros cruelmente, a no ser que os concedan las virtudes que no tenéis. Si el Señor os viera con cierto deseo de estas virtudes, os las concedería sin dilación y no sería necesario pedir el resto.

No se pide bastante

Ved cómo por no pedir bastante, no recibimos nada, por-

que Dios no podría limitar su liberalidad a pequeños objetos, sin perjudicarnos a nosotros mismos. Os ruego observéis que no digo que no se puedan pedir prosperidades temporales sin ofenderle, y pedir ser liberados de las cruces bajo las que gemimos; sé que para rectificar las oraciones por las que se solicita este tipo de gracias basta con pedir las con la condición de que no sean contrarias ni a la gloria de Dios, ni a nuestra propia salvación; pero como es difícil que sea glorioso a Dios el escucharos o útil para vosotros, si no aspiráis a mayores dones, os digo que en tanto os contentéis con poco, corréis el riesgo de no obtener nada.

¿Queréis que os dé un buen método para pedir la felicidad incluso temporal, método capaz de forzar a Dios para que os escuche? Decidle de todo corazón: Dios mío, dadme tantas riquezas que mi corazón sea satisfecho o inspiradme un desprecio tan grande que no las desee más; libradme de la pobreza o hacédmela tan amable que la prefiera a todos los tesoros de la tierra; que cesen estos dolores, o lo que será aún más glorioso para Vos, haced que cambien en delicias para mí y que lejos de afligirme y de turbar la paz de mi alma lleguen a ser, a su vez, la fuente más dulce de alegría. Podéis descargaros de la cruz; podéis dejármela, sin que sienta el peso. Podéis extinguir el fuego que me quema; podéis hacer, que en lugar de apagarlo para que no me queme, me sirva de refrigerio, como lo fue para los jóvenes hebreos en el horno de Babilonia. Os pido lo uno o lo otro. ¿Qué importa el modo como yo sea feliz? Si lo soy por la posesión de los bienes terrestres, os daré eternas acciones de gracias; si lo soy por la privación de estos mismos bienes, será un prodigio que dará más gloria a vuestro nombre y yo estaré aún más reconocido.

He aquí una oración digna de ser ofrecida a Dios por un verdadero cristiano. Cuando roguéis de este modo, ¿sabéis cuál es el efecto de vuestros votos? En el primer lugar estaréis contento suceda lo que suceda; ¿acaso desean otra cosa los que están deseosos de bienes temporales que estar contentos? En segundo lugar, no solamente no obtendréis infaliblemente una de las dos cosas que habéis perdido, sino que ordinariamente obtendréis las dos. Dios os concederá el disfrute de las rique-

zas, y para que las poseáis sin apego y sin peligro, os inspirará a la vez un desprecio saludable. Pondrá fin a vuestros dolores, y además os dejará una sed ardiente que os dará el mérito de la paciencia, sin que sufráis. En una palabra, os hará felices en esta vida y temiendo que vuestra dicha no os corrompa, os hará conocer y sentir la vanidad. ¿Se puede desear algo más ventajoso? Nada, sin duda. Pero como una ventaja tan preciosa es digna de ser pedida, acordaos también que merece ser pedida con insistencia. Pues la razón por la que se obtiene tan poco, no es solamente porque se pide poco, es también porque, se pida poco o mucho, no se pide bastante.

Perseverancia en la oración

¿Queréis que todas vuestras oraciones sean eficaces infaliblemente? ¿Queréis forzar a Dios a satisfacer todos vuestros deseos? En primer lugar os digo que no hay que cansarse de orar. Los que se cansan después de haber rogado durante un tiempo, carecen de humildad o de confianza; y de este modo no merecen ser escuchados. Parece como si pretendierais que se os obedezca al momento vuestra oración como si fuera un mandato; ¿no sabéis que Dios resiste a los soberbios y que se complace en los humildes? ¿Qué? ¿Acaso vuestro orgullo no os permite sufrir que os hagan volver más de una vez para la misma cosa? Es tener muy poca confianza en la bondad de Dios el desesperar tan pronto, el tomar las menores dilaciones por rechazos absolutos.

Cuando se concibe verdaderamente hasta dónde llega la bondad de Dios, jamás se cree uno rechazado, jamás se podría creer que desee quitarnos toda esperanza. Pienso, lo confieso, que cuando veo que más me hace insistir Dios en pedir una misma gracia, más siento crecer en mí la esperanza de obtenerla; nunca creo que mi oración haya sido rechazada, hasta que me doy cuenta de que he dejado de orar; cuando tras un año de solicitudes, me encuentro en tanto fervor como tenía al principio, no dudo del cumplimiento de mis deseos; y lejos

de perder valor después de tan larga espera, creo tener motivo para regocijarme, porque estoy persuadido que seré tanto más satisfecho cuanto más largo tiempo se me haya dejado rogar. Si mis primeras instancias hubieran sido totalmente inútiles, jamás hubiera reiterado los mismos votos, mi esperanza no se hubiera sostenido; ya que mi asiduidad no ha cesado, es una razón para mí el creer que seré pagado liberalmente.

En efecto, la conversión de san Agustín no fue concedida a santa Mónica hasta después de diez y seis años de lágrimas; pero también fue una conversión incomparablemente más perfecta que la que había pedido. Todos sus deseos se limitaban a ver reducida la incontinencia de este joven en los límites del matrimonio, y tuvo el placer de verle abrazar los más elevados consejos de castidad evangélica. Había deseado solamente que se bautizara, que fuera cristiano, y ella le vio elevado al sacerdocio, a la dignidad episcopal.

En fin, ella sólo pedía a Dios verle salir de la herejía y hizo Dios de él la columna de la Iglesia y el azote de los herejes de su tiempo. Si después de un año o dos de oraciones, esta piadosa madre se hubiera desanimado, si después de diez o doce años, viendo que el mal crecía cada día, que este hijo desgraciado se comprometía cada día en nuevos errores, en nuevos excesos, que a la impureza había añadido la avaricia y la ambición; si lo hubiera abandonado todo entonces por desesperación, ¡cuál hubiera sido su ilusión! ¿Qué agravio no hubiera hecho a u hijo? ¡De qué consolación no se hubiera privado ella misma! ¡De qué tesoro no hubiera frustrado a su siglo y a todos los siglos venideros!

Una confianza obstinada

Para terminar, me dirijo a aquellas personas que veo inclinadas a los pies del altar, para obtener estas preciosas gracias que Dios tiene tanta complacencia en vernos pedir. Almas dichosas, a quienes Dios da a conocer la vanidad de las cosas mundanas, almas que gemís bajo el yugo de vuestras pasiones

y que rogáis para ser librados de ellas, almas fervientes que estáis inflamadas del deseo de amar a Dios y de servirle como los santos le han servido y usted que solicita la conversión de este marido, de esta persona querida, no os canséis de rogar, sed constantes, sed infatigables en vuestras peticiones; si se os rechazan hoy, mañana lo obtendréis todo; si no obtenéis nada este año, el año próximo os será más favorable; sin embargo, no penséis que vuestros afanes sean inútiles: Se lleva la cuenta de todos vuestros suspiros, recibiréis en proporción al tiempo que hayáis empleado en rogar; se os está amasando un tesoro que os colmará de una sola vez, que excederá a todos vuestros deseos.

Es necesario descubrirnos hasta el fin los resortes secretos de la Providencia: La negativa que recibís ahora no es más que un fingimiento del que Dios se sirve para inflamar más vuestro fervor. Ved cómo obra respecto a la Cananea, cómo rehúsa verla y oírla, cómo la trata de extranjera y más duramente aún. ¿No diréis que la importunidad de esta mujer le irrita más y más? Sin embargo, dentro de Él, la admira y está encantado de su confianza y de su humildad; y por esto la rechaza. ¡Oh clemencia disfrazada, que toma la máscara de la crueldad, con qué ternura rechazas a los que más quieres escuchar! Guardaros de dejaros sorprender; al contrario, urgid tanto más cuanto más os parezca que sois rechazados.

Haced como la Cananea, servíos contra Dios mismo de las razones que pueda tener para rechazaros. Es cierto debéis decir, que favorecerme sería dar a los perros el pan de los hijos, no merezco la gracia que pido, pero tampoco pretendo que se me conceda por mis méritos, es por los méritos de mi amable Redentor. Sí, Señor, debéis temer que haya más consideración a mi indignidad que a vuestra promesa, y que queriendo hacerme justicia os engañéis a vos mismo. Si fuera más digno de vuestros beneficios, os sería menos glorioso el hacerme participe de ellos. No es justo hacer favores a un ingrato; ¡oh, Señor!, no es vuestra justicia lo que yo imploro, sino vuestra misericordia. ¡Mantén tu ánimo! dichoso de ti que has comenzado a luchar tan bien contra Dios; no le dejes tranquilo; le agrada la violencia que le hacéis, quiere ser vencido. Hacedos notar por

vuestra importunidad, haced ver en vosotros un milagro de constancia; forzad a Dios a dejar el disfraz y a deciros con admiración; *Magna est fides tua, fiat tibi sicut vis*: Grande es tu fe; confieso que no puedo resistirte más; vete, tendrás lo que deseas, tanto en esta vida como en la otra.

EJERCICIO PARTICULAR DE CONFORMIDAD CON LA DIVINA PROVIDENCIA

La práctica de este piadoso ejercicio es de suma importancia, a causa de las preciosas ventajas que extraen siempre las personas que lo realizan bien.

1. ACTOS DE FE, DE ESPERANZA Y DE CARIDAD

I. En primer lugar se hace un acto de fe en la Providencia divina. Se intenta penetrarse bien de esta verdad de que Dios toma un cuidado continuo y muy atento, no solamente de todas las cosas en general, sino también de cada una en particular, de nosotros sobre todo, de nuestra alma, de nuestro cuerpo, de todo lo que nos interesa; que su solicitud, a la que nada escapa, se extiende a nuestra reputación, a nuestros trabajos, a nuestras necesidades de toda clase, a nuestra salud como a nuestras enfermedades, a nuestra vida como a nuestra muerte y hasta al menor de nuestros cabellos que no puede caer sin su permiso.

II. Luego del acto de fe, se hace un acto de esperanza. Entonces, se excita uno a una firme confianza en que esta Providencia divina proveerá a todo lo que nos concierne, que nos dirigirá, nos defenderá con una vigilancia y una afección más que paternal y nos gobernará de tal modo que suceda lo que suceda, si nos sometemos a su dirección, todo nos será favorable y volverá en bien nuestro, incluso las cosas que parezcan más contrarias.

III. A estos dos actos hay que añadir el de la caridad. Se testimonia a la divina Providencia el más vivo afecto, el amor más tierno, como un niño lo testimonia a su buena madre, refugiándose en sus brazos; se hacen protestas de un amor absoluto por todos sus designios, por impenetrables que sean, sabiendo que son el fruto de una sabiduría infinita que no puede equivocarse y de bondad soberana que no puede querer más que la perfección de sus criaturas; se hace de tal modo que este aprecio sea bastante práctico para disponernos a hablar de buena gana de la Providencia e incluso a tomar su defensa altamente contra los que se permitan negarla o criticarla.

2. ACTO DE FILIAL ABANDONO A LA PROVIDENCIA

Después de haber renovado muchas veces estos actos y de haberse penetrado bien de ellos, el alma se abandona a la divina Providencia, reposa y duerme dulcemente en sus brazos, como un niño en los brazos de su madre. Hace suyas entonces aquellas palabras de David: *En paz me duermo luego que me acuesto porque tú, Señor, me das seguridad* (Ps 4, 9-10). O bien dirá con el mismo profeta: *El Señor es mi Pastor; nada me falta. Me pone en verdes pastos y me lleva a frescas aguas. Recrea mi alma y me guía por las rectas sendas, por amor de su nombre y por mi perfección. ¡Oh mi Señor! guiado por vuestra mano y cubierto por vuestra protección, aunque haya de pasar por un valle tenebroso, en medio de mis enemigos, no temeré mal alguno, porque Tú estás conmigo. Tu clava y tu cayado son mi consuelo. Tú pones ante mí una mesa, enfrente de mis enemigos. Sólo bondad y benevolencia me acompañan todos los días de mi vida, y estaré en la casa del Señor por muy largos años* (Ps 22).

Llena de la alegría que le inspira también suaves palabras el alma recibe con respeto a esta dichosa disposición, todos los acontecimientos presentes de manos de la divina Providencia y espera todos los venideros con una dulce tranquilidad de espíritu, con una paz deliciosa. Vive como un niño, al abrigo de

toda inquietud. Pero esto no quiere decir que ella permanezca en una espera ociosa de las cosas teniendo necesidad de ellas o que descuide el aplicarse a los asuntos que se presenten. Al contrario, hace por su parte, todo lo que depende de su mano, para llevarlos bien, emplea en ellos todas sus facultades; pero sólo se da a tales cuidados bajo la dirección de Dios, no mira su propia previsión más que como sometida enteramente a la de Dios y le abandona la libre disposición de todo, no esperando otro éxito que el que está en los designios de la voluntad divina.

3. UTILIDAD DE ESTE EJERCICIO

¡Oh! ¡Cuánta gloria y honor da a Dios el alma dispuesta de este modo!

Verdaderamente es una gran gloria para Él el tener una creatura tan apegada a su Providencia, tan dependiente de su conducta, llena de una esperanza tan firme y disfrutando de un reposo de espíritu tan profundo en espera de lo que tenga a bien enviarle. Y también, ¡cuánto cuidado no tomará Dios de tal alma! Él vela sobre las menores cosas que le interesan: Inspiran a los hombres establecidos para gobernarla todo lo que es necesario para dirigirla bien; y si por el motivo que sea, esos hombres quisieran obrar en relación con ella de un modo que le fuera perjudicial, Él haría surgir obstáculo a sus designios por caminos secretos e inesperados y les forzaría a adoptar lo que sería más ventajoso para esta alma querida.

El Señor guarda a cuantos le aman (Ps 144, 20). Si la Escritura da ojos a este Dios de bondad, es para velar por ellos; si le atribuye orejas es para escucharlos; si manos, es para defenderlos. Y quien les toque, toca al Señor en la niña de los ojos. *Los niños serán llevados a la cadera*, dice el Señor por boca del profeta Isaías, *y serán acariciados sobre las rodillas. Como consuela una madre a su hijo, así os consolaré yo a vosotros* (Is 66, 12-13). En Oseas: *Yo enseñé a andar a Efraín, le llevé en brazos* (Os 11, 3). Mucho tiempo antes Moisés había dicho: *En el desierto has visto como te ha llevado el Señor, tu*

Dios, como lleva un hombre a su hijo, por todo el camino que habéis recorrido hasta llegar a este lugar (Deut 1, 31). También dice Dios en Isaías: *Mamarás a los pechos de los reyes, recibirás un alimento delicioso y divino, y sabrás, mediante una dulce experiencia, con qué solicitud Yo, el Señor, soy tu Salvador* (Is 60, 16) ¡Oh! idichosa situación para un alma!

En la persona de Noé se encuentra una imagen sensible de la felicidad que gusta el que se abandona completamente a Dios. Noé estaba en reposo y en paz en el arca con los leones; los tigres, los osos porque Dios le conducía mientras que las espantosas lluvias caían del cielo y en medio del trastorno general de los elementos y de toda la naturaleza. Por el contrario, los demás estaban en la más extraña confusión de cuerpo y de espíritu, perdían sus bienes, sus mujeres, sus hijos y hasta ellos mismos se perdían, tragados despiadadamente por las olas. Del mismo modo el alma que se abandona a la Providencia, que le deja el timón de su barca, boga con tranquilidad en el océano de esta vida, en medio de las tempestades del cielo y de la tierra, mientras que los que quieren gobernarse ellos mismos el Sabio los llama *almas en tinieblas, excluidas de tu eterna Providencia* (Sap 17, 1-2), están en continua agitación y, no teniendo por piloto más que su voluntad inconstante y ciega, acaban en un funesto naufragio después de haber sido el juguete de los vientos y de la tempestad.

Abandonémonos completamente a la divina Providencia, dejémosle todo el poder de disponer de nosotros; comportémonos como sus verdaderos hijos, sigámosla con verdadero amor como a nuestra madre; confiémonos a ella en todas nuestras necesidades, esperemos sin inquietud que aporte los remedios de su caridad. En fin, dejémosla obrar y ella nos proveerá de todo en el tiempo, en el lugar y del modo más conveniente; ella nos conducirá por caminos admirables al reposo del espíritu y a la dicha a que estamos llamados a gozar incluso desde esta vida, como un anticipo de la eterna felicidad que nos ha sido prometida.

JESUS VIVE EN NOSOTROS Y PARA NOSOTROS

Como Jesús había amado a los suyos, que estaba en el mundo, los amó hasta el fin. (Joann. 13).

INTRODUCCION

Entre los argumentos de los que los heréticos se han servido para combatir a la Eucaristía, no encuentro ninguno menos plausible que aquellos que atacan el cambio de las sustancias, la multiplicación y la reducción del cuerpo del Salvador. Si, a propósito de este misterio, mi fe pudiera ser conmovida, no sería el poder infinito que Dios hace ver en él, lo que la haría vacilar; sería más bien el amor extremo que en él nos testimonia. ¿Cómo lo que es pan se hace carne, sin dejar de parecer pan? ¿Cómo el cuerpo de un hombre se encuentra al mismo tiempo en varios lugares? ¿Cómo puede estar encerrado en un lugar casi indivisible? A todo esto doy una respuesta irrefutable: Dios, que todo lo que Dios ame a una criatura tan débil como el hombre, tan imperfecta, tan poco digna de su amor, y que sin embargo su amor por esta débil criatura llegue hasta una especie de pasión, de transporte, de afán, tal como jamás se ha visto entre los hombres, reconozco que no tengo respuesta, y que no comprendo tampoco esta misma verdad. ¿Diré que este amor es un efecto de la bondad infinita del Señor? Pero la bondad y el amor no tienen ninguna relación esencial, y sus objetos son completamente diferentes. Se puede ser bueno, y no amar; y, sin ser bueno, se puede amar. Las debilida-

des, las miserias, los pecados mismos pueden ser objeto de la bondad. Que soporta a los débiles, alivia a los desgraciados, perdona a los pecadores; pero el amor no se adhiere más que al bien, es decir a lo que parece excelente y perfecto. Por esta razón deseamos que todos los hombres hallen en nosotros bondad, y que por lo que respecta al amor nos reservamos la elección de aquellos a quienes queremos darlo.

Sin embargo, dando por supuesto lo que la fe nos enseña del Sacramento de la Eucaristía, debemos concebir que si los otros misterios nos enseñan que el Señor tiene bondad hacia nosotros, éste no nos permite dudar que nos ama. *Sacramentum altaris est amor amorum*, dice san Bernardo. El Sacramento del Altar es el amor de los amores, es decir el efecto del más grande de todos los amores. ¡Quisiera Dios que yo pudiera daros la inteligencia de esta proposición tan fácilmente como me será fácil probarla! Pero lo que no podéis esperar de mí, debéis esperarlo del Espíritu santo, y pedirlo por la intercesión de su esposa, la Virgen María.

Todos los que han comparado la amistad con el amor han encontrado mil diferencias entre estos dos sentimientos. Pero me parece que no hay más que una, o que todas ellas pueden reducirse a una sola. Puede decirse que la amistad es un amor más dulce, más tranquilo, más moderado, y que el amor es una amistad que llega hasta el transporte, hasta el éxtasis, que no conoce límites, que no se alimenta más que de excesos, según la expresión de Richard de Saint-Victor: *Amor excessibus vivit*. La Escritura nos describe bajo estas dos diferentes ideas los sentimientos de Jesucristo para los hombres. Unas veces es un amigo dispuesto en toda ocasión a dar libre acceso a su amigo, incluso busca su presencia, y vuelve a verlo siempre con nueva alegría; otras veces es un amante que parece no poder separarse de un alma que ama; languidece si se aleja; si se presenta, está totalmente ocupado de ella, parece estar fuera de si. Jesús, como amigo, gusta de compartir sus bienes a quien ha concedido su amistad; como amante, da todo, olvida sus intereses, se olvida a si mismo, se consume por su amor. De manera que se puede decir que, más fuerte que el amor profano, el amor que por nosotros tiene el Hijo de Dios es

dentro de él como una pasión que le hace vivir en el otro, que le hace vivir para el otro: en el otro por el deseo ardiente y continuo que tiene de unirse al alma que es objeto de su amor; para el otro, por el afán que muestra, por los sacrificios que hace por este objeto.

Por esta definición pretendo mostraros que la Eucaristía es un misterio de amor, y las cualidades de amante que Jesús se atribuye se producen en ella de la manera más sensible. Os haré ver en el primer punto el deseo extremo que testimonia en este misterio de unirse a nosotros, en el segundo el celo desinteresado con que se nos da. Su amor le hace como salir de él mismo, para no vivir más que en nosotros; su amor hace que se olvide de si mismo de alguna manera, para no vivir más que para nosotros.

I. JESUS DESEA ARDIENTEMENTE UNIRSE A NOSOTROS

De todas las circunstancias de este misterio, no hay una que no me proporcione una prueba para la primera proposición que he avanzado. El deseo que Jesucristo testimonia de unirse a nosotros en la Eucaristía, ese deseo extremo se manifiesta en las diversas coyunturas de tiempo en las que viene a nosotros en este Sacramento, en el tipo de peligros que afronta, en la naturaleza de los signos que nos da, finalmente en la energía de sus palabras.

¿En qué tiempo, Cristianos, Jesucristo viene a nosotros por el Sacramento de la Eucaristía? Cuando todos los motivos que lo habían llevado a revestirse de nuestra carne ya no subsisten, cuando ha reparado todas nuestras desgracias, cuando la obra de la redención está cumplida, nuestras cadenas están rotas, nuestros enemigos vencidos, las puertas del infierno cerradas, las puertas del cielo abiertas. Jesús ha ascendido de la derecha de su Padre. ¿Por qué viene pues invisiblemente todos los días a la tierra, si no es porque no puede separarse de los hombres, y que sus delicias son estar con ellos? ¿Qué tiempo elige además? El tiempo en el que es elevado al más alto punto de su

gloria; en su morada eterna piensa en conservarse una mansión junto a nosotros, una morada en nuestros corazones; como si faltara algo a su felicidad, mientras está alejado de nosotros. ¿No es cierto que es necesario que un deseo sea muy vivo para ocupar toda su actividad hasta en el cielo, donde está el colmo de todos los deseos? Cuando considero a Jesucristo sobre nuestros Altares, en el estado humilde y oscuro en el que desea hallarse, cuando también reflexionó sobre la gloria inmensa de la que goza desde su Ascensión, me parece ver un gran príncipe que, habiendo llegado por su mérito y por su valor a la primera corona del universo, alimenta sobre el trono inclinaciones que había concebido en su primera fortuna, se oculta todos los días a la brillante y numerosa corte que le rodea y, bajo apariencias que ocultan su dignidad, se dirige sin ruido y sin aparato junto a quienes ama.

Lo que indica aún más el ardor de su deseo es que no hay ningún tiempo que no le parezca propio para esta entrevista; está presto a todas horas, en todos los momentos; su amor, enemigo de todo impedimento para este fin, se extiende sin elección a todos los tiempos. Por esto Jesucristo, habiendo querido que los otros sacramentos no fuesen conferidos más que una sola vez, como el Bautismo, la Confirmación y el Orden; o al menos muy raramente como el Matrimonio y la Extremaunción, nos ha dejado entera libertad sobre el sacramento del Altar, y sobre el sacramento de la Penitencia que dispone para él. Podemos recibir a Jesucristo en la Eucaristía todos los meses, todas las semanas, todos los días; no hay que decir que en esto ha pensado menos en contentar su amor que en aliviar nuestra debilidad, que tiene necesidad de ser fortificada a menudo por medio de sus visitas: porque, si estas visitas tendieran principalmente al alivio de los débiles, el Hijo de Dios no las multiplicaría sobre todo en personas que tienen más fuerza y constancia; y no las daría tan raramente a las almas imperfectas. Vemos sin embargo que las más generosas son invitadas a aproximarse a él, y que él inspira este santo deseo a quienes tienen más santidad.

Por lo demás nada detiene, nada enfría el ardor que tiene de unirse a estas santas almas; afronta todos los peligros. No

pondré dentro de estos peligros la indecencia de los lugares donde se compromete a entrar y a reposar: no diré que si la mayoría de las veces espera a su esposa bajo moradas suntuosas, en templos soberbios, va también a buscarla en las más humildes cabañas; que ni el fango, ni la pobreza, ni las otras incomodidades lo echan atrás. Pero considerad, por favor, a qué le expone la apariencia bajo la cual viene hasta los hombres. ¿Cuántos desprecios, cuántos insultos no sufre todos los días, de los malos cristianos y de los infieles? ¿cuántos libertinos, cuántos heréticos lo tratan en nuestros altares como una divinidad falsa o ridícula, acusan a sus adoradores de idolatría, o de debilidad; abusan de las apariencias poco impresionantes en las que se muestra, para renovar los ultrajes que se le hicieron en su pasión a propósito de la majestad que él se atribuía? No hablo de los malos sacerdotes, que le hacen ¡ay! todavía una persecución cruenta, y tal como la que fue promovida por los pontífices y por los doctores de Jerusalén. No digo cómo, buscando un alma santa, cae todos los días entre las manos de sus enemigos, y sufre en ellas una segunda pasión más cruel que en el Calvario. Todo esto no lo detiene; y su resolución me hace recordar ese héroe tan célebre en la historia antigua, ese héroe que, después de haber salido de su patria desolada, a través del hierro y el fuego, cubierto de sangre y de heridas, se dio cuenta de que su querida esposa se había quedado, y para ir a encontrarla, se decidió a volver a afrontar todos los peligros que había ya vencido.

¡Oh mi amable Maestro! ¿qué venís a buscar en esta tierra maldita? ¿No sabéis que vuestros enemigos reinan en ella, que conservan contra Vos todo su veneno, que son alterados por vuestra sangre? ¿No os acordáis ya de los malos tratos que habéis recibido entre nosotros? ¿No habéis sido aquí cubierto de oprobios? Es verdad que tendréis el placer de uniros estrechamente a vuestros réprobos las complacencias que no son debidas más que a las almas santas? El seno de una persona casta y fervorosa es para Vos una morada agradable: pero ¿cuántas de éstas hallaréis Vos, cuántas de estas almas fervorosas, en medio de esta multitud de cristianos que comulgarán en las fiestas más importantes? ¿Podréis soportar la frialdad, la poca fe, la

espantosa corrupción de estos hombres que no os recibirán más que por obligación? ¿Podréis soportaros en la boca, en la lengua de este maldiciente, de este blasfemo, en el cuerpo de este impúdico? Dios de amor y de pureza, Vos que nos aseguráis que nada manchado entrará en vuestro reino, Vos que no derramáis vuestros dones má que en las almas puras e inocentes, os entregaréis Vos mismos a todos estos horrores?

Imaginad, si es posible, cuál es el odio que Dios tiene por el pecado: este odio es infinito, es irreconciliable: sin embargo es menos fuerte, en cierta manera, que el deseo que tiene de venir a nosotros. Antes que renunciar a las delicias que experimenta a las comunicaciones íntimas con nosotros, no vacila en abandonarse a los sacrílegos abrazos de los más infames pecadores.

Juzguemos todavía los afanes de este divino amante por los signos que nos da, por las especies sagradas en las que se entrega sin mostrarse. Si es cierto, como la teología nos enseña, que la materia de estos sacramentos es un signo visible y como una voz muda, que nos declara el deseo que Dios ha tenido en su institución; si esto es cierto, ¿qué quiere hacernos entender Jesucristo, cuando nos presenta su cuerpo bajo las especies de pan, si no es que, al igual que el pan debe servir de alimento, él se pone también a si mismo bajo las especies misteriosas de este alimento nada más que par alimentar nuestras almas? Un alimento no tiene otro fin que estar unido a nuestros cuerpos; no tendría otra inclinación, otro deseo, si tuviera sentimiento, si estuviera animado: Jesús, bajo la forma de este alimento, ¿qué desea, si no es unirse a nosotros? Lo desea con el mismo ardor, con el mismo afán, y, si me atrevo a decir, con la misma violencia con la que cada ser tiende a su fin y a su felicidad natural.

¿Queréis saber todavía más expresamente lo que Jesucristo nos dice por medio de estas especies misteriosas? Nos repite sin cesar lo que dijo a sus apóstoles, cuando instituyó la Eucaristía, lo que el pan material nos dice él mismo por su destino natural: *Accipite et manducate*: Tomad y comed. Os equivocáis sin duda, quienes no nos predicáis más que el respeto y la reverencia por este pan cotidiano: no me toca a mí examinar

vuestras intenciones, pero ciertamente vuestro lenguaje no se corresponde con el lenguaje de Jesucristo. Cuando Dios baja a la montaña de Sinaí, revestido de fuego y de relámpagos, y no hablando más que por el sonido terrible de trompetas, comprendo que su deseo es llenar de terror a un pueblo indócil y sedicioso; *Ut enim proberet vos, venit Dominus, et in terror illius esset in vobis*. Pero aquí, oh mi amable maestro, si Vos no pedís de mí más que homenajes, permitidme que os diga que nos explicáis bastante mal vuestras intenciones. Si deseáis que me aleje de vuestra santa Mesa por respeto, ¿qué aliviar mi hambre, pero no veo por dónde me puede mover a sentimientos de temor. Es verdad que os levantan tronos en nuestras iglesias, y que a la luz de mil antorchas se hace brillar en torno a Vos lo que hay de máspreciado en la naturaleza, pero todo esto es invención de los hombres, es su voz y no la vuestra lo que este aparato me hace oír; son los hombres los que os han elevado sobre los altares, pero Vos mismo os habéis ocultado bajo la figura de este pan: esta figura, este pan estaría mejor colocado sobre una mesa que sobre un trono, mejor en la boca de los cristianos que expuesto solamente a sus adoraciones.

Pero ¿qué necesidad hay de recurrir a los signos, a las conjeturas, donde las palabras del evangelio son tan expresas? ¿De cuántas maneras el hijo de Dios nos ha hecho conocer el deseo que tiene de unirse a nosotros por medio de este sacramento? No se ha contentado con presentársenoslo como una carne, a fin de que el amor que tenemos por la vida nos invite a recibirlo, sino que para excitar más nuestra hambre, ha declarado que todos los demás alimentos, incluso el Maná mismo, no se aproximaban a éste; que el Maná no había impedido a los Israelitas que murieran, pero que este pan haría inmortales a todos los que lo tomaran: *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum*. Esto no es aún suficiente. La esperanza de llegar a ser igual a Dios que había llevado a Adán a comer un fruto cuyo uso le había prohibido el Señor: Jesús promete a todos quienes lo reciban en el altar que serán elevados al mismo rango a donde el primer hombre había llevado inútilmente su ambición: *Sicut misit me vivens pater, et ego vivo propter patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me*.

Además, ruega a sus discípulos que renueven esta Cena misteriosa a menudo; les hace entender que en ello le darán señales de su recuerdo y de su amor. No olvida el motivo del temor, que tiene tanto poder sobre la mayoría de los espíritus, nos amenaza con la muerte si rehusamos alimentarnos con su carne: *Nisi manducaveritis carnem filii hominis, non habebitis vitam in vobis*. Finalmente, hace uso de todo para inspirarnos los más vivos deseos de ir a él, y para ponernos en una especie de necesidad de levantar todos los obstáculos que, por nuestra parte, se oponen al ardor que él tiene de venir a nosotros, y de unirse estrechamente con nosotros.

Siendo esto así, si, más fuerte aún que en el corazón humano, el amor de Jesucristo por los hombres le hace vivir como fuera de sí mismo, por el deseo de unirse a ellos, ¿no tengo razón de asegurar que el nombre de amante no conviene a nadie mejor que al Salvador del mundo, y que nunca él mismo ha dado cumplimiento mejor a la medida de tan tierno amor que en el Sacramento del Altar? Es cierto que por la encarnación Dios se ha unido perfectamente a nuestra naturaleza; sin embargo esta unión hipostática no ha sido el fin de su encarnación, como la unión sacramental ha sido el fin de la Eucaristía. Dios se ha revestido de nuestra carne, no precisamente para unirse a nosotros, sino a fin de tener un cuerpo susceptible de los dolores que quería sufrir por nosotros; se hizo hombre para salvar a los hombres; esto ha sido celo, benevolencia, compasión, una especie de amor, si queréis; pero, ciertamente, no ha sido ni ternura, ni complacencia, ni en fin ese amor que le ha merecido el nombre de amante que le dan los santos Libros.

Es fácil reconocer la diferencia que hay entre estos dos sentimientos, por la diversidad de sus objetos. El Hijo de Dios no se ha encarnado más que por los pecadores. *Non sum missus nisi ad oves quae perierunt*. Ahora bien, los pecadores no pueden ser objeto de su complacencia, sino sólo de su compasión, en cambio él ha instituido este Sacramento nada más que para los justos: *Vere panis filiorum, non sum mittendus canibus*; y los justos no pueden ser más que objeto de su ternura. Por ello Jesucristo, visible en su carne, se complacía con los pecadores,

mientras que tiene horror de ellos bajo las especies sacramentales. La encarnación ha sido la liberación de los pecadores, la Eucaristía es su juicio y su muerte: *Qui manducat et bibit indigne, judicium suum manducat et bibit*. Además ¿vemos nosotros que el Hijo de Dios haya tenido deseos tan ardientes de encarnarse, que ha llegado a entregarse a nosotros por medio de este Sacramento?

Toda la Escritura está llena de los votos de los patriarcas y los profetas; por todas partes no hay más que lágrimas, suspiros para aplacar el cielo, y hacer descender de él al Redentor. Este Redentor es llamado la espera del pueblo de Israel, el deseado de las naciones, el deseo de las colinas eternas. Pero, por la parte del Verbo, no se ven parecidas impacencias. El mundo gemía bajo la tiranía del demonio, desde la caída de Adán, y, desde ese momento le había sido prometido el libertador; y desde entonces no se había dejado de pedirlo y de esperarlo: sin embargo, lejos de apresurarse a cumplir nuestros deseos, deja su llegada hasta la mitad de los tiempos, deja pasar cuatro mil años de esclavitud dura y cruel. Pero en la Eucaristía se comporta de una manera muy distinta; se hizo rogar, se hizo solicitar su venida al mundo durante el espacio de cuarenta siglos; ahora él pide a los hombres, les apremia, les hace incluso violencia para obligarles a recibirlo. Forzadles, dice en el Evangelio, forzadles a tomar parte en el festín que les he preparado: *Compelle intrare, ut impleatur domus mea*. He aquí el verdadero carácter del amor: una impacencia extrema. Los otros movimientos del alma no actúan con tanta violencia; son suaves, son lentos, seguimos su impresión sin transporte, los reprimimos casi sin esfuerzo: pero el amor es enemigo de retrasos, nada lo detiene; levanta en un momento todos los obstáculos, sobrepasa todas las dificultades, nada le es imposible, nada es difícil para él. En Jesucristo, lleva el Corazón de este divino esposo hacia el objeto que lo atrae, o más bien no vive más que en ese objeto.

II. VANAS RAZONES PARA NO COMULGAR

Después de estas reflexiones, ¿qué pensáis del desagrado que muestran los cristianos por el cuerpo de Jesucristo? Este Amante divino está en una increíble impaciencia de venir a nosotros, y ¡hace falta obligarnos a ir hacia él, hace falta amenazarnos con los anatemas de la Iglesia para obligarnos a abrir nuestro seno a él una vez al año! ¡Dios mío! ¿De dónde viene que tengamos deseos tan contrarios a los vuestros? ¿de dónde viene que deseéis unirnos a criaturas tan imperfectas, y que a nosotros nos cueste tanto trabajo unirnos a Vos, nuestro único y soberano Bien? Sé bien que se tiene la costumbre de excusarse con que uno se siente indigno de aproximarse al santo de los santos, y con que uno se retiene por su respeto a una Majestad tan alta: pero este pretendido respeto ¿qué otra cosa es sino un falso pretexto? He aquí la verdadera razón.

Los que no comulgan, incluso cuando están obligados bajo pena de pecado mortal, son en la mayor parte libertinos que no tienen religión, o al menos en quienes la fe comienza a languidecer o a apagarse. Se alejan de la santa Mesa, por miedo, dicen ellos, de profanarla, a causa de las costumbres criminales que tienen. Pero ¿por qué no las abandonan esas costumbres criminales, para evitar al mismo tiempo el sacrilegio y la desobediencia, para testimoniar su respeto a la Iglesia, de la que son miembros, y al Salvador, que es su Cabeza? ¡Qué respeto, amable Redentor, preferir privarse de la participación en los santos misterios que renunciar al crimen para aproximarse a Vos con la pureza conveniente! ¡Desgraciado impúdico, atrévete a pensar en el objeto que prefieres al cuerpo de tu divino Maestro, y pensando en él atrévete a decir que tienes respeto por este santo Cuerpo! Di que tienes una horrible unión a tus infames placeres y que tu amor por el pecado llega hasta la locura.

Los que comulgan menos raramente, pero se guardan de hacerlo cada ocho días, o cada quince días, aunque no tengan, por misericordia de Dios, ninguna unión con el pecado mortal, si éstos pueden cubrirse con el pretexto de la humildad

con mayor verosimilitud, ¿pueden hacerlo con más verdad? la humildad es una virtud: ahora bien, como todas las virtudes están unidas unas a otras, por un verdadero sentimiento de humildad, por la sola consideración de su indignidad, se alejara del altar tendría infaliblemente todas las virtudes que pueden hacerlo digno de aproximarse a él todos los días. ¿Cuál es pues, en ciertas personas, la causa de una indiferencia tan grande por este Sacramento de Amor? No es precisamente que se crean indignas de participar en él; es que temen hacer lo que podría hacerlos dignos de él, quizá es que temen hacerse dignos de él participando en él más frecuentemente. Me explico.

Se intuye si se multiplican las confesiones y las comuniones, se siente que habrá que moderar el juego, poner límites al lujo, separarse del comercio que se tenía con el mundo, se intuye que el uso frecuente de los sacramentos reclama necesariamente esta reforma, que la produce incluso insensiblemente, como a pesar de nosotros mismos; se prevén los combates que habría que sostener contra Dios, los reproches que habría que escuchar de parte de la conciencia, si uno pretendiera unir una vida tibia y mundana con comuniones tan frecuentemente reiteradas; está uno persuadido que la presencia de Jesucristo imprime en el alma que lo ha recibido un respeto interior que modera, al menos a los placeres ordinarios. Por cierto, no se ignora que Jesucristo no entra en un corazón para no hacer nada, que no deja de invitar a renunciar a la vanidad, a uno mismo; que él apremia a ello en cada visita que se le hace. Todo esto asusta a una alma cobarde y atada a las criaturas; prefiere privarse del pan de los Angeles que verse comprometida a una vida más cristiana. Lo que me convence de que no me equivoco en este juicio, es que en efecto no se ve que la humildad aparte de esta santa práctica a las personas verdaderamente mortificadas y curadas del amor propio. Hace esta rara virtud que tomen un cuidado extraordinario en purificarse, en preparar su corazón, hace que a pesar de todas sus preparaciones, todos sus cuidados, vayan a la santa Mesa con extrema confusión y extremo temor, pero sin embargo con santa confianza, porque sienten una voluntad sincera de agradar a Dios,

y un verdadero horror por los defectos que son el sujeto de su confusión y su temor.

Sí sin embargo si encontrase alguna de estas personas verdaderamente humildes que quisiera abandonar la comunión frecuente, intimidada por esta sentencia terrible: quien come mi carne bebe y come su condenación, si se encuentra alguna, le suplico, en el nombre del Señor, que no tome para ella lo que a ella no se refiere: *Quid habes, Esther? Ego sum frater tuus: noli metuere, non morieris; non enim pro te, sed pro omnibus haec lex constituta est: ¿qué teméis?*, dice el rey Asuero a la reina Esther, cuando la vio pasmada al pie de su trono. Yo soy vuestro rey, pero también soy vuestro esposo y vuestro hermano; no, no moriréis, mi palabra es vuestra seguridad. Es un crimen capital venir aquí sin ser ordenado, pero esta ley no ha sido dictada para personas como vos.

Alma cristiana, alma santa, Jesucristo tiene para ti hoy el mismo lenguaje sobre este altar: *Quid habes? Ego sum frater tuus: ¿Qué temes de tu Hermano y de tu Esposo? ¿Por qué temer una majestad que tengo aquí velada sólo para daros entera libertad de venir a mí? He dicho que uno se hará reo de muerte comulgando indignamente; pero no he pretendido incluirte en esta amenaza. Aunque no seas digna de recibirme, no es sin embargo indigno de mi ser recibido en ti. Tú no lo mereces, si se tienen en cuenta tus imperfecciones; pero sabe que el deseo que tienes de llegar a ser más perfecta te hace acreedora de un gran mérito ante mí. Aparta este vano temor que se opone a mis más ardientes deseos. Ya que te invito a aproximarte a mí, debes temer desagradarme rechazándome, y ofenderme por excesivo respeto. *Noli metuere, non morieris.* No temas nada, una vez más, de quien te ama con una ternura extrema: ¿cómo podría decidirme a hacerte morir, yo que no sólo no vivo más que en ti, sino no vivo más que por ti?*

III. DESINTERES CON QUE SE NOS DA

El Hijo de Dios no podía marcarnos de una manera más

sensible que no quiere vivir más que por nosotros en la Eucaristía que sacrificándonos en ella en primer lugar su vida, en segundo lugar su gloria.

Es difícil decidir si Jesucristo testimonió más amor a los hombres, cuando tomó una vida humana en el seno de María, o cuando perdió esta misma vida en la cruz; pero no cabe duda que en el Sacramento del Altar, hizo para nosotros algo más que en su concepción y en su muerte, ya que, en este sacramento recibe la vida y la muerte al mismo tiempo que en él está creado y sacrificado por nuestro amor. Sí, Jesús vive en nuestros Altares, ya que él mismo es el sacerdote del sacrificio. Si la Eucaristía es una extensión de la encarnación, como dice san Juan Crisóstomo, es cierto, en algún sentido, que Dios se hace hombre en este misterio; y si es una figura real y efectiva de su pasión, como la fe nos enseña, no se puede dudar que en él sea todavía crucificado. Las palabras de sus ministros le dan un nuevo nacimiento, revistiéndolo de las especies de pan y vino; le dan una nueva muerte, separando su cuerpo de su sangre. En una palabra, esta vivo en la Eucaristía, porque está en el mismo estado que en el cielo, es decir inmortal y glorioso; y está muerto, puesto que está sin sentimiento, porque está como sepultado en las especies, porque en fin, cuando nos sirve de alimento, se puede decir que es el alimento de los gusanos.

Pero, ¿por qué quiere vivir, y por qué quiere morir en este Sacramento? No se puede decir que por él mismo vive y muere en él, puesto que no hace ningún uso de la vida, y no saca ningún provecho de su muerte. Cuando estaba en la tierra, gozaba sin duda de algún placer, a la vista del cielo y de la tierra, en sus conversaciones con su santa Madre y con sus amigos, y sobre todo en los movimientos inefables de su Corazón y de su espíritu, que estaban sin cesar ocupados, uno en conocer y el otro en amar a Dios con sentimientos dignos de él. Pero en su vida eucarística, no es susceptible de ningún placer, porque el espacio indivisible en el que todo su cuerpo está reducido lo hace incapaz de toda operación; está en ella, respecto a sí mismo, como si en efecto estuviera muerto; no posee vida más que la que le hace falta para dárnosla sin cesar en sacrificio.

Su muerte sobre la cruz fue el precio de nuestra redención, pero fue también la fuente de toda su gloria. Era necesario que muriera para establecer este imperio universal que le estaba destinado, y que debía ser la recompensa de sus humillaciones. Pero, una vez que subió al cielo, siendo su gloria entera e incapaz de acrecentamiento, no puede sacar ningún otro fruto de su muerte sacramental que el placer de inmolarsse por aquellos a quienes ama.

Reconozco, en segundo lugar, que fue para el Verbo eterno un disfraz extraño el revestirse de cuerpo humano: pero además de que este cuerpo es lo que la naturaleza presenta de más bello a nuestros ojos, el cuerpo del Hijo de Dios tuvo sobre todos los demás cuerpos la ventaja de ser el más perfecto y el más cumplido: *Specious forma prae filiis hominum*. Estos encantos superiores servían al deseo de hacerse amar por los hombres, sabía cómo esta belleza corporal era capaz de hacer sobre sus corazones poderosas impresiones. Si fue desfigurado por las manos de sus enemigos durante el tiempo de su pasión, sus heridas y sus llagas le atrajeron la compasión de sus jueces, e hicieron admirar su paciencia más que humana, de manera que se puede decir que, si buscó nuestro beneficio en el misterio de su dolor, encontró también el suyo en él. Pero, en este Altar ¿qué hace él para sus intereses? El estado en el que está reducido no puede atraerle ni veneración ni amor; nada menos impresionante, nada menos común que las especies de pan y de vino; nada más propicio, me atrevería a decir, para alimentar la incredulidad.

Añadid, a lo que acabo de decir, que los otros misterios del Salvador, los más dolorosos y más humillantes, han estado acompañados de circunstancias tan gloriosas, de milagros y de prodigios tan resplandecientes que es fácil ver que teniendo cuidado de nuestros intereses él no descuidaba enteramente su gloria.

Pero ¿de dónde viene que, renovando todos los días sobre nuestros Altares los misterios de su nacimiento y de su muerte, no renueva las maravillas que sucedieron en el momento de lo uno y lo otro? ¿De dónde viene que rebajándose a un estado tan humillante no haga nada para elevar la humilla-

ción? Es porque su amor por nosotros lo ocupa por completo, y lo hace como insensible a cualquier otro objeto.

Me equivoco, jamás se han producido tan grandes milagros como los que se realizan todos los días en la Eucaristía. El pan y el vino se anulan ante la palabra del sacerdote; el mismo cuerpo se encuentra a un tiempo en el cielo y en la tierra; la carne goza de los privilegios de los espíritus, ya que es invisible y no ocupa ningún espacio; los accidentes se han separado de la sustancia. ¿Jesús se retira por la corrupción de las especias? Una materia es inmediatamente creada de la nada para sustituir la materia que la consagración ha destruido. Estos son sin duda grandes prodigios: crear, anular, multiplicar, espiritualizar los cuerpos; estos son sin duda otros milagros distintos que cerrar las heridas, o incluso abrir los sepulcros. Pero para mostrar que todo esto no se hace más que por nosotros, se realiza con el aparato más simple, y sin que nada resplandezca en el exterior. Todo se desarrolla de tal manera que la gloria del Salvador no es en nada aumentada ante los hombres, ni nuestra fe misma fortalecida. Es suficiente para este amante desinteresado que tan grandes maravillas sean útiles al alma que lo ama, aunque ella misma no las percibiera.

IV. JESUS EN LA EUCARISTIA SOLO VIVE PARA NOSOTROS

Es pues verdadero que Jesucristo no vive más que por nosotros en este Sacramento, ya que no vive más que para morir por nosotros. Hace aún más, se nos hace útil incluso después de la muerte, dándonos su cuerpo para comer. He dicho, al comienzo de este discurso, que el Salvador se entregaba a nosotros en forma de carne, para unirse más perfectamente a nosotros; añado que lo hace además con el deseo de consumirse enteramente por nosotros. La muerte no destruye al hombre de tal manera que sus restos no puedan servir o bien de pasto al fuego, o bien de alimento a los gusanos: parece también que Jesús no creería hacernos un sacrificio perfecto él mismo en la Eucaristía si, después de haber recibido la muerte, su cuerpo

no quedara para nosotros para sernos presentado en la santa Mesa. Con razón se habla del amor de las madres como el amor más vivo y más tierno que se haya observado en la naturaleza; Dios mismo se ha dignado proponérselo como imagen del amor que tiene por nosotros. Sin embargo ¡qué débil, este amor, qué imperfecto, si se lo compara con la ternura que Jesucristo nos testimonia en la Eucaristía! Ha habido mujeres que para apartar la muerte con la que el hambre amenazaba, han ahogado inhumanamente a sus propios hijos, los han devorado; esto es a lo que nos lleva el amor a la vida, a esta vida tan corta, tan desgraciada: pero ¿se ha visto alguna vez a las madres que, para conservar la vida a sus hijos, les hayan dado su propia carne?

Vos solo, amable Salvador, sois capaz de llevar el amor hasta este exceso, capaz de amarnos hasta consumiros enteramente por vuestras criaturas. Vos habéis querido ser todo para nosotros, ser para nosotros todo nuestro bien, ser a la vez nuestro Dios, nuestro rey, nuestro maestro, nuestro hermano, nuestro tesoro, nuestra garantía, nuestra víctima, en una palabra nuestro alivio en nuestra hambre, en nuestra sed, y ello para convencernos que teníais para nosotros el cielo, la impaciencia de un verdadero amante. ¡Oh Jesús, el más perfecto, el más tierno de todos los amantes! ¡Oh amor, divino amor! ¡Amor excesivo! ¡Amor inefable! ¡Amor incomprensible! Perdonadnos, mi adorable Redentor, si dudamos a veces en creer en el Misterio de la Eucaristía: no es un defecto de sumisión lo que nos hace indóciles a esta creencia; nuestra poca fe es consecuencia necesaria de vuestra excesiva bondad. Hemos creído por vuestra palabra en el misterio de la Trinidad, por impenetrable que lo hallara nuestra razón; lo hemos creído porque nada nos pareció digno de la superioridad de vuestro ser, que no os hiciera incluso más adorable: Pero aquí, Señor, tememos prestar fe a las humillaciones indignas de Vos. ¿Qué? ¿Que un Dios tenga ternura, complacencia, impaciencia por un hombre? ¿Que un Dios desee unirse a mí, y lo desee hasta el punto de anularse todos los días, de inmolarse todos los días, de querer que me alimente de él todos los días? Dios mío, por infalibles, por expresas que sean vuestras palabras, por corroborar-

das que hayan sido en todos los siglos por milagros, no podríamos impedir estar sorprendidos, estar asustados al oír verdades tan sorprendentes.

Pero por increíble que parezca el amor que el Hijo de Dios nos testimonia en este Sacramento, una cosa me sorprende aún más, y es la ingratitud con la que pagamos un amor tan grande. Es extraño que un Dios consienta en amar a un hombre, pero más extraño es aún que un hombre parezca no poder amar a Dios; y que ningún motivo, ningún beneficio, ningún exceso de amor pueda inspirarle el menor sentimiento de gratitud. Dios puede tener alguna razón para amar a los hombres; son sus obras, sus imágenes; ama en ellos sus propios dones, se ama a sí mismo al amarlos; pero ¿podemos tener nosotros alguna razón para no amar a Dios? Habla, hombre ingrato, hombre insensible; habla ¿qué es lo que te repele en tu Dios? ¿Acaso no ha hecho todavía bastante para merecer tu amor? ¡Ay! Ha hecho más de lo que nos habríamos atrevido a desear, más casi de lo que nos atrevemos a creer, más de lo que parecía convenir a su infinita Majestad: y continuaremos despreciándolas? ¿Milagro, exclama Guillermo de Paris, pero milagro diabólico! el hombre está rodeado, el hombre está colmado de beneficios de Dios: Dios ilumina todos los días nuevos carbones en torno a nuestros corazones para inflamarlos, y estos corazones permanecen fríos en medio de un fuego tan grande: *Homo tot congestis carbonibus miraculo diabolico friget ad Deum.*

Manera de celebrar la fiesta del Sagrado Corazón

Para recibir infaliblemente, por la práctica de esta devoción, las grandes gracias que Dios promete, sobre todo su amor ardiente, dice el P. Croiset, esta es la manera como hay que actuar:

1.º Preparación para la fiesta: Esta fiesta debe comenzar la víspera.

Se puede emplear una parte de ese día en leer las revelaciones relativas a la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, a fin de penetrar bien los motivos que se deben tener en esta fiesta, y

con que sentimientos se deben realizar todos los ejercicios. Se considerará cuán razonable es amar ardientemente a Jesucristo y repararlo por los ultrajes que recibe en el más amable de todos los misterios.

Se pasará el máximo tiempo posible ante el Santísimo Sacramento, en profundo respeto. Se recitará el rosario, las letanías y algunas otras oraciones, cada uno según su devoción.

La confesión (preparatoria para la fiesta) debe estar acompañada de un dolor más grande, si se puede, y más perfecto que de ordinario, a la vista de nuestras propias ingraticudes e irreverencias, de las que será bueno acusarnos, al menos en general.

Debe después ponerse buen cuidado, el resto del día, en mantenerse en gran recogimiento interior, disposición necesaria para esta fiesta.

Por la noche, antes de ir a descansar, se testimoniará a Nuestro Señor Jesucristo el deseo que tendríamos de pasar la noche a los pies de sus altares y pediremos al buen ángel que supla nuestro defecto.

Si nos despertamos durante la noche, hay que adorar a Nuestro Señor Jesucristo en la adorable Eucaristía, y renovar el deseo que tenemos de ir a rendirle adoración.

2.º El día de la fiesta. Se debe, si se puede, consagrar todo el día a honrar el Sagrado Corazón de Jesús en la Eucaristía, y apartarse de todos los asuntos que puedan aplazarse para otra ocasión. Hay que cortar cuidadosamente todo tipo de inutilidades, porque los menores momentos, en ese día, son infinitamente preciosos.

Desde que uno se levante, se pondrá de rodillas en tierra para adorar a Nuestro Señor Jesucristo, dirigiéndose hacia la iglesia más próxima donde descansa el Santísimo Sacramento, acompañando este acto de adoración con todos los sentimientos de los que es capaz un corazón sensiblemente conmovido y abrasado de amor, ofreciendo a este divino Maestro todo lo que se va a hacer en honor de su sagrado Corazón para reconocer su amor y sus beneficios.

Ese día más que nunca, hay que apresurarse a visitar a Nuestro Señor Jesucristo, en su divino Sacramento.

Como se debe comulgar para reparar los defectos de todas las comuniones que se han hecho, así como las irreverencias y la frialdad con las que tanta gente han comulgado hasta ese momento, huelga decir con qué tierna devoción, con qué fe viva, con qué gran respeto, con qué modestia extraordinaria, con qué profunda humildad y sobre todo con qué profundo amor hay que aproximarse a la Santa Mesa. Movido por un dolor sensible de ver a Nuestro Señor Jesucristo amado tan poco e incluso tan maltratado en la adorable Eucaristía, se le recibirá como a un Dios irritado que se desea aplacar, como un Salvador rechazado, que se pretende ganar. Como el ardiente amor a Jesús debe ocupar la mayor parte de esta acción, deberá ser el amor el que inspire a cada uno en particular los sentimientos, los afectos y los actos que se deben hacer en este tiempo precioso.

Después de la comunión, comparando el amor excesivo de Nuestro Señor Jesucristo con nuestra extrema ingratitud, nos arrodillaremos humildemente a sus pies, el espíritu humillado, el corazón oprimido de un vivo dolor a la vista de tantos ultrajes, y haremos con una devoción extraordinaria la reparación honorable y a continuación el acto de consagración al Sagrado Corazón. En estos actos el corazón debe tener más parte que la boca o, más bien, la boca no debe ser más que intérprete de los sentimientos del corazón.

Se intentará pasar el resto de la jornada en la práctica de las buenas obras, en medio de un gran recogimiento interior y en un continuo ejercicio de amor a Nuestro Señor, se harán actos frecuentes de este amor, cada uno según su devoción, testimoniando al Señor cuánto se le ama y cuánto se desea verlo tiernamente amado. Se podrá recitar el rosario y las letanías del Sagrado Corazón.

En este día, hay que pasar delante del Santísimo Sacramento más tiempo que de costumbre. Se le visitará por lo menos cinco veces.

La primera visita debe ser para dar gracias a Jesucristo por el amor infinito que nos ha mostrado instituyendo este misterio. La segunda, en acción de gracias por todas las veces que lo hemos recibido en la adorable Eucaristía y por todos los bie-

nes en particular que entonces nos ha concedido. La tercera, para hacer la honorable reparación de todos los ultrajes que ha recibido de los infieles y los heréticos. La cuarta, para reparar, todo lo que sea posible, por medio de un profundo respeto y todo tipo de homenajes, las irreverencias, las impiedades, y los sacrilegios que ha sufrido por parte de los propios fieles. La quinta debe ser expresamente para adorar, en espíritu, a Jesucristo en todas las iglesias, ya sea en el campo, ya sea en las ciudades, donde el Santísimo Sacramento reside, donde casi todo el mundo lo descuida, donde es tan mal guardado, tan raramente visitado y tan universalmente olvidado.

Como el amor de Jesucristo es el motivo principal de todas estas prácticas de devoción, muchas personas, para hacerse agradables a Jesucristo, añaden a todo esto una cantidad de otras buenas obras que el amor les sugiere, y que tienden todas al mismo fin. Algunas visitan ese día todas las iglesias, o al menos una parte de ellas donde el Santísimo Sacramento descansa, e intentan, por medio de su devoción y de su modestia, reparar las profanaciones y los desprecios que Nuestro Señor Jesucristo ha sufrido. Otras tienen cuidado de hacer confesar y comulgar, ese mismo día, a algunos pobres, a quienes dan limosna, después de haberlos tratado bien. Muchos añaden a estas prácticas de devoción algunas austeridades; y todos en general deben esforzarse en cumplir estas distintas obras con una fe viva, un gran fervor, una devoción singular, y sobre todo con un amor muy ardiente a Jesucristo.

FLORES Y HOJAS DE OTOÑO

CAPITULO PRIMERO

El Paraíso

La felicidad de los santos, considerándola desde el ángulo que es más visible para nosotros, consiste en que no son ya lo que nosotros somos. No conocemos en absoluto los bienes de los que gozan, pero sufrimos los males de los que ellos están libres; y así, para movernos a desear su felicidad, es mejor representarnos las miserias de las que están liberados más que los bienes que poseen. Si el conocimiento oscuro que tenemos de estas riquezas inefables no bastan para hacernos suspirar por el cielo, la esperanza de estar libres de tantos males con los que estamos agobiados nos hará sin duda desear el paraíso. Como la manera más segura y más perfecta de conocer a Dios en esta vida es considerar las imperfecciones de las que está privado, también la vía más corta y más eficaz para hacernos conocer el paraíso es considerar las miserias de las que está libre. Los bienaventurados ven lo que creemos, aman lo que tememos, poseen lo que deseamos.

Un infiel se encuentra en un estado parecido al de un hombre que se halla en medio de un magnífico jardín durante las más espesas tinieblas de la noche: oye el ruido de las cascadas y de las fuentes, siente el olor de las flores de las que está lleno, puede con las manos formarse algún juicio sobre las estatuas, los árboles y los espacios. Cuando la fe entra en ese espíritu, es como una llama que se enciende en medio de la noche, que hace descubrir algo más; pero con esta luz, todas las flores os parecen del mismo color, el verdor no tiene lozanía, el már-

mol está sin brillo, la mitad de las cosas se os escapan, no las véis más que a trozos; las que están un poco alejadas apenas pueden ser percibidas; la simetría, la relación de las partes que constituyen la mayor belleza se os pasan por alto. Pero cuando la luz de la gloria se descubre, es como si el sol apareciera de repente; es entonces cuando todo lo que nos parecía como muerto y languidece se hace como animado; todo ríe, todo brilla, todo impresiona los ojos, todo los alegra, todo los sorprende; se ven con placer las ideas que uno se había formado a la luz de la antorcha infinitamente sobrepasadas.

Los santos aman lo que nosotros tememos, es decir a Dios; su amor no está ya mezclado con ese temor que hace que temamos o bien perderlo o bien haberlo perdido, que nos castigue eternamente por haberlo abandonado, o que nos abandone para siempre para castigar nuestra cobardía en su servicio. ¡Qué trabajo conocer a Dios, amarlo con todo el corazón, no tener más que desagrado por todo lo demás, languidecer en la espera de su posesión, y encontrarse en todo momento abocado a tristezas y a inquietudes que nos llevan a dudar si verdaderamente somos agradables a Dios y si no es una ilusión creer que lo amamos sinceramente! ¡Qué! ¡Siempre riesgos y peligros, nunca un momento de seguridad, por doquier trampas y emboscadas! ¡Qué! ¡Estoy siempre expuesto, mientras viva aquí abajo, a perder mi alma y mi Dios! ¡Puedo caer en el pecado, y basta un solo pecado mortal para perder el fruto de cincuenta y sesenta años de trabajos y de méritos! Estoy dividido contra mí mismo, tengo que defenderme de todo lo que me es más querido; todo lo que me agrada puede corromperme, todo lo que es conforme a mi naturaleza es enemigo de mi virtud, todos mis sentidos buscan sorprender mi razón; yo mismo no soy el dueño de mi voluntad: ella quiere lo que yo no quiero, a ella le gusta lo que yo odio, ella desea lo que yo aborrezco, ella me lleva a la conquista de lo que yo huyo. ¡Qué vida, qué miseria, qué suplicio, qué infierno!

En el paraíso poseeremos lo que deseamos. A juicio de santo Tomás, el hombre desea a Dios naturalmente; de ahí viene que el corazón le suplique siempre bajo el nombre del bien soberano. Este corazón nunca se equivoca, pero es equivocado

por nuestro entendimiento que le presenta los deseos, etc., como si fueran ese bien por el que suspira; no se equivoca sin embargo nada, ya que apenas ha abrazado ese falso bien, demuestra por su inquietud que no es lo que desea, que se han interpretado mal sus deseos; se le ofrecen riquezas, se le asegura que ahí están sin duda lo que busca; lo cree y esta creencia produce este ardor, y esta impaciencia que demuestra en su adquisición. Pero apenas por fin los ha poseído reconoce que se ha equivocado una vez más y pide que se le busque otra cosa; *Inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te*. Esto es lo que me persuade que en la verdad busca a Dios sin saberlo, por un instinto que Dios le ha dado al crearlo. Pero como las criaturas se presentan en masa igual que Dios, y nuestros sentidos toman a las criaturas como al Creador, le presentan lo que no busca como lo que busca. *Num quem desiderat anima mea vidistis?* Me parece ver al pobre Isaac ciego y debilitado por su avanzada edad; reclama a su hijo mayor; se presenta el pequeño; su olfato y su tacto le aseguran que es a quien desea, y lo abraza, o a Jacob que en la verdad no tiene amor más que por Raquel, y que sin embargo no deja de aceptar por esposa a Lia a quien ponen en su lugar para sustituir a quien él deseaba.

Los hombres, que sienten que lo desean es un bien soberano y Dios mismo, han hecho dioses de todo lo que han mirado como su felicidad, y no han dudado que lo que creían que debía satisfacerles por completo estuviera por encima de las criaturas. Así los padres han levantado altares a sus hijos, los maridos a sus mujeres; los que han visto el oro como el mayor de todos los bienes lo han adorado como el mayor de todos los dioses, etc.

Un motivo de alegría y de consuelo en las desgracias, es pensar que en el paraíso estaremos libres. Una enfermedad os agobia; decid a vosotros mismos: llegará un día en que mi cuerpo estará fuera del alcance de todos los males que lo atormentan hoy, etc., las estaciones, los enemigos, las pasiones, las tentaciones, etc.

Yo no sé lo que será el paraíso, sé que estaremos sumergidos en la gloria, que veremos a Dios mismo, que Dios no pare-

ce Dios más que en este lugar de delicias, que todos los adornos con que ha decorado el cielo y la tierra, todo lo que el arte puede añadir a la naturaleza, para producirnos placer y encantar nuestros sentidos, que todo esto, digo, no son más que sombras, nada en comparación con el paraíso. Pero no sé qué es lo que habrá. Sé lo que no habrá. Ningún mal, ni moral, ni físico, ningún pecado, ningún vicio, ninguna envidia, ningún interés, ninguna inconstancia, incluso ninguna virtud que pueda producir dolor; ya no más fe, no más temor, no más esperanza, no más dolor ni penitencia.

No podéis comprender que se sea feliz sin los placeres que os imagináis; pero, decidme, ¿podéis comprender cómo se puede ser feliz en el ejercicio de todas las austeridades más rigurosas, cuando no sólo no se goza de ningún placer corporal, sino que uno está en la pobreza, agobiado de enfermedades, despreciado, cuando se hacen ayunos, se desgarran uno a golpes de disciplina, se consume uno en vigiliass? Sin embargo esto es verdadero, y es tan verdadero que ha habido santos que han convertido en placeres todo esto, y que no podían vivir sin ello. ¿Qué? ¿el solo conocimiento oscuro de Dios y un poco de amor pueden endulzar todos estos dolores, hacerlos deliciosos, y la visión clara no podrá hacernos felices en su lugar donde estarán eliminados todos los males de esta vida, porque no gozaremos de ciertos placeres?

Jesucristo que no se ha dignado aceptar todas las grandezas, todas las delicias de la tierra, aunque se le ofrecían gratuitamente, ha estimado en tanto las del cielo que no ha dudado en sufrir la muerte para llegar a ellas.

La tierra es el exilio o más bien el patíbulo en el que los santos sufren; el cielo es su patria y su morada de placer, la tierra un lugar de prueba que Dios ha hecho de tal manera que los hombres no pudieran apegarse a ella.

Si ha hecho el infierno tan terrible para un solo pecado mortal, a pesar de la debilidad humana, él que es más generoso que riguroso, ¿qué no habrá hecho para los hombres que hayan vivido cien años en los rigores de la penitencia, a pesar de todas las repugnancias de la naturaleza?

El paraíso es el lugar en donde Dios recompensa a sus sier-

vos; les concede bienes que sobrepasan a todos los de aquí abajo; es donde acaricia, donde gratifica a sus predilectos; hay que perder la esperanza de hacernos una idea de ello.

Nuestra felicidad en esta vida es que pensemos que podemos ser lo que son los santos.

Es fácil imaginarse el placer que hay en amar con ardor a una persona que conoce nuestro amor, cuando esta pasión no está acompañada ni de envidia, ni de temor, como los santos en el paraíso.

Si la esperanza del paraíso ha podido hacer felices a los santos, incluso en los males de esta vida, ¿qué será la posesión misma del paraíso sin mezcla alguna de mal?

Ninguno de los males de esta vida, ninguno de los bienes de esta vida, ninguno de los bienes sensibles, ninguno de los bienes incluso espirituales, como la fe, el temor de Dios, la esperanza; el amor quedará, pero se hará necesario, tranquilo.

Los males de esta vida son tan grandes que los paganos mismos que no esperaban nada en la otra han considerado a la muerte como un gran bien.

¿Qué no se ha hecho para ganar el paraíso, y qué tipo de personas totalmente sensatas?

No hay un momento de calma en esta vida, no se sabe si es la tristeza o la alegría, la pobreza o las riquezas, el placer o el dolor lo que más nos perturban; las riquezas y la pobreza causan poco más o menos los mismos movimientos de deseos inquietos y desordenados. La gloria nos aturde, la confusión nos agota, el placer relaja nuestras fuerzas y nos aboca a los dolores. Ante este panorama, los paganos consideraron la muerte como un bien.

Inmortalidad gloriosa, ¿cuándo podremos poseerte? ¿Debemos llorar o triunfar en el recuerdo de tus delicias y de tus grandezas? ¿Debemos gemir viéndonos tan lejos de ti como la tierra lo está del cielo? ¿O debemos más bien regocijarnos viéndonos tan cerca de ti como lo estamos del término de nuestro exilio?

Dios podía habernos hecho nacer en el paraíso, llevarnos de golpe a él, si deseara con tanta fuerza hacernos partícipes. Lo podía, pero ha querido que tuviéramos el placer y la gloria

de haberlo merecido. ¿Es posible que hombres que sufren tan grandes trabajos, para tener tan pequeños bienes, corran el peligro de perder el máximo de todos los bienes, si les deja a su libertad el adquirirlos o el descuidarlos? ¿No es suficiente que se os los ofrezcan, querrías ser forzados a recibirlos? Si pudiéramos la mirada en el cielo cada vez que se presenta una criatura para tentarnos, no sucumbiríamos jamás, pero, en lugar de contemplar al mismo tiempo el mundo y el cielo, ponemos el mundo entre nosotros y el cielo, a fin de no ver más que el mundo.

El paraíso es el lugar donde Dios recompensa a los santos, es donde los trata como a sus favoritos. Hay una gran diferencia entre la conducta de un príncipe que quiere recompensar y la de un rey que quiere favorecer; de un rey que quiere hacer ver que es justo y un rey que quiere hacer ver que ama. Por mérito a duras penas se llega, después de muchos sudores, de una fortuna humilde a una fortuna mediocre, de un cargo a otro un poco más elevado; pero el favor no va tan lentamente: prodiga los bienes, no guarda ninguna medida en sus generosidades, lo hace todo de golpe y no ahorra nada.

CAPITULO II

Los elegidos

El sujeto de nuestro temor no debe ser el número de los elegidos, sino los pecados que nos impiden estar en ese número. No seréis condenados, porque hayáis sido probados, sino porque hayáis vivido mal; así apenas se ven personas que se escandalicen de la predestinación más que aquellos que para justificar los crímenes que no quieren abandonar, buscan una excusa para disfrazar su impenitencia.

Te asustas cuando algunos te dicen que en su opinión, de cien mil apenas se salvará uno; ¿qué te importa, con tal de que seas tú?; y si de ese número todos se salvaran con excepción de uno solo, ¿qué desolación sería para ti, si debieras ser ese desgraciado? Si hay más, mayor esperanza tengo en ser uno de

ellos. Te equivocas, estaría bueno, si, para aumentar el número, después de haber admitido a los buenos, se recibiera todavía a alguno malo, o si, para hacer ese número más pequeño, se excluyeran a algunos de los buenos; pero por pequeño que sea el número de los que se salven, los buenos no serán jamás excluidos de él; por grande que sea, los malos no estarán en él jamás. Si eres bueno, aunque por cien mil condenados no hubiera más que uno salvado, ése serás tú. Si eres malo, aunque por cien mil salvados no hubiera más que un condenado, ése serás tú.

Es una conclusión muy errónea que si Dios no te ha predestinado, no te salvarás; o bien, si esta conclusión es buena, ésta otra también lo es: No eres un buen cristiano y no quieres llegar a serlo, por tanto no eres un predestinado, porque el decreto de la predestinación engloba el de la santificación. Pero si soy un predestinado, me haré un hombre de bien, a pesar de lo que sea; esto es una herejía; por el mismo decreto por el que Dios ha determinado tu santificación, ha determinado que sería voluntaria, que por tu propio movimiento, asistido con la ayuda de la gracia, te apartarías de tus malas costumbres; y de este modo es tan imposible que te hagas bueno, si no lo quieres, si no aplicas voluntariamente tu espíritu y tu corazón en conseguirlo, como es imposible que te salves, si no estás predestinado. Si estoy predestinado, me salvaré: esto es verdad; pero no es menos verdad que, si estás predestinado, harás penitencia, cambiarás de vida, vivirás como Jesucristo ha vivido; no lo haces y no piensas hacerlo: teme por tu salvación. ¿No es, en efecto, un extraño desorden que muchos hagan lo que es necesario para ser condenados, y tan pocos hagan lo que es necesario que todos los salvados vayan por la vía estrecha que es el camino del paraíso, sólo la penitencia conduce a él, y la vida austera; los inocentes y los pecadores no tienen otro camino que tomar. Hoy incluso los que quieren ser devotos quieren tener todas sus comodidades; nadie quiere esta vida dura e incómoda y, aunque no se hable más que de moral estrecha, no se sigue, ni siquiera los que más hablan de ella.

Para asegurar la salvación es necesario vivir en el estado en el que queríamos morir, en el estado en que es necesario mo-

rir para ser salvado. ¿Y cuántos hallaréis que estén algún día del año en estado de gracia? ¿Qué se puede prometer para el cielo de gentes que viven de tal manera? Cuentan mucho con lo que tienen intención de hacer en la hora de la muerte. Se confiesan mejor, quiero creerlo, pero ¡cuántos ni siquiera se confiesan en absoluto!, aparte de que la perspectiva de la muerte no añade nada a las disposiciones naturales, más que la inquietud, el terror, un temor completamente natural. La prueba, cuando se recuperan de este estado, vuelven a vivir exactamente igual que antes.

Por mucho que se diga que hay tanta gente virtuosa en el mundo, que hay tantos buenos; hay que creerlo; porque a fin de cuentas cada uno debe creer a su prójimo mejor que a sí mismo, sin embargo en verdad el número es más pequeño de lo que se cree: tanto amor propio, tanta hipocresía –pero yo soy quizá uno de éstos: eres tú quien tienes que examinarte y corregirte–. Pero Dios puede rehusarme la gracia de la perseverancia; sí, si no se la pides, es decir que, cuando se la concede a quienes se la piden, les da una gracia que ellos no han merecido; pero no hay que decir que se la rehuse por ello: Pero puede hacerlo, y ¿quién lo duda? El también te puede aniquilar. Un buen padre puede desheredar a su hijo que nunca le ha faltado al respeto; pero es bien seguro que no lo hará jamás.

Hay que temer y temer siempre, pero con ese temor que produce sabiduría, no con el que lleva a la relajación y a la desesperanza. Es difícil mantener el espíritu de los hombres en un temperamento justo, o no temen bastante, o temen desproporcionadamente; llegan hasta el punto de la extravagancia, creyendo que su desgracia viene de Dios, que es la fuente de todos sus bienes, que desea su salvación; todo lo que ha hecho no puede todavía persuadirlos de que no desea nada tanto como salvarlos. Es sin embargo un artículo de fe que Dios quiere salvarnos a todos y que nosotros podemos todos salvarnos si lo queremos. Vemos la puerta del cielo y, si no la vemos, Dios sería poco razonable de pedirnos que entremos en ella; vemos además muy bien lo que entra por esta puerta, y lo que hay que hacer para entrar; ¿a quién se debe que no entremos en ella, a Dios o a nosotros?

CAPITULO III

La misericordia de Dios hacia los pecadores

Es extraño que los hombres y los cristianos tengan el espíritu tan mal dirigido que el conocimiento de la misericordia de Dios les lleve a ofenderlo, hasta el punto que algunos consideran que es un asunto del que no se debe escribir ni hablar, por miedo a mantener a los pecadores en la impenitencia. Sin embargo es el más glorioso de sus atributos. *Miserationes ejus super omnia opera ejus.*

La misericordia y la dulzura de la conducta de Dios se muestran maravillosamente en la manera como suaviza al hermano mayor del hijo pródigo; deja la compañía, sale de la habitación, escucha sus reproches, y, en lugar, de tratarlo con dureza, quiere darle la razón de su conducta, y lo halaga: *Tu semper mecum es, et omnia mea tua sunt.* Así es como se comportó con Jonás, que se quejaba de que Dios perdonaba a Nínive, y lo convenció por sus propios sentimientos; pero que los pecadores no tomen de ahí una falsa confianza para perseverar en sus crímenes; porque desde el momento que abusan de su misericordia, la ofenden, la irritan contra ellos, desde ese momento se convierte en su acusadora: la misericordia no salva a aquellos para quien es un motivo de condenación. ¿De qué sirve la misericordia de Dios? Para inspirar al pecador el deseo de volver; porque éste es un efecto de la misericordia de Dios; pero es una gran marca que no hay ya misericordia para un hombre, cuando se sirve de ella como razón para no convertirse.

Spes non confundit: ¿pero cuál es la esperanza en un pecador? Es la confianza de un hombre que se arrepiente y que espera que Dios tendrá consideración de su arrepentimiento, la confianza de un hombre que hace penitencia, porque espera; pero la esperanza de un hombre que peca, porque espera, no vale más que la desesperanza; es una falsa esperanza, es una esperanza que confunde. Yo espero porque Dios me ha prometido, y tú debes esperar por la misma razón, porque te ha asegurado que responderá: *Nescio vos.*

Existimasti inique quod ero tui similis; arguam te. ¿Por qué te tomas la libertad de hablar de mis mandamientos y de promesas que no he hecho más que a mis siervos? Alabas mi misericordia y te apoyas sobre la alianza que he hecho con los hombres haciéndome hombre como ellos; tienes esperanza en la sangre por lo que esta alianza ha sido confirmada, y en la palabra que he dado de recibir en mi gracia a todos los que recurran a mi clemencia, y sin embargo perseveras en tus crímenes... *Existimasti quod ero tui similis.* ¿Crees pues que yo soy semejante a ti, y que autorizo el crimen por la impunidad que le prometo? ¿No sería esto invitar a los hombres a pecar y mantenerlos en el desorden? ¿Qué sabiduría sería la de Dios si, mientras amenaza con una eternidad de castigos a los que lo ofendan, les prometiese por otra parte la impunidad y el olvido de todos los crímenes que pudieran cometer?

La misericordia de Dios debe impedirnos caer en la desesperación, pero os tengo como desesperados, si os sirve de ocasión para caer en la impenitencia. Si no os equivocáis, Dios habría arreglado muy mal las cosas y habría dado ocasión a los hombres que sufren de vuestros desórdenes, de blasfemar su santo nombre de condenar su providencia. No veo gentes más desesperadas que quienes esperan de esta manera. La misericordia de Dios nos salvará, ¿cómo? Llevándonos a amar a Dios, y a pedirle perdón; pero es del todo seguro que nos condenará si nos lleva a ofenderlo. Por ello la Encarnación, que es la obra maestra de la misericordia, el exceso, si cabe decirlo, de la clemencia, ha perdido a muchos que han entendido mal la gracia que Dios ha concedido a los hombres muriendo por ellos; han creído que podían pecar impunemente, y sin embargo Dios ha muerto para impedirnos caer y, después de haber caído, impedirnos caer en un pecado más grande desesperando de su bondad; pero no ha muerto para comprarnos la libertad de pecar; ha muerto para la salvación de muchos a los que la misericordia invita a la penitencia, pero ha muerto para la perdición de muchos y son aquellos que toman la libertad de hacer todo a la vista de sus méritos.

La clemencia de la que Augusto hizo uso hacia Cinna ahogó en el corazón de todos los Romanos el resto de odio que el

amor a la libertad mantenía contra el príncipe que los había sojuzgado. No se volvió a conjurar contra su vida, y esta facilidad en olvidar las injurias de esta importancia, bien lejos de hacer más valientes a los que habían formado planes sobre su persona, les hizo caer contra él. *Misericordia ejus super omnia opera ejus*. La misericordia de Dios es lo más grande que hay, lo más capaz de conmovernos, de llevarnos a la penitencia; si ella no hace nada, estás sin esperanza.

¡Qué misericordia! lo ofendo y, sin otra reparación que el dolor de haberlo hecho, me perdona; vuelvo a caer, y me perdona de nuevo; lo ofendo todos los días, y no me rechaza, su paciencia no se agota por tan frecuentes caídas. Si todos los días me pierdo y vuelvo todos los días de buena fe, me recibe con alegría, me perdona con placer, olvida mi maldad, me devuelve todos mis bienes espirituales, con un acrecentamiento de gracias y de méritos; no tiene menos prisa de devolverme al primer estado después de cien infidelidades que la tuvo después de la primera caída; tantas pruebas de mi ligereza no le impiden perdonarme con mi palabra, aunque mil veces le haya traicionado con mi inconstancia, aunque prevea que desde mañana, o quizá hoy mismo, olvidaré sus bondades y mis resoluciones. ¡Oh misericordia verdaderamente infinita! ¡Ay de aquellos que desconfían de Vos, sea cual sea el estado en que se hallan reducidos por su maldad! ¡Ay de aquellos que conociendo cuán excesiva sois, en primer lugar no recurrirán a Vos, dejarán para más adelante el arrojar a vuestros brazos y preferirán ser objetos de la venganza y la cólera divina antes que recibir el perdón de sus ofensas! ¡Pero desgracia, y doble desgracia, y todo tipo de desgracias a quienes el conocimiento de vuestra misericordia lleve a ofenderos, Dios mío, y que se decidan a ofenderos, porque sois bueno!

Santa Teresa no tuvo otro tema de meditación en toda su vida que las misericordias de Dios. Por eso se ven muchas de sus imágenes con esta frase: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*.

¡Qué bondad! Jesucristo no se contenta con dar a los hombres el poder de juzgar y de absolver a los hombres, sino que permite que Pedro reniegue de él, a fin de que sea más indul-

gente. Dios se conmueve por nuestros desórdenes en lugar de irritarse, corre detrás del pecador en lugar de apartarse de él, y lo trata con miramiento por miedo a producirle confusión. Cuando lo ha traído de vuelta, hace que su pecado le sea útil en lugar de castigarlo. Se diría que pierde en nuestra extravió, y que gana en nuestra vuelta. Les hace más bien que antes, y de ahí viene que, según la observación de san Gregorio, los penitentes son de ordinario más fervorosos que los que no han pecado.

CAPITULO IV

La muerte

Es un error cuando se dice que la muerte es siempre parecida a la vida; es, por el contrario, siempre diferente de la vida: es cruel, cuando sigue a una vida deliciosa; es dulce, cuando pone fin a una vida amarga y alejada de las dulzuras que se pueden gustar en esta tierra, porque no puede estar de acuerdo con nuestros placeres que ella trastorna y hace muy imperfectos.

El pensamiento de la muerte cambia la fortuna del hombre que despoja por el desprecio de las riquezas al que ella le conduce; cambia la persona del hombre a la que desfigura, por así decirlo, por amor a la penitencia que ella le inspira; lo cambia en los sentimientos, que ella corrige por el verdadero conocimiento que le da de todas las cosas. La muerte cambia todas las cosas y nada cambia después de la muerte. Las cosas que parecen más inmutables, la fortuna mejor establecida, el cuerpo más sano y la belleza más joven, los espíritus más obstinados en sus sentimientos, todo esto cambia con la muerte. Las cosas más cambiantes, como nuestra voluntad, que puede a cada momento tomar nuevas resoluciones y pasar del pecado a la gracia; la de Dios, que se deja doblegar por un suspiro y por una lágrima, los bienes y los males que naturalmente son cambiantes y se suceden los unos a los otros, todo eso no cambia ya después de la muerte.

El pensamiento de la muerte es muy necesario porque lleva a hacer lo que se querrá indudablemente haber hecho en el momento de la muerte, lo que habrá que hacer necesariamente en el momento de la muerte, lo que no se podrá quizá hacer en el momento de la muerte, o al menos no se podrá hacer bien, lo que no se hace en el momento de la muerte más que con esfuerzo, lo que no se hace entonces más que a la fuerza.

Nada produce tanta pena en el momento de la muerte como el mal uso de la vida; por eso se ve a tanta gente desear en ese momento haber sido pobres, haber sido religiosos; porque creen que en ese estado habrían trabajado por el cielo; achacan a su estado lo que no deben imputar más que a su negligencia. Es en efecto, una pena insoportable ver que se ha perdido un tiempo que no volverá más. Para adelantarnos a esta pena, piensa a menudo en la muerte, pasa cada día como querriás haberlo pasado en el momento de la muerte. Buena excusa la de los que no quieren pensar en la muerte, porque este pensamiento es demasiado triste; es justamente como si uno no quisiera pensar en defenderse de la pobreza, de la enfermedad, de las confusiones que nos amenazan, porque estos males son los mayores males de la vida.

Todos los hombres están tan persuadidos de la incertidumbre de la muerte que no querrián arriesgar una parte de sus bienes a la esperanza de una larga vida, hasta tal punto creen esta esperanza mal fundada. Un hombre a quien se le presenta una gabela importante que no podrá hacer pasar a sus hijos, por joven que sea, le presta poca atención: ¿por qué? Porque, dice, puede morir al día siguiente y su dinero se perdería. Si se muere en el año, sin haber dado una cierta suma al príncipe, se perderá la gabela; desde el comienzo del año se lleva el impuesto, pero ¿por qué todos los años? Es porque puedo morir todos los años. Pero ¿por qué desde el principio, y no en tres meses? Es porque no estoy seguro de vivir tanto tiempo. Pero tú te encuentras bien. Es cierto, pero ¡cuántos accidentes imprevistos todos los días! Si el rey quita por tres meses el poder de legar su gabela, todos los oficiales están en un temor perpetuo. Estos son los sentimientos que te condenan, pecador, y por los que se te hará el proceso. ¿Qué tienes que responder?

Al mismo tiempo que el pensamiento de la muerte te impide arriesgar una parte de tu bien, no puede impedirte arriesgar tu salvación eterna. Si pago hoy y llego a morir, mi oficio está perdido; y si no te confiesas hoy y llegas a morir, ¿qué será de tu alma y de tu salvación eterna?

Es importante morir bien, porque se trata de todo y para siempre; se trata de todos tus méritos pasados, se trata de tu alma y de tu cuerpo; porque tu muerte será la regla de tu juicio particular y universal; se trata de procurar toda suerte de bienes a tu alma y a tu cuerpo y de evitarles el infierno. Si mueres mal, aunque hubieras vivido bien, todo está perdido y para siempre.

Cuando hay que combatir con un enemigo muy adiestrado, experimentado, acostumbrado a vencer, uno no se fía de sus fuerzas, uno teme. Si fuere tan fácil morir bien, todos los santos se hubieran equivocado, ya que, por así decirlo, se martirizaron toda su vida para prepararse a una buena muerte.

Es imposible corregir una mala muerte, cuando esa desgracia ha llegado, porque uno no muere dos veces. Así el Faraón, cuando perseguía a los Israelitas, entró sin ningún obstáculo en el mar, por donde el pueblo de Dios se había zafado de su furor. Había avanzado por este camino, cuando la nube que cubría a Israel se abre de golpe, y con un ruido espantoso lanza mil rayos, mil centellas contra este rey impío, que reconoce demasiado tarde que había caído entre las manos de Dios; quiere volver el rostro y volver sobre sus pies, pero el mar le ha cerrado el paso, ya no hay medio de corregir su paso en falso, y allí perece.

Es poca cosa que los cristianos no se conmuevan por los discursos que se hacen tan a menudo sobre la muerte; es aún más sorprendente que no se conmuevan ante la vista de la propia muerte; ven todos los días una imagen de lo que deberán ser en pocos días sobre el rostro de sus hermanos agonizantes; se acuestan en la sábana donde deberán ser amortajados; duermen en la cama en donde deberán expirar, van todos los días a la iglesia a donde deberán llevarlos algún día, caminan sobre la tierra en la que deberán pudrirse y ser reducidos a polvo; oyen tocar la misma campana que deberá avisar de su

muerte; y sin embargo, ¡oh dureza! ¡oh insensibilidad de los hombres! ¡no dejan de reír, de divertirse! Es poca cosa pecar, ofender a ese mismo Dios, que mantiene sus vidas en sus manos. ¡Dios mío, qué sabio sois de haber sometido al hombre a esta dura e inviolable ley, de haberlo condenado a la muerte y a todas las circunstancias que acompañan esta espantosa separación! ¿Qué haríamos si no estuviéramos retenidos por este dique impenetrable donde deben romperse todos nuestros proyectos?

Cuando uno se entrega a Dios, la perspectiva de cincuenta o sesenta años de mortificación asusta, pero a la muerte esta misma visión colma de alegría; por el contrario, ¡qué alegría cuando se entra en el mundo tomando posesión de una gran hacienda por un matrimonio ventajoso; uno cree que pasará toda la vida en medio del honor y de los placeres! Pero a la hora de la muerte, ¿qué lugar hay que esperar en el paraíso que no está prometido más que a los pobres de espíritu y a quienes han vivido en medio de los desprecios y de los sufrimientos?

¿A qué se debe que teniendo sin cesar la muerte ante nuestros ojos pensemos en ella tan poco? Es porque alejamos de nosotros este pensamiento lo más que podemos. Sin embargo hacia ella vamos, cada paso nos conduce hasta ella; cuando vas al baile, cada uno de los pasos te aproximan a ella; puedes jugar, bailar, correr, en cualquier caso a la muerte te diriges. ¿Se ha visto alguna vez a alguien en camino sin pensar a dónde va?

El pecado ha introducido la muerte, es decir es un castigo; y como en los crímenes de lesa majestad no basta con confiscar los bienes, y degradar a las personas, sino que hay que destruir las casas, del mismo modo el cuerpo que es nuestra casa en la tierra debe ser destruido. Moisés no se contentó con hacer fundir el becerro de oro y quitarle la forma bajo la cual había sido adorado; lo hizo reducir a polvo y no creyó haber expiado suficientemente el crimen de su pueblo hasta que no deshizo este ídolo hasta sus primeros principios. Es la pena que Dios ha establecido para el pecado. No es suficiente que tu cuerpo esté privado de esta belleza de la que has sido idóla-

tra, que la edad te robe esos frágiles encantos que han atraído a tantos adoradores, que la vejez consuma esta salud de la que has abusado; es necesario que la muerte reduzca este cuerpo a los primeros elementos de los que está compuesto, al barro y al polvo.

Se criticaría a un hombre que, viendo a su amigo en el final, quisiera hablarle de un asunto de importancia. ¡Eh! señor, dirían los asistentes, no se encuentra en condiciones de oír hablar de eso; y si insistierais, pasarías por un indiscreto. Sin embargo se deja para ese momento el más importante de todos los asuntos, se espera hasta ese último momento para oír a un confesor hablarnos de la salvación.

A la muerte, el impío desea todo lo que le es absolutamente imposible, como el haber vivido de otra manera distinta de como ha vivido, aplazar el tiempo de su muerte; desea morir para librarse de los dolores que sufre, querría no morir para evitar los que le esperan. Imagináos un hombre cuya casa está ardiendo y que por fuera está asediado por sus enemigos.

En este momento culmen el impío ama todo lo que ha odiado, odia todo lo que ha amado, pero sobre todo odia sus amores y sus odios; tiene tanta pena que encuentra amable todo lo que ha odiado, fácil todo lo que le ha parecido imposible, y no puede concebir que tan pequeños obstáculos lo hayan detenido, impurezas lo cubren de confusión, cuando piensa que hay que ir a desplegar ante Dios toda su vergüenza; sus violencias y sus crueldades lo desgarran; sus venganzas lo llenan de amargura, sus injusticias lo condenan; sus impiedades, sus blasfemias, los desprecios que ha hecho de Dios lo agotan, lo aniquilan, lo sumergen en una horrible consternación.

La muerte del impío es terrible por la visión de los placeres pasados y de los tormentos venideros; es atormentado por todo lo que ha gozado de los placeres; ve que su paraíso ha terminado; está desesperado de que haya sido tan corto, que se haya sentido tan poco. Está agobiado por todo lo que ve de los tormentos que va a sufrir; le desagrada morir, porque su alma atada a las riquezas y a la tierra es como un viejo árbol que se mantiene por mil raíces que hay que cortar; estas ataduras no

podrían seguirle, hay que separarlas y que queden en la tierra; es semejante al cordero de Abraham cercado de espinas que lo rodean, que le pican, que lo cubren de sangre, que lo desgarran hasta que se quiere tirar de él para sacrificarlo y quemarlo a continuación.

Todo lo más terrible que un impío ha oído siempre hablar sobre el juicio, sobre la cólera de Dios, sobre el infierno, sobre la eternidad, todo eso vuelve a la hora de la muerte a su espíritu y lo golpea de un modo terrible, aunque antes se hubiera burlado de ello; es sorprendente cómo este hombre que dudaba, que vacilaba, está persuadido de las verdades que jamás quiso creer bien. En efecto, ¿qué debe pensarse de un hombre que está seguro de su desgracia eterna? Ningún remedio mejor contra la amargura de la muerte que la meditación de esta misma amargura; uno no toma apego de buen grado cuando se reflexiona en el castigo que se siente en la muerte de abandonar las cosas a las que uno está apegado.

La muerte del justo es agradable por la visión de los males pasados y los bienes por venir; hay que comprarse esta muerte al precio que sea, hay que entregarlo todo para obtener esta preciosa muerte. Todos los escrúpulos, todos los temores se cambian en ese momento en dulzura, en paz, en una cierta seguridad de que Dios opera.

Aunque la muerte sea la pena del pecado, no deja de rodear a los buenos, pero no les es una pena, o al menos está tan suavizada que la desean, que en ella gozan de una gran alegría. Jesucristo, por la redención, ha quitado la muerte del alma, y para la muerte del cuerpo, que era la segunda pena del pecado, le ha quitado lo que tenía de penoso.

Nuestro cuerpo, desde que el pecado habita en él, debe sernos como una casa mal construida y cuyos cimientos están ruinosos: no hay que molestarse en hacer la menor reparación en ella, se deja derruir poco a poco, hasta que estando enteramente destruida sea reconstruida desde los cimientos y se corrijan en ella todos los defectos.

El hombre de bien, según san Juan Climaco, es aquél que nada teme la muerte, y el santo es el que la desea. Una persona de gran santidad, al final de su vida, decía que nada podía

contentarlo más que esta única palabra: la muerte. Sin embargo, estoy, decía, dispuesto a vivir tanto como Dios quiera; porque no estando ya en las persecuciones de la Iglesia, es necesario ahora sacrificarse a la vida, como los mártires se sacrificaban a la muerte.

CAPITULO V

El infierno

La eternidad es como un globo, que siendo aplicado sobre el estómago de un desgraciado le hace sentir todo su peso, aunque no lo toque más que por un punto; está agobiado bajo el punto de la eternidad, sufre toda la eternidad. La eternidad bienaventurada: *est interminabilis vitae tota et perfecta possessio*. La eternidad desgraciada es, en consecuencia, un estado en el que todas las diferencias del tiempo concurren y se reúnen como en un punto para hacer a un espíritu desgraciado.

¡Qué dolor para un alma condenada cuando de este abismo de la eternidad, después de haber ardido cien mil millones de años, eche los ojos sobre esta pequeña porción de tiempo que a duras penas hallará al final de este número infinito de siglos que habrán pasado desde su muerte! La vida no parece más que un momento, aunque vista desde muy cerca; nos parece a nosotros que todavía gozamos de ella, que todo lo que ha pasado no es más que un momento. Cuando uno está en el momento de la muerte, por larga que haya sido, apenas puede uno persuadirse de que ha habido algún intervalo entre el día de nuestro nacimiento y éste al que finalmente hemos llegado; buscamos esta vida que ha pasado como un sueño y de la que apenas queda algún recuerdo en nuestra memoria. ¿Qué será cuando hayan pasado millares de años desde nuestra muerte; cuando vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos hayan sido ya enterrados; cuando vuestra estirpe se haya perdido; cuando el tiempo haya arruinado las casas que hayáis elevado, destruido las ciudades que os dieron nacimiento, deshecho los Estados donde hayáis vivido; cuando el fin de los siglos haya sepul-

tado todo el universo en sus propias cenizas; cuando las puertas del cielo, así como las del infierno, hayan sido cerradas, para no volver jamás a ser abiertas, y cuando desde ese tiempo hayan pasado ya cien mil años, cien mil millones de años? ¿Qué pensáis de esto? ¿Qué os parecerá esta vida? ¿Consideraréis entonces que vale la pena perder la eternidad para gozar de los placeres y los honores que la acompañan?

¿Qué? ¡Para gozar durante este momento de la vida de algunos efímeros placeres! ¿Qué? ¡Para pasar en no se sabe qué honor este átomo de tiempo, del que apenas me queda la idea, que busco casi inútilmente en medio de esta duración espantosa, que lo ha precedido o seguido, me he sumergido en estas tinieblas, en estas llamas eternas! ¿En qué se han convertido estos fantasmas de gloria, de grandeza, de reputación, de inmortalidad que entonces me daban tan grandes preocupaciones, que me absorbían, que me hacían olvidar la eternidad? ¿En qué se han convertido estas personas a las que he amado, esas otras de las que he formado falsos juicios, los discursos y el poder? ¡oh Dios, qué ceguera, qué locura! ¡Oh Dios! ¡Si hubiera querido aprovechar bien ese momento, si hubiera hecho lo que podía hacer, y lo que actualmente me es imposible y lo que me será eternamente imposible, en ese momento que es el único del que pude disponer y que no volverá jamás; en ese momento que pasé jugando, bailando, riendo, durmiendo, no haciendo nada; en ese momento he tenido toda mi fortuna en las manos, he sido el amo, el árbitro de mi felicidad, he tenido la llave del paraíso en mi poder, he tenido durante treinta o cuarenta años la libertad de escoger en el paraíso, en la eternidad bienaventurada el lugar más rico, el más elevado; me han ofrecido colocarme entre los apóstoles, o entre las vírgenes, y he rechazado hacerlo, y ni siquiera me he dignado a pensar en las ofertas que se me hacían! ¡Dios mío! ¿Era yo cristiano, era razonable, era hombre? ¿Quién me había trastornado el espíritu, quién me había embrujado de esa manera? ¡Oh! ¡Momento, momento precioso! ¿no volverás más, y es preciso que te haya perdido para siempre?

Está ya perdido para muchos millones de cristianos; ¡Ay! incluso una parte está perdida para vosotros; tened cuidado de

no perder el resto. Si no pensáis pronto en ello y como es preciso, lo perderéis por completo.

Nos hablan de los fuegos y de las llamas del infierno: son horribles, son espantosas; pero, a mi parecer, son poca cosa en comparación con esa pena, con esa visión del tiempo pasado y del mal uso que se hizo de él. Nuestro espíritu se dedicará toda la eternidad a representarnos vivamente la vanidad de los objetos que nos han apartado de Dios, lo fácil que era salvarse. Era tan fácil confesar ese pecado, tuve tantos años de salud después de mi caída, y ¿por qué esperaba yo a la hora de la muerte, y por qué al día de mañana? ¿Dónde estaba mi espíritu, yo que me hacía el importante, y que pasaba por hombre juicioso y de tan buen consejo para los otros? No había más que hacer lo que éste y aquél bien hicieron. Esto me parece algo tan horrible que, si todos los otros suplicios del infierno pudieran ser separados de éste y Dios dejara a mi elección o bien ser sumergido en ese espantoso abismo de males o solamente ser afligido con esa pena, no dudaría un solo momento en elegir el conjunto de todos esos tormentos para librarme de éste otro; pero jamás el uno será separado del otro: eternamente sufriréis, os doleréis del tiempo, de los medios fáciles de salvaros que tuvisteis, que despreciasteis.

¡Oh Dios mío, mi buen Mestro, mi amabilísimo Redentor, no me condenéis, os lo ruego, por vuestra sangre preciosa, por este amor tan tierno y tan ardiente que me habéis siempre testimoniado! Pero hagamos nosotros mismos lo que es necesario para salvarnos; salvémonos, aunque todo el resto debiera parecer.

Se volvería uno loco si pensara en esto. Se volvería uno loco de esta locura, que no lo es más que a los ojos del mundo insensato, y que ante Dios es la elevada y soberana sabiduría. ¿Sabéis lo que me haría volverme loco, si me dedicara a querer comprenderlo? Sería intentar poner de acuerdo la vida de un pecador y la creencia en el infierno; cómo puede ser que creáis que hay un infierno, una eternidad de penas, y que viváis en el peligro continuo de caer en el; que sepáis que hay penas tan horribles, que incluso confeséis, que considerándolas con un poco de atención se volvería uno loco, y que sin embargo no

os hagáis bueno. Os volveríais loco, decís, si pensarais en esa eternidad. Imagináis pues que es algo espantoso; pero, decidme, ¿el no pensar en ello hace que la cosa no sea, o que no debe ser para vosotros? Si pensar en ello produce un efecto tan grande, ¿qué será el sufrirlo? Es una cosa tan horrible, decís, que no podéis pensar en ello; ¡y no teméis caer en ello! Esto es lo que yo no entiendo y no entenderé nunca. No tenéis la valentía de pensar en la muerte: no me extraña; tenéis horror a pensar en la eternidad, y os precipitáis a ella. Dios mío, tened piedad de nosotros, compadecéos de nuestra ceguera, que no sabemos lo que hacemos, somos pobres insensatos.

Imaginaos el dolor y la confusión de un hombre sorprendido en el crimen, que la justicia humana hace encerrar en un calabozo en medio de una banda de malhechores, esperando que su proceso sea juzgado. Comparo este dolor con el de un cristiano que se encuentre en el infierno, en compañía de todos los criminales que haya habido en la tierra. En la prisión se conserva alguna esperanza de escapar, o bien huyendo, o bien por las intrigas y el crédito de sus amigos, o bien por las solicitudes y el dinero de sus padres. Se recibe algún consuelo con las visitas de los allegados y con los cuidados que toman de velar por vuestras necesidades; pero, en el infierno, ¿quién podrá o incluso querrá, aunque pudiera, consolaros y arriesgarse a desagradar a Dios por la compasión que se tendría de vuestras miserias?

San Bernardo, hablando del estado de los condenados, dice: Es sabido que el alma es inmortal y que no vivirá un solo momento sin su memoria, por miedo a que no cese un momento de ser lo que es: de manera que, mientras el alma subsista, la memoria también subsiste; pero, oh Dios, ¡en qué estado! toda infectada de pecados horribles por sus crímenes, inflada de vanidad, odiosa por el desprecio y la negligencia.

Las cosas que han precedido han pasado y no han pasado; lo que se ha hecho no puede dejar de haberse hecho. Así aunque el hacer haya sido en el tiempo, haber sido hecho permanecerá eternamente; lo que ha pasado los tiempos no pasa con el tiempo, y, por consiguiente, es de inevitable necesidad que

seáis eternamente atormentado, por lo que eternamente os acordáis de haber hecho mal.

Si es cierto que se sufre efectivamente todos los males que se teme sufrir, ¿qué debe decirse de los que uno está seguro de sufrir, como los condenados lo están de sufrir eternamente? Placeres, vanos placeres, ¿quién me habría dicho, cuando os buscaba con tanto ardor, cuando os gozaba con tanto transporte, que vuestro recuerdo me sería un día tan amargo?

Es extraño que Dios haya estado obligado a hacer un infierno para impedir a los hombres ofenderlo, después de la gratitud que le debemos: era necesario que nos creyera bien débiles o bien ingratos; pero es extraño que esto mismo no lo ponga a cubierto de nuestras transgresiones. Dios ha hecho el infierno por el celo de nuestra salvación; pero, ¿de dónde viene, Dios mío, que no nos hayáis dado más conocimiento o más temor? ¿Por qué habéis preparado tan horribles penas para el pecador, o por qué se las habéis ocultado? Se habría sumergido en toda suerte de crímenes, si Vos no hubierais detenido su licencia con este dique, es cierto; pero habría evitado hasta las más pequeñas faltas si hubiera visto los tormentos con los que las castigais. Pero no tenemos razón de quejarnos. El no ha cesado de instruirnos, pero nosotros no repasamos sus instrucciones, no nos dignamos a traerlas al recuerdo, no hacemos ningún esfuerzo por comprenderlas.

El fuego que rodeará el cuerpo por todas partes, en el que los condenados estarán sumergidos, los abrasará sin consumirlos, de manera que la piel de cada uno le servirá como de brasa en la que hervirá la carne, la grasa, la sangre, la médula de los huesos, dando Dios, añadiendo al poder dolorífico, por así decirlo, lo que quite al poder de consumirse, dándole el poder de introducirse, de invadir, de entrar, de penetrar. Esto os hace temblar; yo también tiemblo de lo que pienso y no sabría explicarlo; tiemblo cuando reflexiono que todo lo que imagino no es nada en comparación con lo que es. Aunque os hubiera representado verdaderamente lo que el cuerpo sufre, ¿qué es todo esto en comparación con lo que este fuego hace sufrir al alma?

Nuestro fuego tiene mil usos: está hecho para calentar,

para iluminar, para quemar, para cocer, para alegrar, para purificar; el del infierno no está hecho más que para atormentar; es un fuego particular. Es llamado por los Padres fuego inefable, fuego maravilloso, fuego del que no puede decirse nada; no se apaga, no se debilita, no se ilumina: son las tinieblas palpables, líquidas y ardientes.

CAPITULO VI

El abandono de Dios

Una señal de que uno se encuentra en este estado es cuando uno no se avergüenza ya del vicio. Otra cuando se llega hasta el punto de incluso censurar la virtud y avergonzar a los que la practican. En este mismo punto hay que recordar a los que ven sin temblar el cambio que se ha operado en ellos, que se burlan de ellos mismos cuando se acuerdan de su devoción y de su santidad pasada.

La vergüenza y el temor de Dios son dos cosas bien diferentes, pero sin embargo están casi siempre en el alma en igual grado. La vergüenza es la más fuerte de las pasiones. ¿De dónde viene que, cuando alguna otra pasión ha vencido todo, no quede más recurso contra ella en el alma?

Quienes presumen mucho de sus luces son quienes caen en la ceguera, los que pretenden juzgar sobre todo con las solas luces de su espíritu. Da una gran pena ver con qué temeridad estos bellos espíritus deciden todas las cosas y presentan sus sentimientos como oráculos, sin razón, contra toda suerte de razones, con una audacia que sorprende a los ignorantes, pero que produce compasión a quienes saben algo.

Todo vale para cegar a los ciegos, los milagros, los buenos ejemplos, como todo sirve a los predestinados, hasta los pecados de los otros, e incluso sus propios pecados.

Estas personas creen que no hay nadie en el mundo que sea más sabio que ellos mismos; creen ser más sabios que todo el mundo junto. De donde viene que, sin razonar, presenten cien cosas extravagantes, de las que jamás sabrían dar pruebas. Se

quejan de que hay que creer sin razonar; en ellas mismas hay que quejarse sobre este punto.

Se han cerrado todas las vías de retorno, como la docilidad, la desconfianza, el pudor.

Hay personas endurecidas de tres tipos: los que hacen el mal con un conocimiento perfecto; otras que huyen de tener el conocimiento, a fin de hacer el mal; los que no tienen ningún conocimiento, ningún buen movimiento.

Pilatos y el Faraón, y todos los que persiguen a los hombres de bien por respetos humanos o por alguna otra razón que pueda haber.

Ellos saben, se deciden a ello, pero no quieren llegar a los efectos; se diría que Dios les ha endurecido. *Et factum est sicut locutus est Dominus, et non audierunt, sic clamabunt, et non exaudiam.*

CAPITULO VII

Las riquezas

¿Por qué es difícil salvarse siendo rico? Porque hay que unir el desapego con la posesión, no tener más que desprecio por lo que nos hace considerados. He nacido de un padre rico que me ha dejado bienes; tengo necesidad de ellos para vivir según mi condición; ello conlleva que me vista magníficamente, que mi mesa esté cubierta de viandas exquisitas, que viva en una mansión adornada de ricos muebles. En esto es en lo que os encuentro desgraciado. ¡Qué difícil es que os salvéis, ya que para salvarse la humildad y la cruz son necesarias!

Las riquezas producen de ordinario, o muchos trabajos, o muchos placeres; demasiadas espinas o demasiadas rosas. Las espinas ahogan la semilla de la gracia; el perfume de las rosas aturde y embriaga por su dulzura; se vive al mismo tiempo en las preocupaciones y en los placeres, que son las dos cosas más opuestas a la salvación.

El demonio tienta a los ricos, queriendo servirse de ellos para establecer su imperio, queriendo tomar los caminos

opuestos a Jesucristo. Los sabios y los príncipes han sido los jefes de los cismas y de las herejías; el demonio seduce a los sabios que se alían con los grandes. Tienta a los ricos, porque su ejemplo es más pernicioso, porque está obligado a servirse de los medios humanos, los divinos le faltan.

Las tentaciones que el demonio hace a los pobres no vienen más que de las cosas necesarias para la vida. Ahora bien, estas cosas están bastante limitadas, y es fácil tenerlas por vías lícitas, sin contar con la seguridad infalible de que Dios provee. Pero a los ricos los tienta con el deseo de cosas superfluas, que no tienen límites, y así la tentación es continua. Estas cosas no se pueden esperar de Dios, y así, cuando se desean, se ven obligados a buscarlas por vías humanas o ilícitas. Como no se espera de Dios el objeto de estos deseos, se cesa de rezar, se le olvida, se le desprecia fácilmente. Adquiriendo lo necesario, se calma el deseo que uno tiene de ello; adquiriendo lo superfluo, se aumenta, se inflama la ambición que nos llevaba a buscarlo.

Los pobres, acostumbrados, por necesidad, a privarse incluso de las cosas permitidas, no tienen dificultad en ceder a la gracia de Dios, ya sea que los lleve simplemente a la observancia de los mandamientos de Dios, ya sea que los empuje a la santidad y a la mortificación de consejo; mientras que los que tienen riqueza, no sólo no tienen facilidad para privarse de las cosas permitidas, sino que juzgan incluso imposibles los mandamientos. De ahí viene que es más fácil convertir a un pobre que a un rico.

La avaricia de ese gran deseo de tener bienes. Pero me diréis que ese deseo no os lleva a nada contra la ley de Dios. Yo os respondo que os hace abandonar el servicio de Dios y el cuidado de vuestra alma, que son las únicas cosas que tenéis que hacer; es la causa de que descuideis la educación de vuestros hijos, os induce a mil pasos falsos.

Hay demasiados cristianos que imitan a los de la tribu de Ruben, de Gad y de la mitad de Manasse, que, encantados con los campos que estaban del lado de acá del Jordán, las pidieron a Moisés, como su parte, y renunciaron por ello a la tierra prometida, que estaba del lado de allá del Jordán. Lo que nos

hace preferir la felicidad de esta vida a la morada de la patria celestial, son nuestras riquezas. Uno se ocupa enteramente de los cuidados y los deseos de la tierra. Los hombres ricos encuentran en ello su descanso y su felicidad; no se toman la molestia de buscar otros bienes, satisfechos con lo que encuentran en la tierra para alimentar al hombre animal y carnal.

Los más prudentes entre los ricos no se atienen a lo que ven hacer a la mayoría, se salvan por el buen uso que hacen de sus bienes. Se puede decir con verdad: Almas santas, esperad en la misericordia de vuestro Dios, que ve cómo hacéis uso cristianamente de la más peligrosa trampa que el demonio tiene para perder a los cristianos. Vosotros sois libres entre los muertos; vosotros poseéis los bienes terrenales sin tener nada de la tierra; vosotros no habitais en los sepulcros de los muertos, sino que tocáis a los muertos, sin mancharos, porque sois ya como muertos en el mundo y vivos en el cielo, y vuestra vida está oculta en Jesucristo.

San Gregorio de Nazianzo, contra Julián, se había atrevido a exponer esto y a mantenerlo ante todos los gentiles: En cuanto al dinero y a las riquezas, dice, ¿quién de entre nosotros lo posee en abundancia? Y si ha habido algunos, no las han poseído más que para dar testimonio del desprecio que sentían por él, abandonándolas y repartiéndolas a los pobres, estimando que su mayor riqueza era la pobreza.

LA PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

INTRODUCCION

Es cierto que al nacimiento de Jesucristo todo el universo gozaba de una profunda paz bajo el reinado del gran Augusto; pero puede decirse que esta paz era parecida a la calma y el silencio de la noche, suficientemente cómoda para quienes no buscan más que el descanso o la libertad de hacer todo impunemente, pero triste y horrible para quienes gustan de ocuparse útilmente, o están obligados a avanzar para llegar al término de su carrera.

La idolatría estaba entonces tan extendida que a excepción del pueblo judío todo el universo estaba sumergido en ella; se había multiplicado hasta el punto de que el número de dioses casi igualaba al de los hombres. Es cierto que algunos espíritus más iluminados conocían su falsedad y superstición, pero estaba establecida que quienes tenían aún esas luces puras no se atrevían ni a comunicarlas ni a seguirlas. ¿Qué decir de la corrupción de las costumbres, siempre general y sin límites por todas partes donde la verdad no existe? No nos atreveríamos a referir lo que san Pablo ha tocado en la primera epístola de los Romanos, y lo que san Jerónimo dice sobre ello más extensamente en sus comentarios sobre Isaías. Basta decir que el vicio no sólo reinaba, sino que incluso se hacía adorar, que era como la divinidad común que reunía a todas las sectas y que cada pueblo había añadido a sus dioses particulares.

En medio de esas espesas tinieblas, los pecadores vivían sin duda en la paz, nada los despertaba del más profundo adorme-

cimiento en el que estaban, y sus desórdenes eran más autorizados por la depravación general y por el ejemplo mismo de los dioses. Pero para las almas puras, para aquéllos que habrían tenido más conocimiento de la virtud y que habrían deseado practicarla, ¡qué pena, qué dolor, no hallar ningún rastro de ella sobre la tierra, no tener ni luz para descubrir las rutas que a ella conducen, ni maestro para enseñárselas! Dios sea por siempre glorificado, sea alabado y bendecido eternamente. Un gran día comienza a brillar; gracias a esta nueva claridad vamos a salir del estado deplorable de nuestra ignorancia; el hijo de Dios viene al mundo para iluminarnos y para enseñarnos los caminos de la santidad a quienes están movidos por el deseo de su propia santificación: *Pax hominibus bonae voluntatis*. Es lo que los ángeles manifestaron por medio de sus cantos, en el nacimiento de este príncipe pacífico. Que todos aquéllos a quienes Dios ha dado una buena voluntad dejen de inquietarse y de temer; Jesucristo va a abrirles el camino del cielo y a hacerse él mismo su guía. Permitid que os explique esta verdad; es muy consoladora para quienes desean vivir según las leyes del cristianismo, y no dudo que todos hayamos concebido este piadoso deseo. Pidamos a Dios las luces que nos son necesarias para sacar algún fruto de esta conversación; él no puede rehusarnos nada después de habernos dado a su hijo único, sobre todo si recurrimos a la intercesión de María por quien nos lo ha dado.

Un hombre de buena voluntad, en el sentido más natural y más literal, es aquél cuya voluntad está inclinada al bien y que desea seguir la llamada de la virtud. Pero hay muchos tipos de deseos, y no hay duda que no se trata aquí de los deseos más eficaces. No podría representaros mejor lo que yo mismo he observado respecto a estos verdaderos deseos que poniéndoos ante los ojos a estas personas alteradas que recorren montañas y valles para apagar la sed que los abrasa; que se lanzan con avidez sobre el primer arroyo que encuentran, sin considerar si está claro o enturbiado, como en otro tiempo los infortunados griegos que se sentían presos al mismo tiempo de la sed y de los enemigos, olvidaban el peligro en el que estaban de perder la vida y se disputaban al primero que hicie-

ra salir un agua cuyo fango estaba mezclado con su propia sangre.

He aquí la imagen más inocente que os puedo dar de la buena voluntad: es la disposición de un hombre que tiene hambre y sed de justicia, como dice Jesucristo, pero que está hambriento, que está alterado hasta un punto que no está ni cansado, que no ahorra peligros que afrontar para satisfacerse; que abraza con ardor todos los medios que se le ofrecen para satisfacerse, sin examinar si son fáciles o penosos, si son dulces o amargos a la naturaleza. ¡Oh! inestimable don, exclama san Bernardo, esta voluntad santa y fervorosa! ¡Los que la hayan recibido se verán pronto colmados de bienes y de gracias sobrenaturales! ¡que dejarán bien detrás a esas otras almas frías y tímidas que no tienen más que deseos lánguidos para la ganancia más preciada y que más merece ser deseada! *Grande donum, bona voluntas quia in animo omnium est origo bonorum, et omnium mater virtutum.* Pero esta buena voluntad que es actualmente la fuente de tantas riquezas espirituales, ¿qué podría producir antes del nacimiento de Jesucristo, sino inquietudes y preocupaciones inútiles? Si los maestros de la vida espiritual han observado que un alma fervorosa, hoy incluso, si no es conducida sabiamente, se fatiga en vano y da muchos pasos sin hacer progreso, ¿qué podía uno esperar del máximo fervor antes de la encarnación del Verbo y la publicación del Evangelio? La ley antigua, es cierto, produjo hombres virtuosos; pero, a fin de cuentas, estaban sometidos a los errores y a las debilidades de los otros hombres, y uno habría podido equivocarse imitándolos. Por otra parte, no eran ejemplos de todos los tipos de virtudes, ni virtudes para todo tipo de personas; no era suficiente para satisfacer plenamente a aquéllos a los que encendía el deseo de servir a Dios. Pero, después que Jesucristo ha nacido, tenéis un guía, almas cristianas, y, bajo su dirección, no podéis perderos ya; un guía que dirigirá hacia los verdaderos objetos, que dará reglas, que dará satisfacción a vuestros piadosos deseos. Este guía, en primer lugar, conoce todos los caminos por los que se puede ir a Dios; en segundo lugar los enseña con claridad; en tercer lugar os los allanará por medio de sus ejemplos; en cuarto lugar, por

último, os introducirá, os hará marchar por él con su gracia.

CAPITULO PRIMERO

Es cierto que, cuando el alma de Jesucristo fue creada, Dios implantó en ella todos los dones naturales y sobrenaturales que podían hacerla digna del Verbo al que debía estar unida personalmente, la colmó de todas las gracias infusas que tienen alguna relación con las perfecciones divinas, y tuvo cuidado de que estas gracias fueran de una excelencia de algún modo infinita. Pero como la sabiduría es el carácter especial de la segunda persona, tuvo un cuidado muy particular de adornar este alma con una sabiduría superior y en la que la sabiduría de los más grandes reyes y del más sabio de todos los hombres no había sido más que una figura imperfecta. Por esta razón, aunque el Salvador del mundo no hubiera estado unido a la divinidad, hubiera merecido ser el consejo y el amo de las naciones; y produciría en el resto de los hombres el efecto de su prudencia en conducirse por sus máximas.

Además, entre las luces que le daba esta admirable sabiduría, la más clara, la más distinta, en una palabra, la más perfecta era sin duda el conocimiento de los caminos de la salvación y de la perfección. La razón es que estaba destinado a servirnos de guía en estos caminos y Dios está obligado a proporcionar los talentos de sus ministros a los deseos que tiene sobre ellos. Moisés, a quien había sido confiada la dirección del pueblo de Israel, había conocido por un favor especial los senderos por los que el Señor ha solido llevar hacia él a sus criaturas, según esta palabra de David: *Notas fecit vias suas Moysi*. ¿Cuánto más ha debido ser iluminado Jesucristo sobre estos santos caminos, él que debía ser el jefe de todos los predestinados?

Además de esta ciencia infusa de los caminos de la salvación, hay otra que se llama experimental, y que lo hace no menos capaz de servirnos de guía.

Quiero decir que él empleó todos los medios que pueden ponerse en uso para llegar a la más alta virtud: no sólo adqui-

rió mayor santidad que todos los demás santos juntos, sino que incluso reunió en él solo todos los caracteres de la santidad; llegó a la perfección por todos los caminos que a ella conducen, por medio de la inocencia, de la penitencia, de la alegría, del dolor, del honor, de la ignominia, de las gracias más señaladas, de las pruebas más duras, del celo infatigable, de la continua contemplación. Decidme, ¿quién puede enseñarnos mejor el camino de la salvación que aquel que ha recorrido todos sus senderos y que, en cada uno de estos senderos, ha llegado más lejos que todos los que jamás se han adentrado en ellos?

Añado además a esto que Jesucristo, aunque viajero en la tierra, no dejaba de ser al mismo tiempo comprensor, como dice la Escuela escolástica, es decir, que aunque marchaba por los caminos de la santidad como los otros santos que están sobre la tierra, no dejaba de gozar de la visión de Dios, de la manera en la que los santos gozan en el cielo; merecía todos los días la recompensa que poseía ya: habitando en la Jerusalén celestial, estaba todavía en este lugar de exilio.

Suponiendo esto, ¿podía dejar de ver claramente en Dios todo lo que puede agrandar a Dios? Teniendo un conocimiento tan distinto del más perfecto de todos los seres, ¿quién podía saber mejor que él lo que había que hacer para parecerse a él? En una palabra, ¿puede dejar de conducirnos con seguridad, ya que, desde el comienzo del camino, ve el término a donde aspiramos, y no lo pierde nunca de vista? Esto es todavía poco; Jesucristo no sólo es todo a la vez, en el camino y en el término, sino que él mismo es el camino y el término a donde debemos dirigirnos. *Ego sum via*, dice en el Evangelio, *veritas, et vita*: Yo soy el camino que conduce a la verdad, yo soy la verdad que lleva a la vida, yo soy esa misma vida a donde la verdad conduce; de manera que, quienquiera que desee someterse a la dirección de Jesucristo y unirse a él para dejarse llevar a Dios, es tan imposible que se pierda en su camino como es imposible que el camino mismo lo aleje del término a donde se dirige: no sólo hallará lo que busca bajo una dirección tan sabia, sino que ya lo ha encontrado.

¡Qué motivo de alegría para esas almas que son tan generosas, y sin embargo tan tímidas, que no tienen mayor deseo que

hacer el bien, y que temen siempre hacer el mal! *Deus tuus ipse est ductor tuus*: Vuestro Dios será él mismo vuestro guía. Aquí está hecho visible a vuestros ojos en vuestra carne, como el ángel se ofreció a Tobías bajo la figura de hombre para llevarlo a Gabel. No ignora lo que es la santidad. *Novi*, puede decirnos con Rafael, *et omnia itinera ejus frequenter ambulavi*: Conozco, he recorrido todos los caminos, yo mismo estoy en el sendero que conduce a él; yo mismo soy esa santidad por la que suspiráis: agarráos a mí, y sin duda llegaréis a ese feliz término. Pero no sólo Jesucristo sabe todos los caminos que pueden conducir a Dios, también los enseña con mucha claridad.

CAPITULO II

No se puede dudar que, entre los patriarcas y los profetas de la antigua ley, no hubiera quienes conocieran la santidad, puesto que algunos de ellos se hicieron grandes santos; pero se puede decir, me parece, que ninguno la enseñó más que de un modo tan misterioso y oscuro que nadie la imaginó. La ley misma de Moisés no prescribe las reglas de la perfección más que figuradamente y bajo el velo de las observancias externas. Lejos de elevar a los hombres por encima de sus debilidades naturales, se acomodaba a la debilidad de los hombres: prueba de ello la multiplicidad de mujeres que permitía y el poder de repudiarlas que daba a los maridos; prueba la usura con los extranjeros, que jamás fue un crimen para el pueblo judío; prueba también el odio de los enemigos, que incluso les era un precepto.

Jesucristo no ha ignorado nada de todo lo que puede formar la piedad más sublime, y nos ha comunicado, sobre esta materia, todas sus luces. El mismo nos asegura que nos ha revelado sus mayores secretos; que ha derramado, por así decirlo, en nuestros espíritus todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría con los que su Padre lo había enriquecido: *Omnia quaecumque audivit a Patre meo, nota feci vobis*. No podría desearse una prueba ni más convincente ni más útil de esta verdad que el detalle de su doctrina; nada hay más claro que

las lecciones que nos da, nada más eficaz que los medios que nos sugiere para nuestra santificación. Es él quien, para alejarnos de las acciones criminales, nos da a entender que hay que evitar los pensamientos que son como las semillas de las acciones y las miradas que hacen nacer los pensamientos. Es él quién, para prevenir todos los males que la sed de oro y de dinero suele producir en el mundo, nos ha descubierto este secreto admirable de la pobreza de corazón que nos separa de los bienes mismos que poseemos. Es él quien nos ha hecho conocer las consecuencias de las faltas ligeras que conducen a las más grandes. Es él quien proscribe hasta las palabras ociosas, a fin de que nuestra atención en apartarnos de ellas aleje de nosotros las tentaciones de la mentira y la maledicencia. El es quien para prevenir los funestos efectos de la cólera y de la venganza, ha ido hasta el corazón a secar la fuente de estas pasiones ordenándonos amar a nuestros enemigos y hacer el bien a quienes nos hacen el mal. Es él quien para facilitarnos la virtud de la paciencia, tan necesaria en los reveses de esta vida, nos enseña a buscar los tesoros que están escondidos en las adversidades y en las persecuciones; él nos hace comprender que hay motivos de alegría en todo lo que nos aflige, y que todo lo que el mundo llama desgracia, infortunio, calamidad, es justamente lo que debe hacernos felices en esta vida y en la otra: *Beati qui lugent, beati qui persecutionem patiuntur.*

Así, para conducirnos a la pureza de costumbres y a la inocencia de la vida, nos abre caminos seguros y hasta entonces desconocidos. Pero no es suficiente para nosotros observar los mandamientos, practicar las virtudes necesarias para la salvación; piadosos deseos os llevan a entrar en las vías de la perfección, y deseáis ver abrirse esta carrera sublime. Antes de Jesucristo nadie había dado las reglas de este nuevo combate; estas grandes máximas del desapego, del desprecio del mundo, del odio a si mismo, de muerte, de vida espiritual, todo eso no había todavía llegado al conocimiento de los hombres; por el contrario, las antiguas Escrituras estaban llenas de promesas que parecían casi hechas para alimentar en los corazones el amor de los honores y de las prosperidades temporales. El Salvador del mundo ha sido el primero que nos ha hecho conocer

la diferencia que hay entre la virtud mediocre y la perfecta piedad, y ha hablado tan claramente sobre este asunto que no podría imaginar como tan gran número de personas se equivoquen en las ideas que se hacen sobre la devoción, y en ello dan pasos en falso.

Qui vult venire post, me abneget semetipsum. ¿No ha dicho expresamente, y más de una vez: Que quien quiera seguirme renuncie a si mismo; que no piense más ni en su reputación ni en sus intereses; que no escuche ni sus pasiones ni sus inclinaciones naturales; que declare la guerra a sus apetitos, a sus deseos, a su propia carne y a su propia voluntad; que se mire a si mismo como a un extraño y como a su enemigo más mortal? Quien no odia a su padre y a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, es decir quien prefiera agradarlos a ellos antes que a mí; quien, por miedo a desagradarlos, descuide lo que se refiere a mi servicio, quien no esté dispuesto a pasar por encima de ellos, cuando no pueda de otro modo cumplir mi voluntad: ése no puede ser mi discípulo: *Qui non bajulat crucem suam et venit post me, non potest meus esse discipulus.* Como si dijera: no os equivoqueis, discípulos míos: si teneis el deseo de santificar vuestras almas, es necesario que abracéis vuestra cruz y que la llevéis de buen grado; digo vuestra cruz, la que os ha sido dada por la providencia; porque en vano ayunaríais, practicaríais las mayores austeridades, si murmuráis contra esta pobreza a la que Dios os ha reducido, contra estos achaques, que él os envía, contra este enemigo, contra esta desgracia que él os provoca; si no podéis soportar, el humor de este esposo, el humor de este maestro, a quienes él os ha sometido: *Qui non bajulat crucem suam...* *Sinite mortuos sepelire mortuos suos.* El mundo debe ser, en el espíritu de quienes aspiran a la perfección, como una región de muertos, con los que los vivos no deben tener ningún contacto. Dejadlos que se afanen por el éxito de sus asuntos temporales, dejadlos que se dediquen a la observancia de sus leyes profanas, de sus pretendidas comodidades; no os hagáis ni admiradores ni esclavos de este mundo reprobado, pensad únicamente en agradar a quien debe ser vuestro único amo.

En fin, si hay alguien para quien estos consejos no son bastante sublimes, los hay más grandes aún, y con gusto deseo darlos a conocer en favor de esas grandes almas que no ponen límites a su amor. *Si vis perfectus esse, vade, vende omnia quae habes, da pauperibus, et sequere me*: Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que posees, da el dinero a los pobres, y, en este completo desasimiento, estate dispuesto a hacer todo lo que te exija. Hay personas que se alejan del matrimonio para evitar sus penas, pero hay otros que no lo rehuyen más que para alejarse de sus placeres. Ved si tenéis la valentía de imitarlos. Finalmente, el más alto punto a donde se puede llevar la perfección, es entregar su propia vida, estar siempre dispuesto a morir, no sólo para salvar su alma, sino incluso para salvar el alma de otro: *Majorem caritatem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis*.

He aquí el camino de la santidad; ¿hay algo más claro, más comprensible? Uno puede quizá asustarse de estas máximas tan contrarias a la naturaleza; pero al menos estará uno obligado a reconocer que no se ignoraba lo que había que hacer para ser santo. ¡Oh Dios mío! ¿Hasta qué punto estamos obligados a estar agradecidos? ¿quién podrá jamás comprender la grandeza de este beneficio? Para mí, no sabría explicaros mis sentimientos mejor que por medio de estas palabras de san Pablo: *Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus*: Nuestro Dios, nuestro Redentor nos ha hecho ver su misericordia y su bondad infinita. ¿En qué, gran apóstol? *Erudiens nos, ut abnegantes impietatem, et secularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc seculo*. No es precisamente en haberse revestido de nuestra carne, y haber elevado nuestra naturaleza hasta el trono del Todopoderoso; no es sólo el haber cargado con nuestros pecados y las penas que les eran debidas; no es ni el derramar su sangre, ni el desarmar a la muerte, ni el darnos la esperanza de la resurrección: *Apparuit gratia Dei erudiens nos*. Estas son grandes pruebas de su amor; pero la mayor de todas ellas, a mi parecer, es que, con su ejemplo, nos ha enseñado a contrariar en nosotros las inclinaciones de la naturaleza, a despreciar el mundo, a romper las ataduras que nos encadenan a él, a librarnos de la servidumbre

de los vanos deseos; es el habernos mostrado los caminos de la santidad y de la justicia: *Ut abnegantes impietatem, et secularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc seculo.* ¡Felices mil veces aquellos que, bajo un guía tan fiel, entren en estos caminos puros! Son llamados estrechos, porque la naturaleza se encuentra al principio molesta y contrariada; pero ¿a qué paz, a qué dulce libertad no conducen a un alma que se adentra en ella? El solo pensamiento de este feliz estado me llena de alegría, y me llevaría bien lejos de mi objeto si no me acordara de los límites que me he fijado. Volvamos pues a nuestro guía. Os he hecho ver que nos descubre con mucha claridad y exactitud el camino que conduce a la santidad: veamos ahora cómo nos lo allana por medio de sus ejemplos.

CAPITULO III

El profeta Isaías, hablando de la encarnación del Verbo eterno, hace esperar al pueblo elegido un maestro que podrá ver con sus ojos: *Erunt oculi tui videntes praeceptorem tuum.* Podía decir aún más: podía prometerles que este maestro visible incluso les daría lecciones visibles; que no sólo se revestiría de su carne, sino que encarnaría, si se me permite hablar así, sus preceptos y sus máximas, representándolas en si mismo, expresando por medio de acciones todo lo que había dado a entender por sus palabras. Era necesario que nuestro Redentor actuara de esta manera para prevenir todas nuestras dudas, para adelantarse a todas las inquietudes de los hombres de buena voluntad. Si se hubiera contentado con darles de palabra, o en libros santos, reglas de perfección, por inteligibles que hubieran sido estas reglas, hubieran podido ser oscurecidas por las interpretaciones; se les podría haber dado sentidos diferentes, y, ante el temor de errar, podían haber sido descuidadas. Pero practicando Jesucristo él mismo lo que enseña, caminando por delante de nosotros en el camino que nos ha enseñado, ¿qué lugar puede quedar para la duda y la irresolución? Aunque la estrella que apareció a los Magos en Oriente, les hubiera hecho entender por su situación en qué país debían

encontrar al mesías, así como san Juan Crisóstomo lo observó; aunque los doctores de Jerusalén les hubieran marcado precisamente que Belén era el lugar del nacimiento, no dejaban de caminar en cierto modo en las tinieblas, y de sentir incertidumbres; pero en el momento en que esta misma estrella que los había llevado a ponerse en camino se volvió a aparecerles en su ruta, y comenzó a precederles paso a paso, adecuando su curso a sus fuerzas, o más bien a su debilidad, entonces todas sus inquietudes se disiparon, y realizaron su viaje con una alegría que la Escritura parece no poder expresar con suficiente energía: *Gavisi sunt gaudio magno valde.*

Esto es lo que sucede a las almas santas que buscan a Dios en la simplicidad de su corazón. Se sienten encendidas por las palabras de Jesucristo y por las instrucciones que les ha dado; los sabios directores que hallan en su camino sirven para volverlas a levantar y reconfortarlas en las perplejidades que les sobrevienen; pero, si Jesucristo, que las ha embarcado en este camino, se presenta él mismo y les marca todos los pasos por medio de sus ejemplos ¿qué será capaz de perturbarlas o de inquietarlas?

Lo ha hecho con una bondad y una caridad increíbles. Nos ha dicho muchas veces que había que pasar por tribulaciones y adversidades para ir a su Padre; que la pobreza, el desprecio del mundo, el odio a uno mismo, el amor a nuestros enemigos eran los caminos que conducían al verdadero amor de Dios; pero estos caminos, no se ha contentado con mostrarnoslos de lejos y decirnos, como se decía a los Judíos: *Haec est via; ambulate in ea, et non declinetis ad dexteram neque ad sinistram:* Este es el camino, entrad en él, y no os apartéis ni a la derecha ni a la izquierda. Jesucristo hace más, por todas partes nos invita a seguirle. *Venite post me... Veni et sequere me... Qui mihi ministrat, me sequatur:* Venid detrás de mí; no os abandono a vuestra propia guía, quiero marcaros todos los pasos: seguidme, no podríais perderos caminando sobre mis huellas.

En efecto ha expresado tan bien en su conducta todas las máximas de su moral, que todo lo que los evangelistas han tenido cuidado de transmitirnos se nos hace en cierto modo inútil. No no tenemos necesidad de estudiar las palabras del Sal-

vador del mundo, que quizá no comprenderíamos, ni consultar a los doctores, que en sus interpretaciones, no están siempre de acuerdo con el texto, ni entre ellos, ni a menudo con ellos mismos. ¿Queréis haceros santos? *Respice, et fac secundum exemplar quod tibi monstratum est*: Poned los ojos sobre Jesucristo y sobre los ejemplos que os da; ved a este Dios humillado en la pobreza de un estado, esta sabiduría muda y reducida a la simplicidad de un niño, esta majestad oscurecida, y como anulada entre unos pañales. Buscáis libros, consultáis a los padres de la vida espiritual para aprender a perfeccionaros en la virtud; ¿esperáis pues que os muestren nuevos caminos? ¿o os hacen falta ellos para seguir a Jesucristo en los que él ha seguido? Ignoráis que de treinta y tres años que vivió en la tierra, pasó treinta en la oscuridad de una casa pobre, desconocido por todo el universo? ¿que durante todo este tiempo, no tuvo otro testigo de su admirable santidad que a los ángeles, otra voluntad que la de José y María, otra virtud que la obediencia, la dulzura y la humildad? No hablo de su vida pública, en la que la modestia y el desinterés fueron siempre el carácter de su celo; en donde se mostró tan reservado en juzgar, en condenar incluso a los mayores pecadores; donde su placer ha sido hacer el bien, y su afán rechazar la gloria que llegaba a él; donde el ayuno, la oración, la soledad hallaron su lugar en medio de las mayores ocupaciones. No es todavía tiempo de representároslo sufriendo y muriendo en la cruz; basta decir que aunque todos los libros se hubieran perdido, todas las luces apagado, mientras nos quedara un crucifijo, no nos faltaría nada de todo lo que nos es necesario para adquirir la más alta perfección. *Christus passus est pro nobis, vobis reliquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus*, dice san Pedro. Almas cristianas, Jesucristo os ha dejado un ejemplo en su pasión y en su muerte; os ha dejado un modelo universal: que quienquiera que seáis, en cualquier estado que os encontréis, por cualquier camino que Dios quiera llamaros a su servicio, lo hallaréis en el Calvario; y en este camino, las huellas del hijo de Dios profundamente grabadas y marcadas con su propia sangre.

De manera que en lugar de las espesas tinieblas en las que

estábamos antes del nacimiento del Mesías, que parece que estamos con los pastores de Belén totalmente rodeados de claridad: *Et claritas Dei circumfulsit illos*. Claridades que traen consuelo al alma fervorosa que las desea con ardor, pero que traen inquietud en las almas tibias y lentas, que no podrán tener más excusa a la vista de esta luz que les descubrirá lo que no querían ver. Si Jesucristo se hubiera contentado con transmitirnos su doctrina en los libros, aparte de que se hubieran dividido las opiniones sobre su moral, como se dividen sobre los dogmas más claros del Evangelio, nos habríamos convencido de que todo lo que el divino maestro nos ha dicho sobre la santidad es menos un término al que el hombre puede llegar que una idea brillante y capaz de humillar su espíritu en la impotencia de a dónde tiene que llegar; pero cuando se ve cada punto de esta santa doctrina, cada precepto corroborado por mil ejemplos, y ejemplos de un Dios; cuando se ve a un Dios pobre, un Dios humillado, un Dios obediente, un Dios que muere libremente sobre una cruz: *verborum veritas splendet effectibus confirmata*, entonces, dice el sabio Teodoreto, la verdad de las palabras evangélicas confirmada por las acciones se muestra en una claridad tan grande, que uno no puede negarse a su luz; está uno obligado a reconocer que se ve claramente lo que habría que hacer, pero que uno no es capaz de decidirse.

Todo lo que he dicho hasta ahora del guía que el cielo nos ha dado, mostrando que él conoce los caminos que conducen a Dios, que los enseña con mucha claridad, y que marcha delante de nosotros, todo esto muestra bastante bien que nuestra ignorancia no tiene ya pretexto plausible. Pero ¿nuestra debilidad no podría hacernos inútiles todas estas ventajas? Las mismas luces que nos descubren el camino nos hacen ver al mismo tiempo sus dificultades. ¿No es capaz esta visión de abatir la valentía en los que tienen el mayor ardor para el bien? Lo sería si no conociéramos el poder de aquél que nos conduce y si no estuviéramos seguros que nos sostendrá con su ayuda tanto como nos iluminará con sus consejos.

CAPITULO IV

Para evitar una excesiva longitud bastará, en este capítulo, hacer notar que los maestros ordinarios no hacen más que comunicar sus luces al espíritu, pero que Jesucristo extiende su fuerza a los corazones; que él es la fuente, no sólo de la verdad, sino también de la gracia; que él está, como dice san Juan, lleno de la una y de la otra, las presenta ambas al mismo tiempo.

Por ello el Profeta, previendo la llegada del hijo de Dios, después de haber dicho que los senderos tortuosos serían enderezados, añade que los caminos pedregosos serán allanados: para enseñarnos que él debería descubrirnos los caminos de la salvación y al mismo tiempo facilitarnoslos: *Erunt prava in directa, et aspera in vias planas*. Este nuevo guía no podría ser mejor comparado que a la columna de fuego que conducía al pueblo de Israel hasta la tierra prometida. Es cierto que lo conducía por medio de desiertos horribles y estériles, por medio de países bárbaros y desconocidos, como para darlo como presa a los pueblos que los habitaban; pero al mismo tiempo esta nube celeste allanaba a este pueblo todas las dificultades, se extendía sobre todo el campo durante el día, para defenderlos de los ardores del sol; todas las mañanas derramaba el maná para alimentarlos, lanzaba fuegos y rayos contra los que se oponían al paso de la nación amada. He aquí una figura perfecta del Redentor. Es una nube misteriosa que nos cubre la noche y el día; no sólo disipa las tinieblas de nuestra ignorancia, sino que nos sustenta en los trabajos que encontramos al ir en pos de él, nos alimenta con dulzuras y consolaciones celestiales, calma nuestras pasiones; ahuyenta a los demonios y nos da la victoria casi sin que rindamos el combate. *Pax hominibus bonae voluntatis*, cantan hoy los ángeles sobre las montañas de Belén; dirigen sus cánticos a los hombres que aspiran a la santidad y que arden en el deseo de seguir a su nuevo rey. No les invitan a protegerse contra las dificultades que se encuentran en la práctica de la virtud, a tomar las armas contra los enemigos; por el contrario les anuncian la paz, les declaran que no se les pide más que buena voluntad: como si

dijeran que Jesús hará todo el resto; que no sólo se cargará con el fardo de nuestros crímenes, sino que nos llevará él mismo sobre sus hombros; que él solo combatirá, que vencerá todos los obstáculos, en una palabra que no tendremos más que seguirle y recoger el fruto de su victoria.

¡Sean por siempre alabados la bondad y el poder de nuestro Dios que nos procura una condición tan ventajosa! Para ser santo, no habrá más que querer serlo: el mayor de todos los bienes, la mayor felicidad, la única felicidad de esta vida no nos costará más que deseos. ¿Qué pensáis vosotras, almas tibias, que languidecís desde tantos años en vuestras imperfecciones y que no queréis dar un solo paso para aproximaros a vuestro Dios? ¿Con qué pretexto podréis teñir vuestra languidez? ¿Alegaréis, con el paralítico del Evangelio, que necesitáis un hombre que os lleve o que os conduzca al término a donde desearíais llegar? *Hominem non habeo*. Aquí está, este hombre que tiene luces infalibles para conocer la verdad, un celo ardiente para enseñarlo, una caridad inalterable para conducir hasta ella, una fuerza invencible para sostener y para ayudar a caminar por los senderos espinosos de la virtud; Dios mismo se ha hecho hombre para procuraros todas esas ventajas. Ya no podéis ignorar lo que debéis hacer, el Evangelio habla demasiado claramente y la vida de Jesucristo es un modelo demasiado visible. No podéis pretextar vuestra debilidad: la gracia de Jesucristo es una ayuda demasiado poderosa para dejarnos ningún lugar para quejarnos de nuestra incapacidad. No son fuerzas lo que se nos pide: Dios conoce demasiado bien los dones que ha dado a sus criaturas para exigir de ellas más de lo que les ha dado; no se os pide más que una voluntad sincera, las fuerzas os vendrán de otra parte, y, cuando vuestro deseo sea verdadero, a Dios no le faltará poder como a vosotros no os faltará su ayuda.

Si dudamos todavía en convertirnos, en santificarnos, ciertamente es que no lo queremos. ¡Oh! ¿Sí lo quiero! me dices; y para el reposo de mi vida, este deseo está muy penetrado en mi corazón. Viviría en paz si fuera santo, o si no deseara serlo. Y yo te digo que si fueras santo o tuvieras la voluntad de llegar a serlo, gozarías de una paz perfecta: *Pax hominibus bonae*

voluntatis. Queremos ser santos, eso es cierto; pero también es verdad que no lo queremos. *Vult et non vult piger*, dice el sabio: El alma perezosa quiere y no quiere al mismo tiempo, y estos deseos contrarios le dan la muerte: *Desideria occidunt pigrum*. Querrían ser de Dios y del mundo, ir al cielo por caminos que no pueden conducir a él, ser más perfectos de lo que son, sin dejar de ser sin embargo lo que en efecto son, y en lugar de tener que cambiar de costumbres para hacerse santos, querrían que la santidad cambiara de naturaleza para acomodarse a nuestras inclinaciones; querrían entregarse por completo a la práctica de la virtud, si nada los apartara de ello; pero este obstáculo que los detiene es tan ligero que no parece sino que uno quiere ser apartado. Una afición pueril a los objetos más frívolos será a veces la atadura que nos retendrá. Unas veces con gusto por una ropa que creemos que ensalza nuestros encantos naturales, otras veces un resplandor de gloria que esperamos atraer con nuestros talentos; aquí un vano temor de avergonzarnos de los pecados a los pies de un confesor, o de las buenas acciones a los ojos del mundo; allí un resto de placer, que se mezcla con las penas y las molestias que acompañan a la vida mundana: esto es lo que trastorna y hace inútiles las santas resoluciones.

¡Oh! ¡Qué alejada está esta disposición de esta buena voluntad a quien los ángeles han anunciado la paz! Esta voluntad sincera, dispuesta a franquear las dificultades, no duda más que el tiempo que ignora el camino que debe tomar. ¡La carrera está abierta para ella! necesita un freno para moderar sus excesos y para retenerla en los límites de la prudencia cristiana. Qué placer verla entregarse a Dios sin reservas y decirle con san Pablo: *Domine, quid me vis facere?* Señor, aquí estoy dispuesto a todo: ¿qué queréis que haga? Otras veces como el mismo apóstol desafiar al cielo de conmovier su valentía o de apagar su ardor: *Quis nos separabit a caritate Christi?* Este alma apasionada de alguna manera por la santidad la busca al menos con tanto afán como el avaro busca el bien, como el ambicioso persigue los honores; es decir que, para satisfacer una pasión tan noble, está dispuesta a sacrificar su reposo, a exponer incluso mil veces su vida: todos los bienes y males

que ve en la tierra, todo lo que la Providencia puede permitir que le suceda de ventajoso o de funesto no la aflige ni la alegra sino en la medida que puede servir o perjudicar a su deseo: todos los caminos le son buenos para ir a Dios, y ella eligirá el más duro y el más estrecho, con tal de que sea el más seguro y el más corto.

Esto es lo que se llama tener hambre y sed de justicia; éstos son a quienes Jesucristo ha declarado, en su Evangelio, bienaventurados y ha prometido saciar: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur!* Serán saciados porque Dios mismo saciará un deseo tan santo; serán saciados porque en este único deseo serán confundidos todos sus otros deseos; finalmente serán saciados en el cielo, donde gozarán eternamente de Dios, según la extensión de sus deseos.

Oraciones de San Claudio de la Colombière al Sagrado Corazón de Jesús

Las oraciones que recogemos aquí no son un aditamento a nuestro trabajo. ¡La oración de los santos refleja la belleza de su alma! Los tres actos que hemos escogido a propósito reflejan el candor, la humildad, el espíritu de abandono y la perfecta abnegación del padre de la Colombière; dan testimonio al mismo tiempo de su confianza a la piedad de nuestros lectores.

I. ACTO DE ABANDONO AL DIVINO CORAZON

Sagrado Corazón de Jesús, enseñadme el perfecto olvido de mí mismo, ya que es el único camino por donde se puede llegar a Vos; haced de manera que no haga nada que no sea digno de Vos; enseñadme lo que debo hacer para llegar a la pureza de vuestro amor, del que me habéis inspirado el deseo. Siento en mí una gran voluntad de agradaros y una gran incapacidad de llegar a término sin una luz y un socorro muy particulares

que no puedo esperar más que de Vos. haced en mí vuestra voluntad, Señor; me opongo a ella, y lo noto bien; pero quisiera no oponerme, Vos debéis hacerlo todo, divino Corazón de Jesús; Vos solo tendréis toda la gloria de mi santificación, si me hago santo; esto me parece más claro que el día; pero será para Vos una gran gloria, y solamente por ello quiero desear la perfección. Así sea.

II. ACTO DE PETICION DE UNION PERFECTA CON EL CORAZON DE JESUS

¿Qué haréis Vos, Señor, para vencer la dureza de nuestros corazones?... No veo más que un solo remedio para un mal tan grande; es necesario, ¡oh Dios mío! es necesario que nos deis otro corazón, un corazón tierno, un corazón sensible, un corazón que no sea de mármol ni de bronce: tenéis que darnos un corazón en todo parecido al vuestro, tenéis que darnos vuestro corazón mismo. Venid, amable Corazón de Jesús, venid a colocaros en medio de mi pecho, y encended un amor que responda, si es posible, a las obligaciones que tengo de amar a Dios. Amad a Jesús en mí, tanto como me habéis amado en él; haced que no viva más que en él, y que no viva más que para él, a fin de que, eternamente, pueda vivir con él en el cielo. Amén.

III. ACTO DE CONSAGRACION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Oh mi adorable Redentor, me entrego y me consagro a vuestro sagrado Corazón en la manera más perfecta y más amplia que me es posible.

Me he clavado por así decirlo a vuestra cruz por los votos de mi profesión; los renuevo en este Corazón divino en presencia del cielo y de la tierra.

Os doy gracias de habérmelos inspirado. Confieso que el yugo de vuestro santo servicio no es rudo ni pesado, que no me encuentro embarazado por mis ataduras. Querría, por el contrario, multiplicarlas, apretar más los nudos.

Abrazo pues la amable cruz de mi vocación hasta la muerte, ella será todo mi placer, toda mi gloria y mis delicias. *Absit mihi gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* ¡A Dios no le agrade que me glorifique, que me alegre nunca, más que en la cruz de Jesucristo!

¡A Dios no agrade que tenga nunca otros que su pobreza, otras delicias que sus sufrimientos, otro amor que él mismo!

No, no, mi amable Salvador, jamás me desataré de Vos, y no me ataré más que a Vos; los más estrechos senderos de la vida perfecta a la cual soy llamado no me dan ningún miedo, porque Vos sois mi luz y mi fuerza.

Espero pues, Señor, que me haréis inquebrantable en todas las tentaciones, victorioso contra los esfuerzos de mis enemigos, y que extenderéis sobre mí esta mano que me ha concedido tantos favores, para ser para mí siempre más generoso. Os lo suplico, mi adorable Jesús, por vuestra sangre, por todas vuestras heridas, y por vuestro sagrado Corazón.

¡Haced que, por la consagración que os hago de todo lo que soy, me haga en este día una nueva producción de vuestro amor! Así sea.

INDICE

PRIMER RETIRO ESPIRITUAL DE 30 DIAS EN LYON

PRIMERA SEMANA:

Preparación	5
Principio y fundamento	5
Pecado de los Angeles	7
Pecados propios	7
Muerte	8
Purgatorio	9
Juicio universal	10
Desolación espiritual	11
Sagrada Eucaristía	12
Véncete a ti mismo	13
Progresos en la perfección	14

SEGUNDA SEMANA:

Reino de Cristo	16
Encarnación	16
Circuncisión	17
Huida a Egipto	17
Presentación	18
Navidad	18
Niño perdido	18
Vida oculta	19
Bautismo	20

Desierto	21
Elección de los Apóstoles	22
Bienaventuranzas	23
Tentación de vanagloria	23
Tres maneras de humildad	23
Tres binarios	24
Repetición de las dos precedentes	25

PROYECTO DE VOTO:

Sumario de las Constituciones	27
Reglas comunes	29
Reglas de la modestia y de los sacerdotes	30
Motivo de este voto	30
Algunas consideraciones que me animan a hacer este voto	31
Misión de los Apóstoles	33
Celo apostólico	34
Pobreza apostólica	35
Mortificación apostólica	35
Observancia de las Reglas	35
Desprecio del mundo	36
Humildad apostólica	37
Repetición	37
Desconfianza de sí mismo	39
Oración	39
Conformidad con la voluntad de Dios	40

TERCERA SEMANA:

Preparación a la Pasión	41
Prendimiento de Jesucristo	41
Repetición	43
Negaciones de San Pedro	43
En el Palacio de Herodes	44
En el Pretorio de Pilatos	44
Flagelación y Coronación	45
Ecce Homo	45

Sentencia de muerte	46
Crucifixión y muerte	46
Sepultura	47

CUARTA SEMANA:

Resurrección	49
Impasibilidad de Jesús	49
Ascensión	50
Repetición	51
Primera contemplación para alcanzar amor	51
Segunda contemplación	52
Tercera contemplación	53

NOTAS POSTERIORES A ESTE RETIRO:

Combate espiritual	56
Tentación de vanagloria	57
Cuán noble es servir a Dios	58
Fidelidad a la gracia	59
Amor a al Cruz	59
Día de San Andrés (30 de Noviembre)	60
Día de San Francisco Xavier (5 de Diciembre)	61
Inmaculada Concepción (8 de Diciembre)	66
Respeto humano	67
Combate espiritual	69
Día de San Juan Bautista (24 de Junio)	70
Presencia de Dios	72
Día de Navidad	73
Pequeñez del hombre	75
Esencia de Dios	76
Espiritualidad de Dios	77
Desasimiento universal	79
Inmortalidad de Dios	79
Infinita perfección de Dios	80
Dios, fuente de toda perfección	81

SEGUNDO RETIRO ESPIRITUAL DE 8 DIAS EN LONDRES

SENTIMIENTOS Y AFECTOS VARIOS:

Aviso	84
Ardiente celo de las almas	85
Fin del hombre	86
Lazos del demonio	87
«No sacar el bien de su fuente»	87
Segundo punto de la Memoria	88
Renovación del Voto de perfección	89
Oración afectiva	89
Confianza ilimitada en Dios	90
Amor a Jesús Sacramentado	92
Devoción a la Iglesia Romana	92
Devoción al Sagrado Corazón de Jesús	92
La Gran Revelación (16 de junio de 1675)	93
Fin del Retiro. Afectos varios	94

EL ABANDONO CONFIADO A LA DIVINA PROVIDENCIA

1. Verdades consoladoras	98
Confiemos en la sabiduría de Dios	99
Cuando Dios nos prueba	101
Arrojarse en los brazos de Dios	102
Práctica del abandono confiado	103
2. Las adversidades son útiles a los justos, necesarias a los pecadores	105
Hay que confiar en la Providencia	106
Ventajas inesperadas de las pruebas	108
Ocasiones de méritos y de salvación	109
3. Recurso a la oración	110
Para obtener bienes	110
Para apartar los males	112

No se pide bastante	112
Perseverancia en la oración	114
Una confianza obstinada	115

EJERCICIO PARTICULAR DE CONFORMIDAD CON LA DIVINA PROVIDENCIA

1. Actos de fe, de esperanza y de caridad	118
2. Acto de filial abandono a la Providencia	119
3. Utilidad de este ejercicio	120

JESUS VIVE EN NOSOTROS Y PARA NOSOTROS

Introducción	122
I. Jesús desea ardientemente unirse a nosotros	124
II. Vanas razones para no comulgar	131
III. Desinterés con que se nos da	133
IV. Jesús en la eucaristía sólo vive para nosotros	136

FLORES Y HOJAS DE OTOÑO

Capítulo I. El Paraíso	142
Capítulo II. Los elegidos	147
Capítulo III. La misericordia de Dios hacia los pecadores	150
Capítulo IV. La muerte	153
Capítulo V. El infierno	159
Capítulo VI. El abandono de Dios	164
Capítulo VII. Las riquezas	165

LA PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

Introducción	168
	191

Capítulo I.	171
Capítulo II.	173
Capítulo III.	177
Capítulo IV.	
Oraciones de San Claudio de la Colombière al Sagrado Corazón de Jesús	181
I. Acto de abandono al divino Corazón	184
II. Acto de petición de unión perfecta con el Corazón de Jesús	185
III. Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús .	185